

MARCEL AYMÉ
ilustraciones de Ricardo Peláez

Los cuentos del gato encaramado 1





A la orilla del viento...

Los cuentos del gato encaramado 1



Marcel Aymé

ilustraciones de Ricardo Peláez
traducción de Pilar Ortiz Lovillo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 1939
Primera edición en español, 2003
Tercera reimpresión, 2013
Primera edición electrónica, 2014

Editor: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante
Dirección artística: Mauricio Gómez Morin

© 1939, Editions Gallimard
Edición aumentada en 1964
Título original: *Les Contes du Chat Perché*

D. R. © 2003, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2457-4 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Estos cuentos fueron escritos para niños de cuatro a setenta y cinco años. Pero eso no quiere decir que trate de desanimar a los lectores que se vanaglorian de su cordura. Al contrario, todos están invitados. Sólo quiero prevenir los reproches que podrían dirigirme ciertas personas razonables y amargadas. Al respecto, un crítico distinguido ya observó que si los animales hablaran, no lo harían como lo hacen en Los cuentos del gato encaramado. Y tenía razón, si los animales hablaran, hablarían de política o del porvenir de la ciencia en las Islas Aleutianas. Quizá harían crítica literaria con distinción. No puedo oponerme a tales hipótesis. Advierto entonces a mi lector que estos cuentos son puras fábulas y que no pretenden dar la ilusión de realidad. Por todas las faltas de lógica y de gramática animales que haya podido cometer, me acojo a la benevolencia de los críticos que, a semejanza de su sabio colega, se hayan especializado en esos ámbitos.

Esto es todo lo que les ruego que inserten.

M. A.

La pata del gato

♦ POR LA noche, al regresar del campo, los padres encontraron al gato ocupado en su aseo sobre el brocal del pozo.

–Vaya –dijeron–, el gato se está pasando la pata por encima de la oreja, mañana va a llover otra vez.

En efecto, al día siguiente la lluvia cayó durante toda la jornada, no se podía ni pensar en ir al campo. Desesperados por no poder ni asomar la nariz, los padres estaban de mal humor y no tenían mucha paciencia con sus dos hijas. Delphine, la mayor, y Marinette, la más pequeña, jugaban en la cocina al palomo volador, a los huesitos, al ahorcado, a la muñeca y al “¿lobo estás ahí?”

–Siempre –jugando mascullaban los padres–, siempre divirtiéndose, dos niñas tan grandes... ya verás: cuando tengan diez años, van a seguir jugando, en lugar de hacer alguna labor de costura o de escribirle a su tío Alfredo, que sería más útil.

Cuando terminaban con las pequeñas, la emprendían contra el gato que, sentado en la ventana, miraba llover.

–Se parecen a éste, que tampoco hace gran cosa en todo el día. No faltan los ratones que trotan de la cava al granero, pero el señor prefiere que lo alimenten y no hacer nada, así se fatiga menos.

–Siempre tienen que decir algo –respondió el gato–. El día está hecho para dormir y distraerse, por la noche corro a través del granero y no andan detrás de mí para felicitar-me.

–Claro, tú siempre tienes la razón, ¿no?

Hacia el final de la tarde, la lluvia seguía cayendo y mientras los

padres estaban ocupados en la caballeriza, las pequeñas se pusieron a jugar alrededor de la mesa.

–No deberían jugar a eso –dijo el gato–. Seguramente van a volver a romper alguna cosa y los padres las van a regañar.

–Si te escucháramos –respondió Delphine–, nunca jugaríamos a nada.

–Es verdad –aprobó Marinette–. Con Alfonso (era el nombre que le habían puesto al gato), habría que pasar el tiempo durmiendo.

Alfonso no insistió y las pequeñas siguieron corriendo. En medio de la mesa había un plato de porcelana que estaba en la familia desde hacía cien años y al que los padres tenían gran estima. Al correr, Delphine y Marinette tropezaron con una pata de la mesa y la levantaron sin querer. El plato de porcelana se deslizó suavemente y cayó al piso donde se partió en varios pedazos. El gato, que seguía sentado en la ventana, ni siquiera volvió la cabeza. Las pequeñas no se atrevieron a correr y se sentían muy culpables.

–Alfonso, el plato de porcelana se rompió. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Levanten los pedazos y vayan a tirarlos en un hoyo. Quizá los padres no se den cuenta de nada.

Pero no, era demasiado tarde. Ellos entraban en ese momento. Al ver los pedazos del plato, se enojaron tanto que empezaron a saltar como pulgas por la cocina.

–¡Desdichadas! –gritaron–, ¡un plato que estaba en la familia desde hace cien años! ¡Par de monstruos! Pero serán castigadas: ¡queda prohibido jugar y sólo comerán pan seco!

Considerando muy suave el castigo, se tomaron un tiempo de reflexión y luego volvieron a regañarlas, mirándolas con una sonrisa cruel:

–No, nada de pan seco. ¡Pero mañana, si no llueve... mañana!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Mañana, irán a ver a la tía Melina!

Delphine y Marinette se habían puesto pálidas y juntaban las manos con miradas suplicantes.

–¡No hay ruego que valga! Si no llueve, irán a la casa de la tía Melina a llevarle un frasco de mermelada.

La tía Melina era una mujer muy vieja y muy malvada, que tenía una boca sin dientes y un mentón lleno de pelos. Cuando las niñas la iban a ver al pueblo no dejaba de besarlas, lo que no era muy agradable a causa de su barba, y aprovechaba para pellizcarlas y tirarles de los cabellos. Le encantaba obligarlas a comer pan y queso que había puesto a enmohecer especialmente para su visita. Además la tía Melina afirmaba que sus sobrinas se le parecían mucho y decía que al final del año se convertirían en su más fiel retrato, lo que resultaba aterrador tan sólo de pensarlo.

–Pobres niñas –suspiró el gato–. Me parece un castigo muy severo por un viejo plato desportillado.

–¿Y tú por qué te metes? Si las estás defendiendo, tal vez tú las ayudaste a romper el plato.

–¡No! –dijeron las pequeñas–. Alfonso nunca dejó la ventana.

–¡Silencio! ¡Todos ustedes son iguales! Se defienden unos a otros. De todos no se hace uno. Un gato que pasa los días durmiendo...

–Puesto que lo toman así –dijo el gato–, mejor me voy. Marinette, ábreme la ventana.

Marinette abrió la ventana y el gato saltó al patio. Acababa de dejar de llover y un viento ligero barría las nubes.

–El cielo se está despejando –los padres con buen humor–. Mañana hará un día soberbio para que vayan con la tía Melina. Es una suerte. ¡Vamos, ya llovió suficiente! Eso no va a componer el plato. Mejor vayan a buscar leña al cobertizo.

En el cobertizo las niñas encontraron al gato instalado sobre la pila de leña. A través de sus lágrimas, Delphine lo miraba asearse.

–Alfonso –le dijo ella con una sonrisa alegre que sorprendió a su hermana.

–¿Qué quieres, mi niña?

–Estoy pensando una cosa. Mañana, si quisieras, no tendríamos

que ir a la casa de la tía Melina.

–Yo qué más quisiera, pero, desgraciadamente, lo que le pueda decir a los padres no evitará nada.

–Pero si no hay que convencer a los padres. ¿Sabes lo que dijeron? Que iríamos a la casa de la tía Melina si no llovía.

–¿Entonces?

–¡Pues bien! no tienes más que pasarte una pata por detrás de la oreja. Así lloverá mañana y no tendremos que ir a casa de la tía Melina.

–¡Vaya!, es cierto –dijo el gato–, no había pensado en eso. A fe mía, es una buena idea.

Se dedicó de inmediato a pasarse la pata por detrás de la oreja. La pasó más de cincuenta veces.

–Pueden dormir tranquilamente esta noche. Mañana lloverá a cántaros.

Durante la cena, los padres hablaron mucho sobre la tía Melina. Habían preparado ya el frasco de mermelada que le iban a enviar.

Las niñas no podían estar serias y, varias veces, al cruzar miradas con su hermana, Marinette tuvo que fingir que se ahogaba para disimular su risa. Cuando llegó el momento de ir a acostarse, los padres asomaron la nariz por la ventana.

–Qué noche tan bella –dijeron–, es una noche muy bella. Nunca se han visto tantas estrellas en el cielo, mañana será un gran día para andar por los caminos.

Pero al día siguiente el cielo estaba gris y muy temprano empezó a llover. “No importa –dijeron los padres–, no puede durar mucho”. Hicieron que las niñas se vistieran con ropa de domingo y un listón rosa en los cabellos. Pero llovió toda la mañana y toda la tarde hasta que cayó la noche. Las niñas se tuvieron que quitar la ropa de domingo y los listones rosas. Sin embargo, los padres seguían de buen humor.

–No es más que un retraso, mañana irán a ver a la tía Melina. El cielo comienza a abrirse. Sería muy sorprendente que lloviera tres

días seguidos en pleno mes de mayo.

Esa noche, al asearse, el gato volvió a pasarse la pata por detrás de la oreja. Una vez más, no era posible enviar a las niñas a casa de la tía Melina. Los padres estaban de mal humor. A la molestia de ver el castigo retrasado por el mal tiempo se añadía la de no poder trabajar en los campos. Por cualquier cosa se enfurecían con sus hijas y les gritaban que sólo servían para romper platos. “Una visita a la tía Melina les hará bien –agregaban–. El primer día que haga buen tiempo, se irán desde temprano”. En un momento en que su cólera se volvió exasperación, cayeron sobre el gato, uno a escobazos y el otro a patadas, llamándolo inútil y holgazán.

–¡Oh! ¡oh! –dijo el gato–, son más malos de lo que pensaba. Me golpearon sin razón, pero palabra de gato que se van a arrepentir.

Sin este incidente provocado por los padres, el gato se hubiera cansado pronto de hacer llover, porque le gustaba trepar a los árboles, correr por los campos y los bosques, y le parecía demasiado condenarse a ya no salir para evitar a sus amigas la molestia de una visita a la tía Melina. Pero conservaba un recuerdo tan vivo de las patadas y los escobazos que las pequeñas ya no tuvieron que rogarle para que pasara su pata por detrás de la oreja. Se trataba de un asunto personal. Durante ocho días seguidos llovió sin parar, de la mañana a la noche. Los padres permanecían en la casa viendo sus cosechas pudrirse y su cólera no cesaba. Habían olvidado el plato de porcelana y la visita a la tía Melina, pero poco a poco empezaron a mirar al gato con suspicacia. A cada instante, sostenían en voz baja conciliábulos que eran un secreto para todos.

En la mañana del octavo día de lluvia, muy temprano, los padres se preparaban para ir a la estación, a pesar del mal tiempo, para enviar sus costales de papas a la ciudad. Al levantarse Delphine y Marinette los encontraron en la cocina ocupados en coser un costal. Sobre la mesa había una piedra que pesaba por lo menos seis kilos. A las preguntas que hicieron las pequeñas, ellos respondieron, con aspecto un poco desconcertado, que se trataba de un envío que iban a

hacer con los costales de papas. En eso el gato hizo su entrada a la cocina y saludó amablemente a todo el mundo.

–Alfonso –le dijeron los padres–, tienes un buen plato de leche fresca esperándote cerca del horno.

–Se los agradezco son muy amables –dijo el gato, un poco sorprendido por esas atenciones a las que ya no estaba acostumbrado.

Mientras se tomaba su plato de leche, los padres lo tomaron cada uno de dos patas, lo hicieron entrar en el costal con la cabeza por delante y después de haber introducido la gran piedra, cerraron el costal con un cordón grueso.

–¿Qué les pasa? –gritaba el gato revolviéndose en el interior del saco–. ¡Han perdido la razón, padres!

–Lo que nos pasa –dijeron los padres–, es que ya no queremos un gato que se pase la pata por detrás de la oreja todas las noches. Basta de que llueva así. Puesto que te gusta tanto el agua, muchacho, vas a tener toda la que quieras. En cinco minutos te vas a estar aseando en el fondo del río.



Delphine y Marinette empezaron a gritar que no iban a dejar que arrojaran a Alfonso al río. Los padres gritaban que nada podría impedir que ahogaran a un animal mugroso que hacía llover. Alfonso maullaba y se agitaba, furioso, en su prisión. Marinette lo abrazaba a través de la tela del costal y Delphine suplicaba de rodillas que le perdonaran la vida a su gato. “¡No, no! –respondían los padres con voces de ogros–, no habrá piedad para los gatos malvados!” En eso se dieron cuenta de que ya casi eran las ocho e iban a llegar tarde a la estación. De prisa agarraron sus abrigos, se quitaron los capuchones y le dijeron a las niñas antes de dejar la cocina:

–Ya no tenemos tiempo de ir al río. Será al mediodía, a nuestro regreso. De aquí a entonces no se les ocurra abrir el costal. Si Alfonso no estuviera allí a mediodía, partirán de inmediato a casa de la tía Melina por seis meses y quizá para toda la vida.

Los padres no habían llegado todavía al camino cuando Delphine y Marinette desataron el cordón del costal. El gato asomó la cabeza y les dijo:

–Pequeñas, siempre pensé que tenían un corazón de oro. Pero sería yo un infeliz si aceptara que ustedes pasaran seis meses o tal vez más en casa de la tía Melina para salvarme. A ese precio, prefiero cien veces ser arrojado al río.

–La tía Melina no es tan mala como dicen y seis meses pasarán pronto.

Pero el gato no quiso ni escuchar y para subrayar que su decisión estaba tomada, metió la cabeza en el costal. Mientras Delphine trataba otra vez de persuadirlo, Marinette salió al patio y fue a pedirle consejo al pato que chapoteaba bajo la lluvia, en medio de un charco. Era un pato sagaz y muy serio. Para reflexionar mejor ocultó la cabeza bajo el ala.

–Por más que me quiebro la cabeza –dijo al fin–, no veo el modo de convencer a Alfonso de que salga del costal. Ya lo conozco, es obstinado. Si lo hiciéramos salir a fuerza, nada podrá impedir que se

regrese con los padres. Sin contar con que le doy toda la razón. Por mi parte, yo no estaría en paz con mi conciencia si ustedes fueran obligadas a vivir con la tía Melina por mi culpa.

–¿Y nosotras, entonces? ¿Si Alfonso se ahogara, no nos remordería la conciencia?

–Por supuesto –dijo el pato–. Habrá que encontrar otra solución que arregle todo. Pero por más que le doy vueltas no se me ocurre nada.

Marinette tuvo la idea de consultar a todos los animales de la granja y para no perder tiempo los hizo entrar a la cocina. El caballo, el perro, los bueyes, las vacas, el cerdo y las gallinas vinieron a sentarse cada uno en el lugar que les designaban las niñas. El gato, que se encontraba en medio del círculo, consintió en sacar la cabeza del costal y el pato, que se hallaba cerca de él, tomó la palabra para poner a los animales al corriente de la situación. Cuando terminó todos se pusieron a reflexionar en silencio.

–¿Alguien tiene una idea? –preguntó el pato.

–Yo –respondió el cerdo–. Miren, cuando los padres estén de regreso a medio día, tendré una conversación con ellos. Haré que se avergüencen por haber tenido tan malos pensamientos. Les explicaré que la vida de los animales es sagrada y que cometerían un terrible crimen al arrojar a Alfonso al río. Estoy positivamente seguro de que comprenderán.

El pato asintió con simpatía, pero no parecía estar convencido. En la mente de los padres el cerdo estaba destinado a convertirse en chuletas y sus razones no podían tener gran peso:

–¿Alguien más tiene alguna idea?

–Yo –dijo el perro–. Sólo tienen que dejarme hacer. Cuando los padres se lleven el costal, les morderé las pantorrillas hasta que hayan soltado al gato.

La idea les pareció buena, pero Delphine y Marinette, aunque estaban un poco tentadas, no querían que les mordieran las pantorrillas a sus padres.

–Por otra parte –observó la vaca–, el perro es demasiado obediente para atreverse a morder a los padres.

–Es cierto –dijo el perro–, soy demasiado obediente.

–Hay algo más sencillo –dijo un buey blanco–, Alfonso no tiene más que salir del costal y pondremos un leño en su lugar.

Las palabras del buey fueron acogidas por un murmullo de aprobación, pero el gato sacudió la cabeza.

–Imposible, los padres se darán cuenta que el saco no se mueve, ni habla ni respira y no tardarán en descubrir la verdad.

Tuvieron que aceptar que Alfonso tenía razón. Los animales se desanimaron un poco. Después el caballo rompió el silencio. Era un viejo caballo pelado, al que le temblaban las piernas y que los padres ya no utilizaban. En poco tiempo lo llevarían a la carnicería que vendía carne de caballo.

–No me queda mucho tiempo de vida –dijo–. Si voy a terminar mis días que sea por una cosa útil. Alfonso es joven. Alfonso todavía tiene un buen porvenir de gato. Así que es muy natural que yo tome su lugar en el costal.

Todo el mundo se mostró muy conmovido por la proposición del caballo. Alfonso estaba tan emocionado que salió del costal y fue a frotársele contra las piernas, arqueando el lomo.

–Eres el mejor de los amigos y la más generosa de las bestias –le dijo al viejo caballo–. Si tengo la suerte de no ahogarme hoy, no olvidaré nunca el sacrificio que querías hacer por mí y te lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

Delphine y Marinette empezaron a suspirar y el cerdo, que también tenía un alma buena, estalló en sollozos. El gato se enjugó los ojos con su pata y prosiguió:

–Desafortunadamente, lo que me propones es imposible, y lo lamento porque estaba dispuesto a aceptar un ofrecimiento hecho con tan buena voluntad. Pero apenas quepo en el costal y tú no podrías ocupar mi lugar. Ni siquiera cabría tu cabeza.

Así que fue evidente para las pequeñas y para todos los animales

que la sustitución era imposible. Junto a Alfonso, el viejo caballo parecía un gigante. A un gallo maleducado, la comparación le pareció cómica y se rió ruidosamente.

–¡Silencio! –le dijo el pato–. No es cosa de risa, creí que lo habrías comprendido. Pero no eres más que un sinvergüenza. Te ruego seas tan amable de salir de aquí.

–¡Mire, mejor no se meta donde no debe! ¿Acaso yo le estaba hablando a usted?

–¡Dios mío, qué vulgar es! –murmuró el cerdo.

–¡Sal de aquí! –empezaron a gritar todos los animales–. ¡Sal de aquí, gallo! ¡Que se vaya el vulgar! ¡Fuera!

El gallo, con la cresta muy roja, atravesó la cocina ante los abucheos y salió jurando venganza. Como llovía se fue a refugiarse al cobertizo. Al cabo de algunos minutos Marinette fue allí también y con mucho cuidado escogió un leño de una pila.

–Quizá podría ayudarte a encontrar lo que buscas –le propuso el gallo con voz amable.

–¡Oh! No. Busco un leño que tenga forma... eeh... forma.

–Forma de gato, vamos. Pero como decía Alfonso, los padres verán que el leño no se mueve.

–Sí, pero, –respondió Marinette–, el pato tuvo la idea de...

Pero como había oído decir en la cocina que convenía desconfiar del gallo Marinette temió haber soltado demasiado la lengua, lo dejó ahí y salió del cobertizo con el leño que acababa de escoger. Él la vio correr bajo la lluvia y entrar en la cocina. Poco después, Delphine salió con el gato, le abrió la puerta de la granja y se quedó esperándolo en el umbral. El gallo abrió mucho sus ojos y trataba en vano de comprender lo que pasaba. De vez en cuando Delphine se acercaba a la ventana de la cocina y pedía la hora con voz ansiosa.

–Las doce menos veinte, respondió Marinette la primera vez. Las doce menos diez... Las doce menos cinco...

El gato no aparecía.

Con excepción del pato, todos los animales habían dejado la

cocina y buscado un refugio.

–¿Qué hora es?

–Mediodía. Todo está perdido. Parece que... ¿Escuchas?

El ruido de un carreta. Eran los padres que regresaban.

–Ni modo –dijo Delphine–. Voy a encerrar a Alfonso en la granja. Después de todo, no nos vamos a morir por pasar seis meses en casa de la tía Melina.

Alargaba el brazo para cerrar la puerta, cuando Alfonso apareció en el umbral llevando entre sus dientes un ratón vivo. La carreta de los padres, que conducían a todo galope, acababa de surgir al fondo del camino.

El gato, y Delphine tras él, se precipitaron en la cocina. Marinette abrió la boca del costal donde había colocado ya el leño envuelto en trapos para hacerlo más suave. Alfonso dejó caer allí el ratón que sostenía por la piel del lomo y enseguida fue cerrado el costal. La carreta de los padres llegó al fondo del jardín.

–Ratón –dijo el pato inclinándose sobre el costal–, el gato tuvo la bondad de dejarte con vida, pero con una condición. ¿Me escuchas?

–Sí, te escucho –respondió una vocecita.

–Sólo te pedimos una cosa, que camines sobre el leño que está ahí dentro, de manera que parezca que se mueve.

–Eso es fácil. ¿Y luego?

–Después van a venir unas gentes a llevarse el saco y arrojarlo al agua.

–Sí, pero entonces...

–No hay pero que valga. En el fondo del saco hay un pequeño agujero. Puedes agrandarlo si es necesario y cuando escuches ladrar un perro cerca de ti, te escaparás. Pero no antes de que ladre el perro, porque si no él te matará. ¿Entendiste? Sobre todo, pase lo que pase, no grites y no pronuncies ni una palabra.

La carreta llegaba al patio. Marinette escondió al gato en el baúl y colocó el costal sobre la tapa. Mientras los padres desenganchaban los caballos, el pato salió de la cocina y las pequeñas se frotaron los

ojos para tenerlos rojos.

–Qué horrible clima hace –dijeron al entrar–. La lluvia nos empapó la ropa. ¡Nada más de pensar que es por culpa del gato!

–Si no estuviera encerrado en un costal –dijo el gato–, tendría corazón para compadecerlos.

El gato, hecho un ovillo en el baúl, se encontraba justo abajo del saco de donde parecía salir su voz, apenas ensordecida. Al interior de su prisión el ratón iba y venía sobre el leño haciendo que se moviera la tela del saco.

–No es a nosotros a quienes hay que tener lástima. Es más bien a ti que te encuentras en una mala situación. Pero te la ganaste.

–Vamos, padres, vamos. Ustedes no son tan malos como parecen. Déjenme salir del costal y los perdono.

–¡Perdonarnos! Eso sí es demasiado. ¿Acaso fuimos nosotros los que hicimos llover durante una semana?

–¡Claro que no! –dijo el gato–, ustedes son incapaces. Pero el otro día ustedes me golpearon injustamente. ¡Monstruos! ¡Verdugos! ¡No tienen corazón!

–¡Gato mugroso! –exclamaron los padres–. ¡Mira cómo nos insulta!

Estaban tan enojados que empezaron a golpear el costal con un palo de escoba. El leño forrado de tela recibía fuertes golpes y mientras que el ratón, asustado, daba brincos en el interior del saco, Alfonso daba gritos de dolor.

–¡Esta vez recibiste tu merecido! ¿Vas a decir otra vez que no tenemos corazón?

–Ya no les volveré a hablar –replicó Alfonso–. Pueden decir todo lo que quieran. No volveré a abrir la boca ante personas tan malas como ustedes.

–Como quieras, muchacho. En fin, es hora de terminar. Vamos hacia el río.

Los padres se apoderaron del costal y a pesar de los gritos que lanzaban las pequeñas salieron de la cocina. El perro, que las

esperaba en el patio, se puso a seguirlos con un aire de consternación que los incomodó un poco. Al pasar por el cobertizo el gallo los interpeló:

—Entonces padres, ¿van a ahogar al pobre Alfonso? Pero yo creo que ya debe estar muerto. Está inmóvil como un leño.

—Es muy posible, ha recibido tal tunda de escobazos que no debe estar muy vivo.

Al decir esto, los padres miraron de reojo el costal que llevaban escondido entre unas ropas.

—Sin embargo, sí se mueve un poco.

—Es cierto —dijo el gallo—, pero no se le escucha, parece que llevan ahí un leño en lugar de un gato.

—En efecto, acaba de decirnos que no abrirá la boca ni siquiera para respondernos.

Esta vez el gallo ya no se atrevió a dudar de la presencia del gato y le deseó un buen viaje.

Entretanto, Alfonso había salido de su baúl y bailaba una ronda con las niñas en medio de la cocina. El pato, que contemplaba sus juegos, estaba muy preocupado al pensar que los padres se hubieran dado cuenta del cambio.

—Mañana —dijo cuando el guateque se detuvo—, hay que ser muy prudentes. Cuando regresen los padres no deben encontrar al gato en la cocina. Alfonso, ya es hora de que vayas a instalarte al granero y acuérdate de no bajar nunca durante el día.

—Todas las noches —dijo Delphine—, encontrarás bajo el cobertizo algo de comer y un tazón de leche.

—Y durante el día —prometió Marinette—, subiremos al granero para saludarte.

—Y yo iré a verlas a su cuarto por la noche, cuando se acuesten, sólo deben dejar la ventana entreabierta.

Las niñas y el pato acompañaron al gato hasta la puerta de la granja. Llegaron al mismo tiempo que el ratón, que volvía al granero después de haber escapado del costal.

–¿Qué pasó? –dijo el gato.

–Estoy empapado –dijo el ratón–. El regreso bajo la lluvia fue larguísimo. Y fíjense que estuve a punto de ahogarme. El perro ladró hasta el último segundo, cuando los padres estaban ya al borde del río. Faltó muy poco para que me tiraran al agua con el costal.

–En fin, todo salió bien –dijo el pato–. Pero no se queden ahí y corran al granero.

A su regreso los padres encontraron a las pequeñas poniendo la mesa y cantando y se sintieron molestos.

–La muerte del pobre Alfonso no parece entristecerlas mucho. No valía la pena que gritaran tanto cuando se fue. Con todo, merecía tener amigas más fieles. En el fondo era un excelente animal y nos va a hacer mucha falta.

–Estamos muy tristes –afirmó Marinette–, pero puesto que ya está muerto, ni modo, está muerto. No podemos hacer nada al respecto.

–Además se merecía lo que le pasó –agregó Delphine.

–Esas formas de hablar no nos gustan –las regañaron los padres–. Son unas niñas, sin corazón. Nos están dando ganas, sí, muchas ganas de enviarlas a casa de la tía Melina.

Diciendo esto se sentaron a la mesa, pero los padres estaban tan tristes que casi no podían comer y les decían a las niñas que comían por cuatro:

–La tristeza no les corta el apetito. Si el pobre Alfonso pudiera vernos, comprendería al punto quiénes eran sus verdaderos amigos.

Al final de la cena, no pudieron retener las lágrimas y ahogaban sus sollozos en sus pañuelos.

–Vamos, padres –decían las niñas–, vamos, tengan un poco de valor. No hay que dejarse llevar por la pena. Su llanto no va a resucitar a Alfonso. Claro que ustedes lo metieron en el costal y lo golpearon, pero piensen que era por el bien de todos, para que volviera el sol a nuestras cosechas. Sean razonables. ¡Hace un rato, cuando iban rumbo al río, se veían tan valientes, tan alegres!

Los padres estuvieron tristes el resto del día, pero a la mañana siguiente, el cielo estaba claro, la campiña soleada y ya no pensaron más en su gato.

Los días que siguieron pensaron en él todavía menos. El sol estaba cada vez más cálido y las labores del campo no les dejaba tiempo para el arrepentimiento.

Las niñas no necesitaban pensar en Alfonso. Casi nunca lo dejaban. Aprovechando la ausencia de sus padres, él permanecía en el patio de la mañana a la noche y no se escondía más que a las horas de las comidas.

Por la noche se reunía con ellas en su cuarto.

Una noche, cuando regresaban a la granja, el gallo fue al encuentro de los padres y les dijo:

–No sé si fue mi imaginación, pero me pareció ver a Alfonso en el patio.

–Ese gallo es un tonto –gruñeron los padres y siguieron su camino.

Pero al día siguiente fue otra vez a su encuentro:

–Si Alfonso no estuviera en el fondo del río –dijo él–, juraría haberlo visto esta tarde jugando con las niñas.

–Es cada vez más tonto, decir eso del pobre Alfonso.

Y diciendo eso, los padres analizaron al gallo con mucha atención. Se pusieron a hablar muy bajo sin quitarle la mirada.

–Ese gallo es muy tonto, pero tiene muy buen aspecto. Es curioso que lo viéramos todos los días sin darnos cuenta. El hecho es que está en su punto y ya no tiene caso seguirlo alimentando.

A la mañana siguiente, muy temprano, el gallo fue sacrificado en el momento en que se preparaba para hablar de Alfonso. Lo pusieron a cocer en una olla y todos quedaron muy satisfechos.

Hacía quince días que Alfonso pasaba por muerto y el clima seguía siendo muy bueno. Ni una gota de lluvia había caído todavía, los padres decían que era una suerte y agregaban con un dejo de inquietud:

–De cualquier modo no conviene que dure mucho porque se provocaría una sequía. Una buena lluvia arreglaría las cosas.

Al cabo de veintitrés días seguía sin llover. La tierra estaba tan seca que ya nada germinaba. El trigo, la avena y el centeno no crecían y empezaban a secarse. “Una semana más con este clima –decían los padres–, y todo estará calcinado”. Estaban desolados, lamentaban en voz alta la muerte de Alfonso y le echaban la culpa a las niñas. “Si ustedes no hubieran roto el plato de porcelana, nunca hubiera habido problemas con el gato y estaría todavía aquí para darnos la lluvia”. Por la noche, después de la cena, iban a sentarse al patio, miraban el cielo sin nubes y se retorcían las manos de desesperación gritando el nombre de Alfonso.

Una mañana, los padres fueron al cuarto de las niñas para despertarlas. El gato, que había pasado una parte de la noche platicando con ellas, se había quedado dormido en la cama de Marinette. Al oír que abrían la puerta no tuvo tiempo de deslizarse bajo la colcha.

–Ya es hora –dijeron los padres–, despierten. El sol ya está muy fuerte y hoy tampoco va a llover... ¡Ah! Eso, pero...

Se habían interrumpido y miraban la cama de Marinette con los ojos muy abiertos. Alfonso, que creía estar bien escondido, no había pensado que su cola sobresalía de la colcha. Delphine y Marinette, todavía adormiladas, se tapaban hasta los cabellos con las mantas. Avanzando a paso de lobo, los padres con sus cuatro manos empuñaron la cola del gato que se encontró de pronto suspendido en el aire.

–¡Ah, vaya, pero si es Alfonso!

–Sí, soy yo, pero déjenme, me están lastimando. Les vamos a explicar.

Los padres colocaron al gato sobre la cama. Obligaron a Delphine y Marinette a confesar lo que había pasado el día del río.

–Era por su bien, afirmó Delphine, para evitar que mataran a un pobre gato que no se lo merecía.

–Ustedes nos desobedecieron –las regañaron los padres–. Lo prometido, prometido. Van a tener que ir con la tía Melina

–¡Ah, vaya así están las cosas! –exclamó el gato saltando sobre el borde de la ventana–. ¡Pues bien! yo también me voy a casa de la tía Melina y soy el primero en irme.

Comprendiendo que se habían portado con torpeza, los padres le rogaron a Alfonso que se quedara, porque de eso dependía que se salvaran las cosechas. Pero el gato no quería ni escucharlos. Finalmente, después de hacerse mucho del rogar, recibió la promesa de que las pequeñas no abandonarían la granja y aceptó quedarse.

Por la noche de ese mismo día –el más caliente que se haya sentido– Delphine, Marinette, los padres y todos los animales de la granja formaron un gran círculo. Alfonso estaba sentado en un taburete. Se aseó con toda calma y al llegar el momento se pasó la pata por detrás de la oreja más de cincuenta veces. Al día siguiente, después de veinticinco días de sequía cayó una buena lluvia que refrescó a los animales y a la gente. En el jardín, en los campos y en los prados todo empezó a crecer y a reverdecer. A la semana siguiente hubo además otro feliz acontecimiento: como se le ocurrió rasurarse la barba, la tía Melina pudo casarse sin dificultad y se fue a vivir con su nuevo esposo a mil kilómetros de distancia de la casa de las pequeñas. ♦

Las vacas

◆ DELPHINE y Marinette sacaron las vacas del establo para llevarlas a los grandes pastizales de las orillas, del otro lado del pueblo. Como iban a regresar hasta la noche, llevaban en una canasta su comida y la del perro, además de dos panes con mermelada de grosella para la merienda.

–Vamos –dijeron los padres–, vigilen bien y, sobre todo, que los animales no vayan a llenarse con tréboles o a mordisquear las manzanas de los árboles del camino. Piensen que ya no son unas niñas. Entre las dos ya tienen casi veinte años.

Los padres se dirigieron enseguida al perro que husmeaba afablemente la canasta de la comida.

–Y tú, vago, trata de poner atención también.

–Siempre tan amables –murmuró el perro–. Eso no cambia.

–Ustedes, vacas, piensen que las llevan a pastar de una hierba que es gratis. No pierdan ni un bocado.

–Pueden estar tranquilos –dijeron las vacas–. Si se trata de comer, comeremos.

Una de ellas agregó con voz agria:

–Comeríamos mucho mejor si no estuvieran siempre molestándonos.

La que así acababa de hablar era una pequeña vaca gris a la que llamaban Corneta. Ella había logrado ganarse la confianza de los padres porque nunca dejaba de informarles lo que hacían las niñas y hasta lo que no hacían; sentía un extraño placer en hacer que las

regañaran y las pusieran a pan y agua.

–¿Molestándolas? –preguntó Delphine–. ¿Y quién te molesta?

–Ya dije –respondió Corneta alejándose.

Siguiéndola, el rebaño llegó al camino y los padres se quedaron solos, plantados en medio del patio de la granja y gruñendo entre dientes:

–¡Hum!, ésa es otra cosa que hay que dejar en claro. Siempre es lo mismo. Esas niñas son muy alocadas. Afortunadamente está Corneta, que es tan razonable y sobre todo tan sacrificada.

Se miraron, con una mano sobre el corazón, y agregaron enjugando una lágrima de enternecimiento:

–Oh, la pequeña y buena Corneta.

Después entraron en su casa renegando de la irresponsabilidad de sus hijas.

El rebaño no se había alejado ni doscientos metros de la granja cuando encontraron, a la orilla del camino, una rama de manzano que la tormenta de la noche sin duda había arrancado del árbol. Las vacas se pusieron a mordisquear manzanas, corriendo el riesgo de atragantarse. Corneta, que iba al frente, había pasado al lado de la tentación sin tomarla en cuenta. Cuando se percató de eso, regresó sobre sus pasos, pero era demasiado tarde: ya no quedaba ni una manzana.

–Muy bien –dijo burlándose–. Las dejaron comer manzanas. ¡Qué importa si se ahogan!

–Más bien –dijo Marinette–, estás enojada porque no comiste.

Las pequeñas se echaron a reír y las vacas y el perro también. Corneta estaba tan enojada que le temblaban las cuatro patas. Declaró con voz rabiosa:

–Las voy a acusar.

Ya iba rumbo a la granja cuando el perro se paró frente a ella y le advirtió:

–Si das un paso más, te muerdo el morro.

Mostró los dientes y el pelo del lomo se le erizó. Se veía que

estaba listo para cumplir su amenaza y Corneta debe haberse dado cuenta, porque se regresó de inmediato.

—Está bien —dijo—, todo se va a saber; ya me llegará a mí el turno de reír.

El rebaño se volvió a poner en marcha y Corneta, sin detenerse a pastar a lo largo del camino como hacían las otras vacas, se adelantó bastante. Al llegar donde estaban los pastizales, hizo un alto largo ante una granja aislada y se puso a platicar con la granjera que tendía su ropa en el seto de su jardín. Del otro lado del camino, a cien metros de la granja, unos gitanos habían desenganchado el caballo de su carreta y trabajaban trenzando sus canastos sentados al borde de la cuneta. Cuando el resto del rebaño alcanzó a Corneta, la granjera detuvo a las dos pequeñas y les dijo, señalando hacia la carreta:

—Tengan cuidado con esa gente, son unos buenos para nada y son capaces de todo. Si alguno de ellos viene a hablarles, sigan su camino y no respondan.

Delphine y Marinette agradecieron cortésmente, pero sin mucho entusiasmo. La granjera no les agradaba. Le encontraban un aire astuto e hipócrita que la hacía parecerse a Corneta, y el único diente largo y amarillo que tenía en medio de la boca les daba un poco de miedo. Y el granjero, que al pasar por su puerta las miraba con el rabillo del ojo, tampoco les agradaba. Hasta entonces ni uno ni otro les habían dirigido la palabra más que para reprocharles que no cuidaban las vacas y para amenazarlas con ir a acusarlas con sus padres. No obstante, al pasar ante la carreta apresuraron el paso, atreviéndose apenas a lanzar una mirada de lado. Los gitanos, que trabajaban riendo y cantando, no parecieron prestarles mucha atención.

En los pastizales el día pasó muy bien, a pesar de que en varias ocasiones Corneta se fue a merodear por un campo de alfalfa al borde de una pradera. Mostró tanta arrogancia y obstinación que, a la tercera vez, fue necesaria una tunda de bastonazos para quitarla de

allí. Como salió corriendo a toda velocidad, el perro se sujetó de su cola y se fue suspendido casi veinte metros sin tocar la tierra.

–Eso les costará muy caro –dijo volviendo con el rebaño.

Hacia el final de la tarde, las pequeñas fueron al río para platicar con los peces, y el perro, que debía haberse quedado cuidando el rebaño, insistió en acompañarlas. La conversación careció de interés, no vieron otro pez que un enorme lucio casi tarado, se conformaba con responder a todo lo que le decían: “como digo siempre, una buena comida es una ganancia, básicamente, es lo único que cuenta”. Renunciando a sacarle otra frase, las granjeras y su perro volvieron al centro de la pradera. El rebaño parecía tranquilamente, pero Corneta había desaparecido. Las otras vacas, demasiado ocupadas en pastar, no la habían visto alejarse.

Delphine y Marinette no dudaban que Corneta hubiera regresado directo a la casa a fin de ser la primera en llegar y calentarle la cabeza a los padres con su versión de la historia. Con la esperanza de alcanzarla antes de que llegara a la granja, dejaron de inmediato los pastizales y se llevaron a las vacas a paso veloz.

Los padres todavía no regresaban de los campos, y no había rastro de Corneta por ninguna parte, nadie la había visto. Las pequeñas se sentían desesperadas y el perro, pensando en lo que le esperaba, estaba en una situación crítica. En el patio había un pato de hermoso plumaje con mucha sangre fría.

–No hay que desesperarse –dijo–. Primero que nada vayan a ordeñar las vacas y lleven la leche a la lechería. Después ya veremos.

Las pequeñas siguieron el consejo del pato. Ya habían regresado de la lechería cuando los padres llegaron a la granja. La noche estaba muy oscura y en la cocina la lámpara estaba encendida.

–Buenas noches –dijeron los padres–. ¿Todo salió bien? ¿No hay ninguna novedad?

–Claro que no –respondió el perro–. Nada nuevo.

–Tú hablarás cuando te preguntemos. ¡Mira qué animal este! Entonces, pequeñas, ¿nada nuevo?

–No, nada –dijeron enrojeciendo y con voces trémulas. Todo estuvo más o menos...

–¿Más o menos? ¡Hum! Vamos un momento a ver qué piensan los animales.

Los padres dejaron la cocina, pero el perro ya se les había adelantado y estaba con el pato que lo esperaba en el lugar de Corneta, al fondo del establo.

–Buenas noches, vacas –dijeron los padres–. ¿Fue agradable el paseo?

–Un paseo magnífico, padres. Nunca habíamos comido una hierba tan buena.

–Bueno, tanto mejor. ¿Y no hubo ningún problema?

–No, ningún problema.

En la oscuridad, a tientas, los padres avanzaron paso a paso hacia el fondo del establo.

–¿Y tú, mi buena Corneta, no dices nada?

El perro, repitiendo las palabras que le susurraba el pato, respondió con una voz doliente:

–Comí muy bien, ya ven, me estoy cayendo de sueño.

–¡Ah, qué buena vaca! ¡Da gusto escucharla! ¿No te molestaron?

–No puedo quejarme.

El perro vaciló un momento, pero, presionado por el pato, dijo sin prisa:

–No, no tengo queja de nadie, salvo de este mugroso perro que se volvió a prender de mi cola. Ustedes podrán decir lo que quieran, padres, pero la cola de una vaca no está hecha para servir de columpio a un perro.

–Por supuesto que no. ¡Ah, qué feo animal! Pero quédate tranquila, que de inmediato le vamos a dar de patadas en las costillas. En ese momento, el perro ya no dudaba de lo que le esperaba.

–No lo golpeen muy fuerte, en el fondo, ya saben que me hace eso para divertirse.

–No, no hay piedad para los malos pastores, será tundido a

golpes como se merece.

Después de esto los padres se fueron a la cocina. El perro ya se encontraba ahí, acostado bajo el horno.

—¡Ven acá, tú! —le gritaron sus amos—.

—Ya voy —dijo el perro—. Pero se diría que no están contentos conmigo. Ya saben, con frecuencia uno se hace ideas...

—¿Vienes?

—Ya voy, ya voy. Hago lo que puedo. Debo decirles que tengo reumatismo en las patas derechas...

—Justamente, te vamos a dar una buena medicina.

Y al decir eso veían la punta de sus botas con un aire cruel. Las pequeñas abogaron por el perro y como los padres creían que no tenían nada que reprocharles, se conformaron con darle al perro sólo una patada cada uno.

A la mañana siguiente, al ir a ordeñar las vacas, los padres vieron que Corneta no estaba en el establo. En su lugar había un cubo lleno de leche todavía tibia proporcionado por las otras vacas.

—Hace un rato, cuando estaban en el granero —explicó el pato—, Corneta se estaba quejando de que le dolía la cabeza. Le pidió a las pequeñas que la ordeñaran de inmediato y Marinette la acaba de llevar a los pastizales.

—Puesto que Corneta lo pidió, las pequeñas hicieron muy bien —dijeron los padres.

Sin embargo, Marinette se había ido sola hacia los pastizales. La granjera que sólo tenía un diente estaba en el patio de su granja. Se sorprendió al ver a la pastora sin su perro y sin su ganado.

—¡Ah, si supiera lo que nos pasó! —dijo Marinette—. Ayer en la tarde perdimos una vaca.

La granjera declaró que no había visto a Corneta. Luego agregó, mostrando del otro lado del camino a los gitanos que desayunaban ante la carreta:

—En este momento no es bueno dejar que anden solas las vacas o ningún animal. Hay quien sabe hacer que las cosas se pierdan.

Al alejarse, Marinette se arriesgó a lanzar un mirada hacia la carreta, pero no se atrevió a interrogar a los gitanos. De todas maneras, no creía que ellos se hubieran robado a Corneta. ¿Dónde la hubieran metido? La puerta de la carreta era muy estrecha para que pudiera pasar una vaca. Mientras estaba sola en los pastizales fue hasta el río para preguntarle a los peces si se había ahogado alguna vaca la tarde anterior, aventurándose en alguna poza de agua. Pero ninguno de los peces a los que interrogó sabía nada.

–Ya lo sabríamos –dijo una carpa–. En el río las noticias corren pronto. Mi hijo me lo hubiera dicho ayer en la tarde, pues siempre anda por los huecos y los vados.

Más tranquila, Marinette alcanzó al rebaño que llegaba a los grandes pastizales. Delphine se alarmó por la conversación que había sostenido su hermana con la granjera. Si se encontraba a los padres no iba a dejar de mencionarles lo de Corneta.



—Es cierto —aceptó Marinette—. No había pensado en eso.

Hasta el final de la mañana, las pequeñas mantuvieron la esperanza de que, después de una noche pasada al sereno y con su rencor apaciguado, Corneta regresaría con ellas. Pero el tiempo pasaba sin que apareciera. Las vacas compartían la ansiedad de sus pastoras y, muy apenadas, casi ni pensaban en pastar. Al mediodía, toda esperanza de regreso estaba perdida. Después de comer rápidamente las pequeñas decidieron ir a explorar el bosque vecino. Querían creer que Corneta no había sido robada, sino que, al tratar de esconderse en el bosque, se había extraviado.

—Se van a quedar solas en los pastizales —dijo Delphine a las vacas—. Deberíamos dejarles al perro, pero será más útil si nos acompaña al bosque. Proméтанos que se van a portar bien. No vayan a donde están los tréboles y esperen a que regresemos para ir a tomar agua.

—Pueden estar tranquilas —prometieron las vacas—. Pueden contar con nosotras, no nos verán ni en los tréboles ni en el río. Ya tienen suficientes problemas como para que les causemos otros.

Después de cruzar el río, las pequeñas se fueron por el bosque, donde hicieron un largo recorrido. El perro corría por todas partes, abatiendo los matorrales y los arbustos. Pero por más que buscaban y llamaban a Corneta a los cuatro vientos, era en vano. Interrogaron a los habitantes del bosque: conejos, ardillas, corzos, arrendajos, cuervos, urracas, ninguno sabía de una vaca que se hubiera perdido en el bosque; un cuervo incluso se tomó la molestia de ir a preguntar al otro extremo del bosque y allí tampoco sabían nada de una vaca perdida. Continuar la búsqueda sería una pérdida de tiempo. Corneta estaba en otra parte.

Un poco desanimadas, Delphine y Marinette volvieron sobre sus pasos. Ya eran casi las cuatro de la tarde y había pocas probabilidades de que Corneta apareciera antes del final del día.

—Esta noche otra vez —suspiraba el perro—. Sería muy raro que me escapara de recibir otras dos o tres patadas.

En los grandes pastizales una terrible sorpresa esperaba a los caminantes: las vacas ya no estaban ahí. La manada entera había desaparecido y nada indicaba o dejaba adivinar la dirección que había tomado. Ante ese nuevo golpe las pequeñas se pusieron a llorar, y el perro, a quien el porvenir se le aparecía bajo la forma de una interminable fila de botas, no pudo contener las lágrimas. Como ya no había nada más que hacer en los pastizales decidieron regresar a la casa.

Los gitanos ya no estaban junto a la carreta, lo cual era un poco sospechoso. Cuando interrogaron a la granjera, no pudo proporcionar ninguna información sobre la dirección que habían tomado las vacas, pero dejó entrever que los gitanos probablemente lo sabían. Se quejó de haber perdido un pollo que no había regresado el día anterior y agregó que no debía estar muy lejos, a no ser que se lo hubieran comido.

Los padres todavía no regresaban. En la entrada del patio, el pato, el gato, el gallo, las gallinas, las ocas y el cerdo estaban esperando la llegada de las niñas para tener noticias de Corneta y se sorprendieron mucho al verlas regresar sólo con el perro. La noticia de la desaparición de las vacas los puso en efervescencia. Las ocas se lamentaban, las gallinas corrían por todas partes, el cerdo gritaba como si lo hubieran desollado y, por simpatía con el perro cuyo desconsuelo movía a piedad, el gallo se puso a ladrar. El gato, que se mordía los labios para disimular su emoción, se tragó su bigote y estuvo a punto de ahogarse. Las pequeñas, en medio de esta ruidosa compasión, se habían puesto a llorar otra vez y sus sollozos se sumaban al tumulto. Sólo el pato permanecía tranquilo. Ya había pasado por otras situaciones graves.

—De nada sirve gemir —dijo él después de haber pedido silencio—. Si cuando regresen los padres está oscuro, como ayer, todo puede arreglarse todavía, pero necesitamos prepararnos para recibirlos.

Les dio instrucciones precisas a cada uno y se aseguró de que hubieran entendido. El cerdo lo escuchaba con impaciencia y a cada

instante trataba de interrumpirlo.

–Todo eso es muy bonito –dijo al fin–, pero hay algo más importante.

–¿Qué cosa?, dilo por favor.

–Encontrar a las vacas.

–Por supuesto –suspiraron Delphine y Marinette–, ¿pero cómo vamos a hacerlo?

–Yo me encargo de eso –declaró el cerdo–. Pueden confiar en mí. Mañana antes del mediodía habré encontrado a las vacas.

Unas semanas antes el cerdo se había hecho amigo de un perro policía cuyos amos estaban de vacaciones en el pueblo. Después de escuchar el relato de las aventuras del perro policía, sólo soñaba con realizar hazañas semejantes.

–Mañana, al amanecer, iré a investigar. Creo que tengo una buena pista. Lo único que les voy a pedir, pequeñas, es que me consigan una barba postiza.

–¿Una barba postiza?

–Para que nadie me reconozca. Con una barba postiza paso desapercibido por cualquier parte.

Las esperanzas del pato no se vieron frustradas. En efecto, ya estaba muy oscuro cuando regresaron los padres. Después de algunos minutos de conversación con las pequeñas, entraron al establo donde la oscuridad era completa.

–Buenas noches vacas, ¿les fue bien este día?

Y el gallo, las ocas, el gato y el cerdo, que ocupaban cada uno el lugar de una vaca, respondieron ahuecando la voz:

–No pudo estar mejor. Un cielo despejado, una hierba verde, una compañía agradable, ¿qué más se puede pedir?

–En efecto, fue un hermoso día.

Los padres se dirigieron enseguida a una vaca cuyo lugar estaba ocupado por el gato.

–¿Y tú, Roja? Esta mañana no tenías muy buena cara. ¿Comiste bien hoy?

–Miau –respondió el gato, que sin duda estaba un poco distraído o nervioso.

Delphine y Marinette, que estaban paradas en el umbral de la puerta, se pusieron a temblar, pero el gato continuó de inmediato:

–Otra vez ese gato tonto que viene a rondar por mis patas, le voy a pisar la cola y lo tendrá bien merecido. ¿Me preguntan si comí bien? Ah, padres, comí como nunca en mi vida, tanto, que mi panza casi se arrastra por el suelo.

Los padres estaban tan contentos con esta respuesta que les dieron ganas de palpar una panza tan bien alimentada. Un poco más y todo estaría perdido. Afortunadamente el perro los llamó desde el fondo del establo y se dirigieron de inmediato a su lado.

–Pequeña Corneta ¿Cómo sigues del dolor de cabeza que tenías esta mañana?

–Ya me siento mejor, gracias. No lo van a creer, pero esta mañana estaba tan afligida por irme sin decirles adiós, que estuve triste toda la mañana.

–Ah, qué lindo animalito tenemos –dijeron los padres–, eso nos reconforta mucho.

Y en efecto, su corazón estaba tan desbordante de ternura que quisieron abrazar a Corneta o al menos darle unas palmadas amistosas en el lomo. Pero, antes de que hubieran puesto los pies en la paja, llamó su atención el ruido de una pelea al otro lado del establo.

–Le voy a hacer puré los riñones –gritaba el gato con su voz de vaca–. ¡Le voy a arrancar los pelos y el bigote a ese mequetrefe!

–Ten cuidado –proseguía con su voz de gato–. Por mequetrefe que sea, me encargaré de enseñarte buenos modales.

Cuando los padres preguntaron qué pasaba, el cerdo les explicó:
–Es el gato que viene otra vez a meterse entre las patas del gato. Quiero decir, es la vaca... no, el gato...

–¡Ya está bien! –dijeron los padres–. Ya entendimos. El gato no tiene nada que hacer aquí. Vete, gato.

Al dejar el establo, se acordaron y volviendo alegremente la cabeza preguntaron:

–A propósito, Corneta, ¿no hubo hoy algún escándalo en los pastizales? No nos ocultes nada.

–Claro que no, padres, no tengo nada que señalar. Incluso debo decirles que el perro se portó muy bien.

–¡Ah, eso sí es sorprendente!

–Nunca había visto que se portara tan bien. Tanto, que se durmió de la mañana a la noche.

–¡Se durmió! ¡Vaya, eso es otra cosa! ¿Pero qué se ha creído ese holgazán, que lo estamos manteniendo para que duerma y no haga nada? Ya verá lo que le va a pasar.

–Oigan, hay que ser justos...

–Precisamente el muy taimado va a recibir la corrección que merece.

Cuando llegaron a la cocina, el perro estaba acostado bajo el horno. Le dijeron:

–Ven aquí, holgazán. –Al igual que la noche anterior, las pequeñas lo defendieron y, como la noche anterior, sólo le tocaron dos patadas en el trasero.

A la mañana siguiente, las cosas salieron bien y sin problemas. Los padres tenían la costumbre de levantarse al oír el canto del gallo. Esa mañana, por orden del pato, el gallo no cantó y los padres, detrás de sus persianas cerradas, se quedaron dormidos. Las pequeñas se vistieron en silencio, fueron a la cocina a tomar su canasto de provisiones y se alejaron como habían llegado, de puntillas. El cerdo, que no podía estarse quieto, las esperaba en el patio.

–¿Se acordaron de traer mi barba postiza? –les preguntó en voz baja.

Ellas le pusieron una barba de pelo de elote, muy tupida, rubia y con reflejos rojos que se le subía hasta los ojos. Él dijo con alegría:

–Me esperan en los pastizales y al mediodía les llevaré a la

manada viva o muerta.

–Más vale que sea viva –apuntó una oca.

–Naturalmente, pero los hechos son los hechos y no puedo hacer más. Por lo demás, si mis deducciones son correctas, nuestras vacas deben estar vivas todavía.

El cerdo dejó que partieran las pequeñas y el perro. Cinco minutos después, se puso en camino. Iba despacio, aparentando que paseaba para no llamar la atención.

Eran las ocho de la mañana cuando los padres se despertaron. No podían creer lo que veían.

–Por más que me desgañité durante tres cuartos de hora –dijo el gallo–, no logré sacarlos de la cama. Terminé dándome por vencido.

–Las pequeñas no se atrevieron a despertarlos –dijo el pato–. Se llevaron a las vacas como de costumbre y todo salió bien. Ahora que me acuerdo, Corneta me pidió que les dijera que ya no le duele la cabeza.

Los padres, que en su vida se habían levantado tan tarde, se sintieron tan perturbados que se creyeron enfermos y no fueron al campo ese día.

Como a las diez de la mañana, después de haber rondado por el pueblo, el cerdo, alcanzó a las pequeñas en los grandes pastizales. Al verlo llegar con la cabeza altiva y la barba en abanico, su corazón latió con fuerza.

–¿Las encontraste?

–Naturalmente. Es decir, ya sé dónde están.

–¿Dónde están?

–Un momento –dijo el cerdo–. No tan rápido. Déjenme sentarme al menos. Ya no puedo más.

Se sentó en la hierba frente a ellos, y dijo pasándose la pata por la barba:

–A primera vista, el asunto parece complicado, pero una vez que se reflexiona un poco es extremadamente simple. Sigán mi razonamiento: puesto que las vacas fueron robadas, no pudieron

serlo más que por ladrones.

–En efecto –acordaron las pequeñas.

–Por otra parte, es bien sabido que los ladrones son gente mal vestida.

–Es la pura verdad –dijo el perro.

–Eso nos lleva a plantear la siguiente pregunta: ¿quién es la gente peor vestida del pueblo? Traten de encontrarla.

Las pequeñas citaron varios nombres, pero el cerdo sacudía la cabeza con una sonrisa maliciosa.

–No le atinaron –dijo al fin–. Los más mal vestidos de la región son los gitanos que acampan desde hace dos días a la orilla del camino. Así que ellos se robaron nuestras vacas.

–¡Ya lo había pensado! –exclamaron al mismo tiempo las dos pastoras y el perro.

–Sí, claro –dijo el cerdo–. Ahora resulta que ustedes mismos descubrieron la verdad, qué pronto olvidaron que les fue revelada por la claridad de mi razonamiento. El mundo es ingrato; más vale resignarse.

Tuvo un acceso de melancolía, pero lo alabaron tanto que pronto recuperó su buen humor.

–Ahora sólo me queda ir tras los ladrones y sacarles una confesión completa. Yo no estoy jugando.

–Te puedo acompañar –le ofreció el perro.

–No, es un asunto muy delicado. Tu presencia podría echar todo a perder. Además, siempre actúo solo.

Renovó su promesa de regresar al mediodía con la manada y, dejando los pastizales, desapareció de la mirada de las pequeñas. Cuando llegó cerca de los gitanos, éstos estaban sentados en círculo y trenzaban canastos. En verdad estaban muy mal vestidos y los jirones de su ropa apenas los cubrían. A pocos pasos de la carreta pastaba un caballo viejo y flaco, tan miserable como sus amos. El cerdo avanzó sin titubear y les dijo con voz jovial:

–¡Buenos días, compañía!

Los gitanos miraron de arriba abajo al recién llegado y sólo uno de ellos, con aire distante, respondió al saludo.

–¿Todos están bien por su casa? –preguntó el cerdo.

–Muy bien –respondió el hombre.

–¿Los niños están bien?

–Sí.

–¿La abuela?

–Sí.

–¿El caballo?

–Sí.

–¿Las vacas?

–Sí.

El hombre, que había respondido sin pensar, se corrigió de inmediato.

–En lo que se refiere a las vacas –dijo–, no corren riesgo de enfermarse puesto que no tenemos.

–¡Demasiado tarde! –dijo triunfante el cerdo–. Ya confesó. Ustedes tomaron las vacas.

–¿Pero de qué está hablando? –dijo el hombre frunciendo el ceño.

–Suficiente –replicó el cerdo–. Devuélvanme las vacas que se robaron, si no...

No tuvo tiempo de decir nada más. Los gitanos se habían levantado para administrarle una corrección que dejó su barba muy maltrecha. Sus amenazas y su indignación no hacían más que acrecentar la furia del castigo. Por fin logró escapar de ellos y, todo adolorido, sembrando por el camino los pelos de su barba, fue a refugiarse al patio de la granja vecina donde los granjeros le dieron la bienvenida.

Ya eran las dos de la tarde y las pequeñas se habían cansado de esperar al cerdo en los pastizales cuando vieron llegar al pato que venía en busca de noticias. Disfrutó las deducciones que habían conducido al cerdo a sospechar de los gitanos.

–Hay que juzgar a la gente por su cara –dijo–. El chiste es no equivocarse. En cuanto a nuestro amigo, supongo que no está muy lejos. A esta hora ya debe estar en compañía de Corneta y de las otras vacas. Vamos a buscarlos.

Las pequeñas, acompañadas del perro y del pato, se dirigieron a la carreta donde no había nadie, porque los gitanos se habían ido al pueblo a vender sus canastos tejidos por la mañana. El pato no se preocupó en lo más mínimo por esta ausencia. Con la cabeza baja parecía examinar las piedras del camino.

–Miren –dijo–, estos largos pelos amarillos sembrados de tramo en tramo. Parece como si el cerdo hubiera querido jugar a Hansel y Gretel con su barba. Todos esos pelos nos van a llevar a alguna parte.

Siguiendo el camino trazado por los pelos, los cuatro amigos llegaron pronto al patio de la granja vecina, donde estaban los granjeros.

–Buenas tardes –dijo el pato–. Por lo que veo siguen siendo igual de feos. ¿Cómo puede ser que con esas fachas no estén todavía en prisión?

Mientras los granjeros se miraban asombrados, el pato se volvió hacia Delphine y Marinette:

–Pequeñas –les dijo–, vayan a abrir la puerta del establo y entren tranquilamente. Encontrarán allí a ciertos personajes que les serán familiares y que no se enojarán si los sacan a tomar un poco de aire.

Cuando los granjeros se precipitaron a proteger la puerta del establo, el pato les advirtió:

–Si mueven aunque sea un dedo haré que mi viejo amigo los devore.

Mientras el perro mantenía a raya a los granjeros, las pequeñas entraron al establo, de donde pronto salieron arriando al cerdo y a la manada de vacas. Corneta, que trataba de esconderse entre sus compañeras, no parecía estar muy orgullosa. Los granjeros bajaban miserablemente la cabeza.

–Tal parece que les gustan mucho los animales –dijo el pato.

–Era un juego –aseguró la granjera–. Anteayer, Corneta vino a pedirme que la albergara dos o tres días. Era para hacerle una broma a las pequeñas.

–Es falso –rectificó Corneta–. Le pedí que me albergara solamente por una noche y al día siguiente usted me retuvo por la fuerza.

–¿Y las otras vacas? –preguntó Delphine.

–Tuve miedo de que Corneta se aburriera. Entonces pensé en ir a buscarle compañía.

–Ella fue a buscarnos a los pastizales –explicó una vaca–. Nos dijo que Corneta estaba enferma y preguntaba por nosotras, así que la seguimos sin desconfianza.

–Así pasó conmigo –gruñó el cerdo–. Hace un rato, cuando me hizo entrar al establo, yo no desconfié en absoluto.

Después de haber amonestado duramente a los granjeros y augurarles que acabarían su vida en prisión, el pato se llevó a todos los animales. Por el camino se separó de las pequeñas que llevaban las vacas a los prados y regresó a la casa en compañía del cerdo. Éste pensaba con amargura en su infortunio y en la vanidad de las más hermosas deducciones.

–Dime, pato –preguntó–, ¿cómo adivinaste que los granjeros eran los ladrones?

–Esta mañana el granjero pasó por el camino ante la casa. Como los padres estaban en el patio, se detuvo un instante a hablar con ellos y noté que no decía ni una palabra de la desaparición de las vacas, aunque las pequeñas se lo habían informado el día anterior.

–Como él sabía que ellas no le habían dicho nada a los padres, pudo callar simplemente para que no las regañaran.

–Habitualmente, ni su mujer ni él dejan pasar la ocasión de hacer que las regañen. Además, tienen cara de ladrones.

–Eso no prueba nada.

–Para mí sí. Tan sólo con eso me hubiera bastado. Pero hace un

rato, cuando los pelos de la barba me condujeron hasta el umbral de su establo, ya no tuve la menor duda.

–Y sin embargo –dijo el cerdo–, estaban mejor vestidos que los gitanos...

Por la noche, cuando las pequeñas llevaron las vacas a la casa, los padres se encontraban en el patio. Corneta los vio de lejos y, desprendiéndose del rebaño, corrió hasta ellos.

–Les voy a explicar lo que pasó –dijo ella–. Todo es culpa de las pequeñas.

Inició un relato donde explicaba su ausencia y la de las vacas. Para los padres, que recordaban haber hablado con sus animales la noche anterior, sus palabras eran incomprensibles. Desmentida por las otras vacas y por el cerdo, estuvo a punto de estrangularse de furia.

–Desde hace algunas semanas –hizo observar el pato–, esa pobre Corneta pierde completamente la cabeza. Tiene la idea fija de que castiguen a las pequeñas y por eso cuenta cualquier cosa.

–En efecto –aprobaron los padres–, eso nos parece también.

Desde ese día los padres ya no le concedieron ningún crédito a los informes de Corneta. Estaba tan contrariada que perdió el apetito y ya no daba casi nada de leche. Empezaron a pensar que lo mejor sería comérsela. ♦

El perro

◆ DELPHINE y Marinette regresaban de hacer compras para sus padres y les faltaba un kilómetro por andar. Llevaban en su canastito tres pedazos de jabón, un pan dulce, una asadura de ternera y quince centavos de clavo. Cada una tomaba el canasto por una oreja y lo balanceaban cantando una bonita canción. Al dar vuelta en un recodo, cuando iban en: “estaba la pájara pinta sentada en un verde limón, estaba la pájara pinta sentada en un verde limón”, vieron un enorme perro desgredado que caminaba con la cabeza gacha. Parecía estar de mal humor; en su hocico levantado brillaban unos colmillos puntiagudos y tenía una gran lengua que arrastraba. De pronto empezó a mover la cola alegremente y echó a correr por el camino, pero tan torpemente que se fue a golpear la cabeza contra un árbol. La sorpresa lo hizo retroceder y gruñó de cólera. Las dos niñas se habían detenido a la orilla del camino y se apretaban una contra otra, con el riesgo de aplastar la asadura de ternera. Sin embargo Marinette cantaba todavía: “con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor”, pero con vocecita temblorosa.

–No tengan miedo –dijo el perro–, no soy malo, al contrario, pero estoy muy acongojado porque me quedé ciego.

–¡Oh, pobre perro! –dijeron las pequeñas–, ¡no lo sabíamos!

El perro vino hacia ellas moviendo la cola todavía con más fuerza, luego les lamió las piernas y olfateó el canasto con aire amigable.

–Les voy a contar lo que me pasó –continuó– pero déjenme

sentarme un momento, porque, como ven, estoy extenuado.

Las pequeñas se sentaron frente a él sobre la hierba de la loma, y Delphine tomó la precaución de colocar el canasto entre sus piernas.

–Ah, qué rico es descansar –suspiró el perro–. Entonces, volviendo a mi asunto, les diré que antes de quedarme ciego yo estaba al servicio de un hombre ciego. Todavía ayer, esta cuerda que ven en mi cuello me servía para guiar a mi amo por los caminos y ahora comprendo lo útil que era para él: lo conducía por los mejores y más floridos caminos, cuando pasábamos cerca de una granja le decía: “aquí hay una granja”, los granjeros le daban un pedazo de pan, me arrojaban un hueso y en ocasiones los dos dormíamos en un rincón de la granja. Con frecuencia también teníamos encuentros desagradables y yo lo defendía. Ya saben cómo es esto, a la gente y a los perros bien alimentados les desagradan los que tienen aspecto pobre. Pero yo adoptaba un aspecto malvado y nos dejaban ir. Puedo tener un aspecto desagradable si me lo propongo, miren...

Se puso a gruñir mostrando los dientes y dando vuelta a sus enormes ojos. Las pequeñas estaban aterrorizadas.

–Deja de hacer eso –dijo Marinette.

–Era para enseñarles –dijo el perro–. En resumidas cuentas, como ven, le hacía muchos favores a mi amo, además del placer que sentía al escucharme. Claro que no soy más que un perro, pero hablar ayuda a pasar el tiempo...

–Hablas tan bien como una persona, perro.

–Eres muy amable –dijo el perro–. ¡Dios mío, qué rico huele su canasto!... Veamos ¿qué les decía yo?... ¡Ah, sí, mi amo! Trataba de ingeniármelas para hacerle la vida fácil y sin embargo, nunca estaba contento. Por cualquier cosita, me daba de patadas. Así que ya se podrán imaginar que anteayer me sentí muy sorprendido cuando se puso a acariciarme y a hablarme amablemente. Me sentía conmovido, se imaginan, no hay nada que me guste más que las caricias, me siento muy feliz. Acaríenme para que vean...

El perro alargó el cuello, ofreciendo su enorme cabeza a las dos

pequeñas que le acariciaron el pelo desgreñado. Y en efecto su cola se empezó a menear, mientras que en voz baja hacía: “guau, guau, guau”

–Son muy buenas por escucharme –continuó–, pero debo terminar mi historia. Después de haberme hecho mil caricias, mi amo me dijo de repente: “Perro, ¿quieres aceptar mi mal y volverte ciego en mi lugar?” ¡Yo no esperaba eso, aceptar su mal, era como para hacer dudar al mejor de los amigos! Ustedes podrán pensar de mí lo que quieran, pero le dije que no.

–¡Vaya! –exclamaron las pequeñas–, ¡pero por supuesto que eso es lo que había que contestar!

–¿Verdad? ¡Ah, estoy muy contento de que ustedes piensen como yo! Tenía algo de remordimiento por no haber aceptado al primer intento.



–¿Al primer intento? Perro, ¿de pura casualidad...?

–¡Esperen! Ayer se mostró todavía más gentil que el día anterior. Me acariciaba con tanto afecto que me dio vergüenza haberme negado. En fin, es mejor que se los diga de una vez: terminé por aceptar. ¡Ah!, me había jurado que sería un perro muy feliz, que me cuidaría por los caminos como yo había hecho con él y que sabría defenderme como yo lo había defendido... Pero en cuanto adopté su mal me abandonó sin una palabra de despedida. Y desde ayer estoy solo en el campo, me golpeo contra los árboles, me tropiezo con las piedras del camino. Hace un rato sentí un olor como de ternera, luego escuché a dos niñas que cantaban y pensé que, quizá, ustedes no me echarían...

–¡Oh, no! –dijeron las pequeñas– Hiciste bien en venir.

El perro suspiró y dijo husmeando el canasto:

–Tengo mucha hambre también... ¿Es un pedazo de ternera lo que llevan ahí?

–Sí, es una asadura de ternera –dijo Delphine–. Pero como tú comprenderás, perro, es un mandado que le llevamos a nuestros padres... No es nuestro...

–Entonces prefiero no pensar en eso. De cualquier forma, debe estar muy buena. Pero ¿no podrían llevarme con sus padres? Si no quieren que me quede con ellos, al menos no me negarán un hueso o un plato de sopa y un techo para esta noche.

Las niñas no deseaban otra cosa que llevarlo con ellas; incluso querían tenerlo para siempre en su casa. Sólo estaban un poco preocupadas por el recibimiento que le darían sus padres. Había que pensar también en el gato, que tenía mucha autoridad en la casa y que quizá vería con malos ojos la llegada de un perro.

–Ven –dijo Delphine–, haremos todo lo posible por conservarte.

Cuando los tres se levantaron las pequeñas vieron por el camino a un bandido de los alrededores que espiaba a los niños que iban de compras para quitarles su canasto.

–Es él –dijo Marinette–, es el hombre que se roba los mandados.

–No tengan miedo –dijo el perro–, le voy a poner una cara que le quitará las ganas de venir a ver su canasto.

El hombre avanzaba a grandes pasos y se frotaba las manos pensando en las provisiones que llenaban el canasto de las pequeñas, pero cuando vio la cara del perro y lo escuchó gruñir, dejó de frotarse las manos, se pasó del otro lado del camino y saludó quitándose el sombrero. Las pequeñas hicieron un gran esfuerzo para no reírse en sus narices.

–Ya ven –dijo el perro, cuando el hombre desapareció–, aunque esté ciego, puedo ser muy útil.

El perro estaba muy contento. Caminaba junto a las dos pequeñas que se turnaban para llevarlo de la cuerda.

–¡Qué bien me voy a llevar con ustedes! –decía–. ¿Pero cómo se llaman, pequeñas?

–Mi hermana, la que lleva la cuerda, se llama Marinette y es la más pequeña.

El perro se detuvo para oler a Marinette.

–Bueno –dijo–, a Marinette ya la podré reconocer, continúen.

–Y mi hermana se llama Delphine –comentó a su vez la más pequeña.

–Bueno, Delphine, no lo olvidaré tampoco. A fuerza de viajar con mi antiguo amo conocí a muchas niñas, pero debo decirles que no tenían nombres tan bonitos como Delphine y Marinette.

Las pequeñas no pudieron evitar ruborizarse, pero como el perro no las podía ver, las seguía elogiando. Les decía que tenían también voces muy bonitas y que debían ser muy sensatas para que sus padres les hubieran confiado una compra tan importante como una asadura de ternera.

–No sé si ustedes la escogieron pero les aseguro que huele...

Cualquier pretexto era bueno para volver a hablar de la asadura de ternera y no se cansaba de hablar de eso. A cada rato venía a

apoyar su nariz contra el canasto y, como estaba ciego, varias veces le dio por arrojarse a los pies de Marinette a riesgo de hacerla tropezar.

–Escucha, perro –le dijo Delphine–, más te vale que ya no pienses en esta asadura de ternera. Te aseguro que si fuera mía te la daría de todo corazón, pero ya sabes que no puedo. ¿Qué dirían nuestros padres si no la lleváramos?

–Las regañarían, por supuesto...

–Tendríamos que decirles que tú te la comiste y en lugar de permitir que duermas allí, te arrojarían.

–Y tal vez hasta te darían una paliza –agregó Marinette.

–Tienen razón –aceptó el perro–, pero no crean que hablo de la asadura de ternera por goloso. No crean que les digo esto para que me la den. A mí, la asadura de ternera no me interesa. Cierto, es muy buena, pero no tiene huesos. Cuando sirven asaduras de ternera en la comida, los amos se comen todo y no queda nada para el perro.

Mientras hablaban, llegaron a la casa de los padres. El primero que los vio fue el gato. Arqueó el lomo como cuando estaba encolerizado, erizó el pelo y agitó la cola. Luego corrió a la cocina y le dijo a los padres:

–Miren a las pequeñas que regresan jalando a un perro con una cuerda. Yo no estoy muy de acuerdo

–¿Un perro? –dijeron los padres–. ¡Faltaba más!

Salieron al patio y vieron que el gato no mentía.

–¿Dónde encontraron ese perro? –preguntó el padre con voz irritada–, ¿y por qué lo trajeron aquí?

–Es un pobre perro ciego –dijeron las pequeñas–. Andaba golpeándose la cabeza contra todos los árboles del camino y se veía tan desdichado...

–No importa, ya he dicho que no deben hablar con extraños.

Entonces el perro dio un paso hacia delante, saludó inclinado la cabeza y le dijo a los padres:

–Ya veo que no hay lugar en su casa para un perro ciego y sin

más tardanza voy a continuar mi camino. Pero antes de irme déjenme felicitarlos por tener unas niñas tan buenas y obedientes. Hace un rato vagaba por el camino sin ver a las niñas y me llegó el aroma de la asadura de ternera; tenía muchas ganas de comérmela, pero ellas me impidieron tocar su canasto. Sin embargo debo haber tenido un aspecto terrible. ¿Y saben lo que me dijeron? “La asadura de ternera es para nuestros padres, no es para los perros”. Eso me dijeron. No sé si ustedes son como yo, pero cuando encuentro a dos niñas tan sensatas, tan obedientes como las tuyas, se me olvida mi hambre y me digo que sus padres tienen mucha suerte...

La madre les sonreía ya a sus pequeñas y el padre estaba muy orgulloso por los elogios del perro.

—No me puedo quejar —dijo él—, son muy buenas niñas. Si las regañé hace un momento fue para protegerlas de los malas compañías, pero casi estoy contento de que te hayan traído a la casa. Te vamos a dar una buena sopa y puedes pasar aquí la noche. ¿Pero cómo fue que te quedaste ciego y qué haces por los caminos?

Entonces el perro contó una vez más su aventura y cómo después de haber adquirido el mal de su amo había sido abandonado. Los padres lo escuchaban con interés y no disimulaban su emoción.

—Eres el mejor de los perros —dijo el padre—, y sólo puedo reprocharte que hayas sido demasiado bueno. Fuiste tan caritativo que voy a hacer algo por ti. Quédate en la casa todo el tiempo que quieras, te construiré una hermosa casa y todos los días tendrás tu sopa y además los huesos que sobren. Como has viajado mucho nos hablarás de los países que has atravesado y tendremos ocasión de instruirnos un poco.

Las pequeñas estaban radiantes y todos se felicitaban por la decisión del padre. Hasta el gato estaba enternecido y en lugar de erizar el pelo y rechinar los dientes miraba al perro con afecto.

—Estoy muy feliz —suspiró el perro—. No esperaba encontrar una casa donde me recibieran tan bien después de haber sido abandonado...

–Tuviste un amo malo –dijo el padre–. Un hombre malo, un egoísta y un ingrato. Pero que se cuide de pasar un día por aquí, porque yo sabré reprocharle su conducta y castigarlo como se merece.

El perro sacudió la cabeza y dijo suspirando:

–Mi amo ya debe haber sido castigado a esta hora. No digo que sienta remordimientos por haberme abandonado, pero conozco su afición a la pereza. Ahora que no es ciego y tiene que trabajar para ganarse la vida, estoy seguro de que lamenta los agradables días en que no tenía nada que hacer, sólo dejarse guiar por los caminos y esperar su pan y la caridad de los que pasaban. He de confesarles que hasta estoy preocupado por su suerte, porque no creo que haya en el mundo un hombre más perezoso.

Entonces el gato se echó a reír en su cara. Le parecía que el perro era muy tonto al preocuparse por un amo que lo había abandonado. Los padres pensaban como el gato y no les molestaba decirlo.

–¡Verdaderamente, su infortunio no debe haberle enseñado nada, este perro seguirá siendo el mismo!

El perro se sentía avergonzado y los escuchaba con las orejas gachas. Pero las pequeñas lo abrazaron por el pescuezo y Marinette le dijo al gato mirándolo a los ojos:

–¡Es que él es bueno!, y tú gato, en lugar de reírte, deberías ser bueno también.

–Y cuando jugamos contigo –agregó Delphine–, no deberías rasguñarnos y hacer que nos castiguen nuestros padres.

–¡Como hiciste ayer en la noche!

El gato estaba muy incómodo y ahora era él quien sentía vergüenza. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la casa contoneándose con aire malhumorado. Iba refunfuñando diciendo, por supuesto, que no eran justos con él, que rasguñaba para divertirse y que no lo hacía a propósito, que en realidad era tan bueno, o más, que el perro.

Para las pequeñas la compañía del perro era muy agradable. Cuando iban de compras, le decían:

–¿Vienes con nosotros a comprar, perro?

–¡Oh, sí!, ¡póngame rápido mi collar!

Delphine le ponía su collar, Marinette lo tomaba por la cuerda (o viceversa) y se iban los tres de compras.

Por el camino, las niñas le contaban que pasaba una manada de vacas por la pradera, o una nube en el cielo, y él, que no podía ver, estaba contento de saber que pasaba un rebaño o una nube. Pero ellas no siempre le sabían decir lo que veían y él les hacía preguntas.

–Veamos, díganme de qué color son esos pájaros y la forma de su pico, al menos.

–Pues bien, mira: el más grande tiene plumas amarillas sobre la espalda, sus alas son negras y su cola es negra y amarilla...

–Entonces es un mirlo. Lo van a oír cantar...

El mirlo no siempre estaba dispuesto a cantar y el perro, para instruir a las pequeñas, trataba de imitar su canto, pero no hacía más que ladrar, y era tan gracioso que tenían que detenerse para reír a gusto. Otras veces, una liebre o un zorro pasaban por el lindero del bosque; entonces era el perro quien advertía a las pequeñas. Posaba la nariz en el suelo rastreando:

–Huele a liebre... miren por allá...

Reían casi todo el camino. Jugaban a ver quién de los tres caminaba más rápido sin apoyar un pie y era siempre el perro el que ganaba, porque le quedaban tres patas

–No es justo –decían las pequeñas–, nosotras caminamos sobre un solo pie.

–¡Pues claro –respondía el perro–, pero con unos pies tan grandes como los suyos, no es tan difícil!

El gato se sentía siempre un poco triste de ver al perro ir de compras con las pequeñas. Sentía tanto afecto por él que le habría gustado ronronear entre sus patas de la mañana a la noche. Mientras Delphine y Marinette estaban en la escuela, casi no se separaban. Los

días de lluvia pasaban el tiempo en la casa del perro, platicando o durmiendo uno contra otro. Pero cuando hacía buen tiempo, el perro estaba siempre listo para correr por el campo y le decía a su amigo:

–No seas tan perezoso, gato, levántate y ven a pasear.

–*Ronrón, ronrón* –hacía el gato.

–Vamos, ven, tú me mostrarás el camino.

–*Ronrón, ronrón* –hacía el gato (y era por jugar).

–Me harás creer que duermes, pero yo sé bien que no duermes.

¡Ah, ya sé lo que quieres... toma!

El perro se agachaba y el gato se sentaba en su lomo, donde se sentía muy a gusto, y luego se iban de paseo.

–Camina derecho –decía el gato–... da vuelta a la izquierda... si estás cansado me puedo bajar.

Pero el perro casi nunca estaba cansado. Decía que el gato no pesaba más que una pluma de paloma. Mientras se paseaban por los campos y los prados, hablaban de la vida en la granja, de las pequeñas y de los padres. Aunque todavía llegaba a rasguñar a Delphine y Marinette, el gato realmente se había vuelto bueno. Siempre estaba preocupado por saber si su amigo estaba contento de su suerte, si había comido o dormido lo suficiente.

–¿Eres feliz en la granja? –le preguntaba.

–¡Oh, sí! –suspiraba el perro–. No me puedo quejar, todo el mundo es amable...

–Tú dices que sí, pero yo me doy cuenta de que hay otra cosa.

–Claro que no, te lo aseguro –protestaba el perro.

–¿Extrañas a tu amo?

–Francamente no, gato... y hasta tengo que confesar que le guardo rencor... Por muy feliz que yo esté de tener amigos no puedo evitar lamentarme por no ver...

–Por supuesto –suspiraba el gato–, por supuesto...

Un día que las pequeñas le preguntaron al perro si quería ir de compras con ellas, el gato se puso de mal humor y les dijo que deberían ir solas, que un perro ciego no debería andar por los

caminos en compañía de dos cabezas locas. Primero las niñas se rieron, y Marinette le pidió al gato que los acompañara. Respondió con aire afectado, mirándola de arriba abajo:

–¡Como si yo, el gato, pudiera ir de compras!

–¡Creí que te daría gusto –dijo Marinette–, pero puesto que prefieres quedarte, haz lo que quieras!

Viendo que parecía enojado, Delphine se agachó para acariciarlo, pero él le arañó la mano casi hasta sacarle sangre. Marinette estaba enojada de que hubiera rasguñado a su hermana y agachándose a su vez, le dijo jalándole los bigotes:

–¡Nunca he visto un animal más malo que este gato viejo!

–¡Toma –le dijo el gato dándole un rasguñón–, te lo mereces!

–¡Oh, me rasguñó también!

–Sí, te rasguñé y voy a ir a decirle a los padres que me tiraste de los bigotes para que te castiguen parada en el rincón.

En cuanto echó a correr hacia la casa, el perro, que no había visto nada y que apenas creía lo que estaba oyendo, le habló severamente:

–Realmente, gato, no te creía tan malo. Estoy obligado a reconocer que las niñas tenían razón y que eres un gato muy malo. ¡Ah!, te aseguro que no estoy nada contento... Dejémoslo, niñas, y vámonos de compras.

El gato estaba tan confundido que no sabía qué responder y los dejó partir sin una palabra de arrepentimiento. Ya por el camino, el perro volvió la cabeza y le dijo otra vez:

–No estoy nada contento.

El gato se quedó plantado en sus cuatro patas en medio del patio sintiéndose muy triste. Ahora se daba cuenta que no debió rasguñar y que se había portado mal. Pero lo que más le apenaba era pensar que el perro ya no lo quería y que lo tomaría por un gato malo. Estaba tan acongojado que se fue a pasar el resto del día al granero. “Pero yo soy bueno –se decía–, y si las rasguñé fue sin querer. Me arrepiento de haberlo hecho, eso prueba que soy bueno. ¿Pero cómo

puedo hacerle comprender que soy bueno?” Por la noche, cuando escuchó que las pequeñas regresaban de las compras no se atrevió a bajar y permaneció en el granero. Metiendo la nariz por un tragaluz vio al perro que daba vueltas por el patio y decía husmeando:

–No oigo al gato ni lo huelo. ¿Ustedes lo ven, pequeñas?

–¡No! –respondió Marinette–. Y prefiero no verlo. Es muy malo.

–Es cierto –suspiró el perro–, no puedo decir que no, después de lo que les hizo hace un rato.

El gato se sentía muy desdichado, tenía ganas de asomar la cabeza por el tragaluz y gritar: ¡no es cierto, yo soy bueno!, pero no se atrevía a decir nada, el perro no tenía por qué creerle. Pasó muy mala noche y no pudo pegar un ojo. A la mañana siguiente, muy temprano, bajó del granero con los ojos rojos y el bigote caído y fue a buscar al perro a su casa. Se sentó frente a él y dijo con voz tímida:

–Buenos días, perro... soy yo, el gato...

–Buenos días, buenos días –refunfuñó el perro con un aire un poco tosco.

–¿Pasaste mala noche, perro? Pareces triste...

–No, dormí bien... pero cuando me despierto siempre es una mala sorpresa para mí no ver bien.

–Justamente –dijo el gato–, lamento que no veas bien; pensé que si tú quisieras darme tu mal, podría volverme ciego en tu lugar y hacer por ti lo que tú hiciste por tu amo.

El perro no podía decir nada de lo emocionado que estaba, tenía ganas de llorar.

–Gato... qué bueno eres –balbuceaba–, no quiero... eres demasiado bueno...

El gato temblaba al oírlo hablar así. Nunca hubiera pensado que se sintiera tan bien ser bueno.

–Entonces –dijo–, tomo tu mal.

–No, no –protestó el perro–, yo no quiero...

Se defendía diciendo que ya casi se acostumbraba a no ver bien y que tenía suficientes amigos que lo hacían feliz. Pero el gato no

quería ceder y le respondía:

–Tú necesitas tus ojos para ser útil en la casa. ¿A mí de qué me sirve ver bien? Tú dime. Soy un perezoso al que sólo le gusta dormir al sol y en un rincón cerca del fuego. Te juro que casi siempre tengo los ojos cerrados. Si estuviera ciego ni cuenta me daría.

Hablaba tan bien y mostraba tanta firmeza que el perro terminó por ceder a su ruego. El intercambio se hizo sin tardar, en su misma casa incluso, donde se encontraban. Lo primero que hizo el perro al volver a ver la luz del día, fue gritar a voz en cuello:

–¡El gato es bueno! ¡El gato es bueno!

Las pequeñas salieron al patio y al escuchar lo que acababa de pasar, abrazaron al gato llorando.

–¡Ah, qué bueno es! –decían– ¡Qué bueno es!

Y el gato, agachando la cabeza, feliz por ser bueno, no veía ni siquiera que ya no veía.

Desde que recobró la vista, el perro estaba muy ocupado y no encontraba ni un momento para descansar en su casa, sólo al mediodía y durante la noche. El resto del tiempo lo enviaban a cuidar el rebaño, o bien acompañaba a sus amos por los caminos y bosques, porque siempre alguno de ellos lo llevaba de paseo. Él no se quejaba, al contrario, nunca había sido tan feliz y cuando recordaba el tiempo en que había guiado a su primer amo de pueblo en pueblo, se felicitaba por la aventura que lo había llevado a la granja. Sólo sentía no tener ya mucho tiempo para el gato que había sido tan bueno con él. Por la mañana se levantaba muy temprano y lo llevaba sobre su lomo a dar una vuelta por el campo. Para el gato era el mejor momento del día. Su amigo le hablaba de sus ocupaciones y nunca dejaba de agradecerle y compadecerlo un poco. El gato decía que no era nada, que no valía la pena siquiera hablar de eso, pero pensaba con melancolía en lo agradable que era ver bien. Ahora que

estaba ciego, ya no se ocupaban de él en absoluto. Las pequeñas todavía lo ponían sobre sus rodillas para acariciarlo, pero les parecía más divertido correr y saltar con el perro y no encontraban a qué jugar con un gato ciego.

Sin embargo el gato no se arrepentía de nada. Decía que su amigo el perro estaba feliz y que no había nada más importante. Era un gato muy bueno. Durante el día, cuando no había nadie que hablara con él, dormía todo lo que podía, al sol o junto al fuego y hacía:

–*Ronron.. yo soy bueno... ronron... yo soy bueno.*

Una mañana de verano que hacía mucho calor, se colocó al fresco en el último peldaño de la escalera que descendía a la cava y ronroneaba como de costumbre, cuando sintió que algo se movía junto a su pelo. No necesitaba ver para darse cuenta de que se trataba de un ratón y lo aprisionó tan sólo con estirar la pata. El ratón estaba tan asustado que ni siquiera pensó en huir.

–Señor gato –le dijo–, déjame ir. Soy un ratón muy pequeño y me perdí...

–¿Un ratoncito? –preguntó el gato–. ¡Pues bien, yo te voy a comer!

–Señor gato, si no me come le prometo obedecerlo siempre.

–¡No, prefiero comerte!, a menos que...

–¿A menos que qué, señor gato?

–Mira, estoy ciego. Si quieres volverte ciego en mi lugar, te perdonaré la vida. Podrás pasear libremente por el patio y yo mismo te daré de comer. En resumen, te va a ir bien si te vuelves ciego en esas condiciones. ¡Para ti, que siempre tiembles de pensar en caer entre mis garras, será la tranquilidad total!

El ratón titubeó antes de negarse con una disculpa. El gato respondió con bondad:

–Reflexiona bien, pequeño ratón y no decidas a la ligera. No

tengo tanta prisa como para no esperar unos minutos y lo que quiero más que nada es que sientas que te puedes expresar con toda libertad.

–Sí –dijo el ratón–, pero si digo no, ¿me comerás?

–Por supuesto, ratoncito, por supuesto.

–Entonces prefiero volverme ciego.

Al regresar de la escuela, al mediodía, Delphine y Marinette se quedaron sorprendidas al ver a un ratoncito que se paseaba por el patio entre las patas del gato. Y se sorprendieron mucho más al saber que el ratón estaba ciego y el gato ya no.

–Es un animalito bueno –dijo el gato–, tiene un corazón excelente, y les recomiendo que lo cuiden muy bien.

–Puedes estar tranquilo –dijeron las pequeñas–, no le faltará nada. Le daremos de comer y le prepararemos una cama para la noche.

Cuando el perro llegó a su vez, estaba tan feliz por la curación de su amigo, que no puedo ocultar su alegría ante el ratón.

–El gato fue muy bueno –dijo el perro–, y ya ven lo que pasa: ¡hoy fue recompensado!

–Es cierto –dijeron las pequeñas–, fue bueno...

–Es cierto– murmuraba el gato–, fui bueno...

–¡Hum! –hacía el ratón–, ¡hum!, ¡hum!

Un domingo, el perro dormitaba en su casa junto al gato mientras las niñas paseaban al ratón por el patio. De pronto, el perro se puso a husmear con aire inquieto, luego se levantó gruñendo y se dirigió hacia el camino donde se oían los pasos de un hombre. Era un vagabundo con el rostro demacrado y las ropas desgarradas que se arrastraba con fatiga. Al pasar cerca de la casa, dio un vistazo hacia el patio e hizo un movimiento de sorpresa al ver al perro. Se acercó con paso decidido y murmuró:

–Perro, olfatéame un poco... ¿no me reconoces?

–Sí –dijo el perro, bajando la cabeza–, eres mi antiguo amo.

–Me porté mal contigo, perro... pero si supieras cuántos remordimientos he tenido, seguramente me perdonarías...

–Lo perdono... pero váyase.

–Desde que veo bien, soy un hombre muy desdichado. Soy tan perezoso que no me puedo decidir a trabajar y apenas consigo comer una vez por semana. Antes, cuando era ciego, no necesitaba trabajar. La gente me daba de comer, un lugar para dormir y me compadecían... ¿Te acuerdas? Éramos felices ... Si quisieras, perro, retomaría mi mal, me volvería ciego y tú me volverías a conducir por los caminos...

–Usted quizá era feliz –respondió el perro–, pero yo no lo era en absoluto. ¿Acaso ya olvidó los golpes con los que recompensaba mi celo y mi amistad? Usted era un amo malo y ahora lo comprendo porque encontré unos mejores. No le guardo rencor, pero no espere que lo acompañe nunca por los caminos. Por otra parte, no puede retomar mi mal, porque ya no soy ciego. El gato, que es muy bueno, quiso serlo en mi lugar y enseguida...

Pero el hombre ya no lo escuchaba y se alejaba llamándolo animal malo; se fue a buscar al gato que ronroneaba a la entrada de la casa del perro y le dijo pasando la mano por su pelo:

–Pobre gato, eres muy desdichado.

–*Ronron* –hizo el gato.

–Sé que darías todo por volver a ver bien. Pero si quieres puedo volverme ciego en tu lugar y a cambio me conducirás por los caminos como hacía antes el perro.

El gato abrió mucho los ojos y respondió sin molestarse:

–Si todavía fuera ciego quizá aceptaría, pero ya no lo soy desde que el ratón aceptó tomar mi mal. Es un animal muy bueno, si quiere contarle sus deseos no se negará a hacerle un favor. Mírelo, allí está, durmiendo sobre la piedra donde las niñas lo acaban de acostar antes de dar un paseo.

El hombre titubeó un momento antes de ir a encontrarse con el ratón, pero era tan perezoso que el solo pensamiento de trabajar para ganarse el pan le pareció insoportable y acabó por decidirse. Se inclinó sobre él y le dijo dulcemente:

–Pobre ratón, qué lástima me das...

–¡Oh, sí, señor! –dijo el ratón–. Las pequeñas son amables, el perro también, pero quisiera ver bien.

–¿Quieres que me vuelva ciego en tu lugar?

–Sí, señor.

–A cambio tú me servirás de guía. Te pondré un hilo alrededor del cuello y me conducirás por los caminos.

–No es difícil –dijo el ratón–, te llevaré a donde quieras.

Las pequeñas, paradas en la entrada del patio, junto al perro y el gato, miraban al hombre dar sus primeros pasos de ciego sobre el camino, detrás de él iba el ratón atado de un hilo. Iba despacio y con muchos titubeos, porque el ratón era tan pequeño que a duras penas podía tensar el hilo y el menor movimiento del ciego hacía girar al pobre animal sobre sí mismo, sin que el ciego se diera cuenta. Delphine, Marinette y el gato lanzaban grandes suspiros de preocupación y de piedad. Al perro, por su parte, le temblaban las cuatro patas al ver al hombre tropezar con las piedras del camino y titubear a cada paso. Las niñas lo sostenían por el collar y le acariciaban la cabeza, pero él se les escapó de repente y corrió en dirección al ciego.

–¡Perro! –gritaron las niñas.

–¡Perro! –gritó el gato.

Él corría como si no escuchara y cuando el ciego le ató una cuerda al collar, se alejó sin volver la cabeza para no ver llorar a las niñas y a su amigo el gato. ♦

Las cajas de acuarelas

♦ UNA MAÑANA de vacaciones, Delphine y Marinette se instalaron en el prado con sus cajas de acuarelas. Las cajas eran nuevas. Su tío Alfredo se las había traído el día anterior como regalo para Marinette, que había cumplido siete años, y las pequeñas le habían agradecido cantando una canción de la primavera. El tío Alfredo había partido muy feliz y canturreando, pero era necesario que los padres también estuvieran satisfechos. No habían dejado de refunfuñar durante el resto de la tarde:

–¿A quién se le ocurre? Unas cajas de acuarelas para nuestras dos cabezas locas. ¿Para que hagan estropicios en la cocina y manchen toda su ropa? Cajas de pintura. ¿Qué vamos a hacer nosotros con la pintura? En todo caso, mañana en la mañana no es cosa de ponerse a pintarrapear. Mientras nosotros vamos al campo ustedes deben recoger los chícharos en el jardín y cortar tréboles para los conejos.

Con el corazón oprimido las pequeñas tuvieron que prometer que trabajarían sin tocar siquiera las cajas de pinturas. A la mañana siguiente, después de que se marcharon los padres, fueron al jardín a cortar los chícharos, ahí se encontraron con el pato que no pudo evitar notar sus caras consternadas. Era un pato que tenía un gran corazón.

–¿Qué tienen, pequeñas? –les preguntó.

–Nada –respondieron las niñas. Pero Marinette sollozó y Delphine también. Y como el pato las presionó amistosamente, ellas hablaron de las cajas de pinturas, de los chícharos que tenían que

recoger y del trébol que debían cortar. Entretanto, el perro y el cerdo, que rondaban por los alrededores, se habían acercado para escucharlas y su indignación no fue menos fuerte que la del pato.

–Es escandaloso –declaró éste–. Los padres tienen la culpa. Pero no teman nada, pequeñas, vayan a pintar tranquilamente. Yo me encargo de cortar sus chícharos con la ayuda del perro.

–¿En verdad, perro?

–Por supuesto –dijo el perro.

–Y en cuanto al trébol –dijo el cerdo–, pueden contar conmigo, les voy a cortar una buena provisión.

Las pequeñas estaban muy contentas. Seguras de que los padres no se enterarían, después de haber besado a sus tres amigos se fueron al prado con sus cajas de pintura. Cuando llenaban los recipientes con agua limpia, vino el asno hacia ellas desde el fondo del prado.

–Buenos días, pequeñas. ¿Qué hacen con esas cajas?

Marinette le respondió que se preparaban para pintar y le dio todas las explicaciones que pedía.

–Si tú quieres –agregó–, puedo hacer tu retrato.

–¡Oh sí, me gustaría mucho! –dijo el asno–. Nosotros los animales nunca tenemos oportunidad de vernos como somos.

Marinette hizo que el asno posara de perfil y se puso a pintar. Por su lado, Delphine empezó a pintar un grillo que descansaba en una brizna de hierba. Las niñas trabajaban en silencio muy aplicadas, sacando la lengua e inclinando las cabezas.

Al cabo de un momento el asno, que todavía no se había movido, preguntó:

–¿Puedo ir a ver?

–Espera –dijo Marinette–, estoy haciendo las orejas.

–¡Ah!, bueno, no te apures. A propósito de las orejas, te quiero decir... son largas, por supuesto, pero la verdad es que no tanto.

–Sí, sí, quédate tranquilo, hago lo necesario.

Sin embargo, Delphine acababa de tener una desilusión: al pintar

el grillo y la brizna de hierba, sintió que el conjunto, en medio de la gran hoja de papel blanco, carecía de importancia y decidió pintarlo con un fondo de pradera. Por desgracia el prado y el saltamontes eran del mismo color, así que la imagen del insecto se perdió en el verdor y no quedó nada.

Marinette había terminado su retrato, el asno fue convidado a acercarse y se apresuró. Lo que vio lo sorprendió.

–Qué mal se conoce uno –dijo con un poco de melancolía–. Nunca hubiera pensado que tenía cabeza de bulldog.

Marinette se ruborizó y el asno prosiguió:

–Es como las orejas, siempre me han repetido que las tenía largas, pero nunca hubiera pensado que tanto.

Marinette, avergonzada, se ruborizó todavía más. Es cierto que sólo las orejas del retrato eran tan grandes como el resto del cuerpo. El asno seguía examinando la pintura con una mirada más bien entristecida. De pronto, tuvo un sobresalto y exclamó:

–¿Qué significa eso?, ¡pero si sólo me hicieron dos patas!

Esta vez Marinette se sintió más segura y respondió:

–Pues claro, sólo te veía dos. No podía hacer más.

–Eso es muy bonito, pero yo tengo cuatro patas.

–No –intervino Delphine–. De perfil sólo tienes dos.

El asno no respondió. Estaba ofendido.

–Está bien –dijo alejándose–, no tengo más que dos patas.

–Vamos, no seas necio...

–No, tengo dos patas y no hablemos más.

Delphine se echó a reír y Marinette también, aunque sentía un poco de remordimiento. Luego, olvidando al asno, pensaron en elegir otros modelos. Vieron pasar a los dos bueyes de la casa, que atravesaban el prado para ir a beber agua al río. Eran dos bueyes blancos, sin una mancha.

–Buenos días, niñas, ¿qué hacen con esas cajas?

Les explicaron que eran para pintar y ellos pidieron que por favor les hicieran sus retratos; pero recordando la experiencia del

grillo, Delphine negó con la cabeza.

–No se puede, ustedes son blancos, son del mismo color del papel. No los verían. Blanco sobre blanco, sería como si no existieran.

Los bueyes se miraron y uno de ellos dijo con voz afectada:

–Puesto que no existimos, adiós.

Las pequeñas se quedaron totalmente desconcertadas. Entonces escucharon voces detrás de ellas y vieron llegar al caballo y al gallo que se estaban peleando.

–Sí, señor –decía el gallo con voz furiosa–, más útil que usted y más inteligente que usted también. Y no ponga cara burlona, por favor, porque yo podría ponerlo en su lugar.

–¡Bicho insignificante! –contestó el caballo.

–¡Bicho! Como si usted fuera tan grande. ¡Ya me encargaré de hacérselo ver un día!

Las niñas quisieron intervenir pero tuvieron muchos problemas para hacer callar al gallo. Fue Delphine quien arregló las cosas ofreciéndose a hacer el retrato de los dos adversarios. Mientras su hermana hacía el del gallo, ella emprendió el del caballo. Por un instante se hubiera podido pensar que la querrela estaba terminada. Encantado de posar, con la cabeza en alto y la cresta hacia atrás, el gallo abultaba el pecho y ahuecaba sus más hermosas plumas. Pero no pudo dejar de perorar mucho tiempo.

–Debe ser muy agradable hacer mi retrato –le dijo a Marinette–. Tú escogiste muy bien a tu modelo. No es que quiera vanagloriarme, pero mis plumas tienen unos colores verdaderamente adorables.

Durante mucho tiempo elogió su plumaje, su cresta, su penacho y agregó echando un vistazo al caballo:

–Evidentemente, estoy mejor hecho para ser pintado que algunos animales de pelo triste y de un solo color.

–A los bichos les conviene ser tan abigarrados –dijo el caballo–. Eso les permite no pasar completamente desapercibidos.

–¡Tú también eres un bicho! –exclamó el gallo encrespándose y

repartió injurias y amenazas ante las que el caballo no hizo más que sonreír. Sin embargo, las niñas pintaban con frenesí. Pronto los dos modelos pudieron ir a admirar sus retratos. El caballo pareció estar bastante satisfecho del suyo. Delphine le había hecho una larga y hermosa crin, que era una maravilla, parecía la pelambre de un puerco espín y también una cola muy espesa con gruesas crines de las cuales varias tenían el grosor y el aspecto hermoso de una estaca. Finalmente, como había posado de tres cuartos, tenía la suerte de tener sus cuatro patas. El gallo no tenía nada de que quejarse tampoco. Sin embargo, tuvo la arrogancia de decir que su penacho parecía una escoba usada. El caballo, que estaba muy ocupado viendo su retrato, echó un vistazo al del gallo e hizo un descubrimiento que lo llenó de amargura.

—¿Según lo que veo el gallo es más grande que yo?

En efecto, Delphine, quizá un poco descontrolada por su intento con el grillo, hizo un retrato del caballo que apenas ocupaba la mitad de la hoja, mientras que la imagen del gallo, ampliamente trazada por Marinette, llenaba toda la página.

—El gallo es más grande que yo, eso sí es una sorpresa.

—Claro que soy más grande que tú —exclamó el gallo—, naturalmente. ¿De dónde vienes? Yo no necesitaba ver nuestros retratos uno al lado de otro para darme cuenta.

—Es cierto —dijo Delphine comparando los dos retratos—, tú eres más pequeño que el gallo. No lo había notado, pero no tiene importancia.

Comprendió demasiado tarde que el caballo estaba resentido. Le dio la espalda y cuando ella lo llamó, replicó secamente y sin mirar atrás:

—Claro, ya entendí. Soy más pequeño que el gallo, pero no tiene importancia.

Sordo a las explicaciones de las pequeñas, se alejó seguido a poca distancia por el gallo que no dejaba de repetir: ¡Más grande que tú! ¡Más grande que tú!

Al regresar del campo los padres encontraron a sus hijas en la cocina y de inmediato sus miradas se dirigieron hacia sus delantales. Afortunadamente las pequeñas habían tenido cuidado de no manchar su ropa de pintura. Cuando les preguntaron qué habían hecho todo ese tiempo, respondieron que habían cortado un buen montón de trébol para los conejos y recogido dos canastos de chícharos. Los padres comprobaron que decían la verdad e indicaron con amplias sonrisas que estaban de lo más satisfechos. Si hubieran revisado los chícharos un poco más de cerca, sin duda se hubieran sorprendido de encontrar mezclados allí pelos de perro y plumas de pato, pero no se les ocurrió hacerlo. Nunca se les vio de tan buen humor como ese día durante la comida.

—¡Ah, estamos muy contentos! —les dijeron ellos a las pequeñas—. Miren qué hermosa cosecha de chícharos, y nuestros conejos tienen trébol para comer por lo menos tres días. Ya que trabajaron tan bien...

Un gorgoteo que venía de debajo de la mesa los interrumpió e inclinándose, descubrieron al perro que parecía que se iba a ahogar.

—¿Qué te pasa?

—No es nada —dijo el perro (la verdad es que no había podido contener la risa y las niñas estaban muy asustadas)—, no es nada. Seguramente tragué de lado. Ya saben cómo pasan las cosas, uno cree que tragó derecho...

—Ya está bien —dijeron los padres—, basta de discursos. ¿En qué íbamos? Ah sí, hicieron muy buen trabajo.

Por segunda vez, fueron interrumpidos por otro gorgoteo, pero más discreto, que parecía venir de la entrada, a sus espaldas: era el pato, que había asomado la cabeza por la puerta entreabierta y que tampoco había podido aguantar las ganas de reír. Pero todo fue tan repentino que cuando los padres volvieron la cabeza, el pato había desaparecido. Las pequeñas sudaron frío.

—Debe haber sido una corriente de aire que hizo que rechinara la puerta —dijo Delphine.

–Es muy posible –dijeron los padres–. ¿En qué íbamos? Sí, el trébol y los chícharos. Estamos verdaderamente orgullosos de ustedes. Da gusto tener hijas tan obedientes y trabajadoras. Pero las vamos a recompensar. Ya saben que nunca fue nuestra intención privarlas de sus cajas de acuarelas. Esta mañana nos preguntábamos si eran suficientemente prudentes como para no pensar sino en ser útiles. Ahora estamos satisfechos. Tienen permiso para pintar toda la tarde.

Las pequeñas agradecieron en voz baja que no se oyó más allá del centro de la mesa. Los padres estaban tan felices que no pusieron atención y hasta el final de la cena no hicieron más que reír, cantar y jugar a las adivinanzas.

–Dos chicas corren tras otras dos sin atraparlas nunca, ¿qué es?

Las niñas hacían esfuerzos por adivinar, porque los recuerdos de la mañana y los remordimientos les impedían concentrarse.

–¿No adivinan? Es muy fácil. ¿Se dan por vencidas? Pues bien: son las ruedas de atrás de un carro que corren tras las de adelante. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Y los padres se partían de risa. Al terminar de comer, mientras las pequeñas quitaban la mesa, fueron a la caballeriza para desatar al asno que debía acompañarlos al campo con una carga de brotes de papa.

–Vamos, asno, ya es hora de partir.

–Lo siento mucho –dijo el asno–, pero sólo tengo dos patas para servirlos.

–¿Dos patas? ¿Qué es lo que dices?

–Pues sí, dos patas. Hasta tengo problemas para sostenerme en pie, no sé cómo hacen ustedes.

Los padres se acercaron y mirando al asno más de cerca, vieron que ya no tenía, en efecto, más que dos patas, una adelante y otra atrás.

–Vaya, eso sí que es curioso. Sin embargo todavía esta mañana tenía sus cuatro patas. ¡Hum! Vamos a ver a los bueyes.

La caballeriza estaba oscura y a primera vista lucía muy mal.

–¿Y bien, bueyes? –dijeron los padres de lejos–. ¿Ustedes irán con nosotros a los campos?

–Desde luego que no –respondieron dos voces en la penumbra–. Lo sentimos por ustedes, pero no existimos.

–¿No existen?

–Vean bien.

En efecto, al acercarse, los padres vieron que el compartimiento de los bueyes estaba vacío. A la vista como al tacto, no se distinguía otra cosa que dos pares de cuernos que flotaban en el aire a la altura del pesebre.

–¿Pero qué está pasando en esta caballeriza? Es como para volverse locos. Vamos a ver al caballo.

Éste se encontraba al fondo de la caballeriza, allí donde estaba más oscuro.

–Y bien, mi buen caballo, ¿estás listo para acompañarnos al campo?

–A su servicio, respondió el caballo, pero si se trata de engancharme a la carreta, debo advertirles que estoy muy pequeño.

–Ya vas a empezar tú también. ¡Muy pequeño!

Al llegar al fondo de la caballeriza, los padres dieron un grito de sorpresa. En la penumbra, sobre la litera de paja, acababan de ver un minúsculo caballo que no era más grande que medio gallo.

–Soy muy gracioso, ¿no es verdad? –les dijo como para provocarlos.

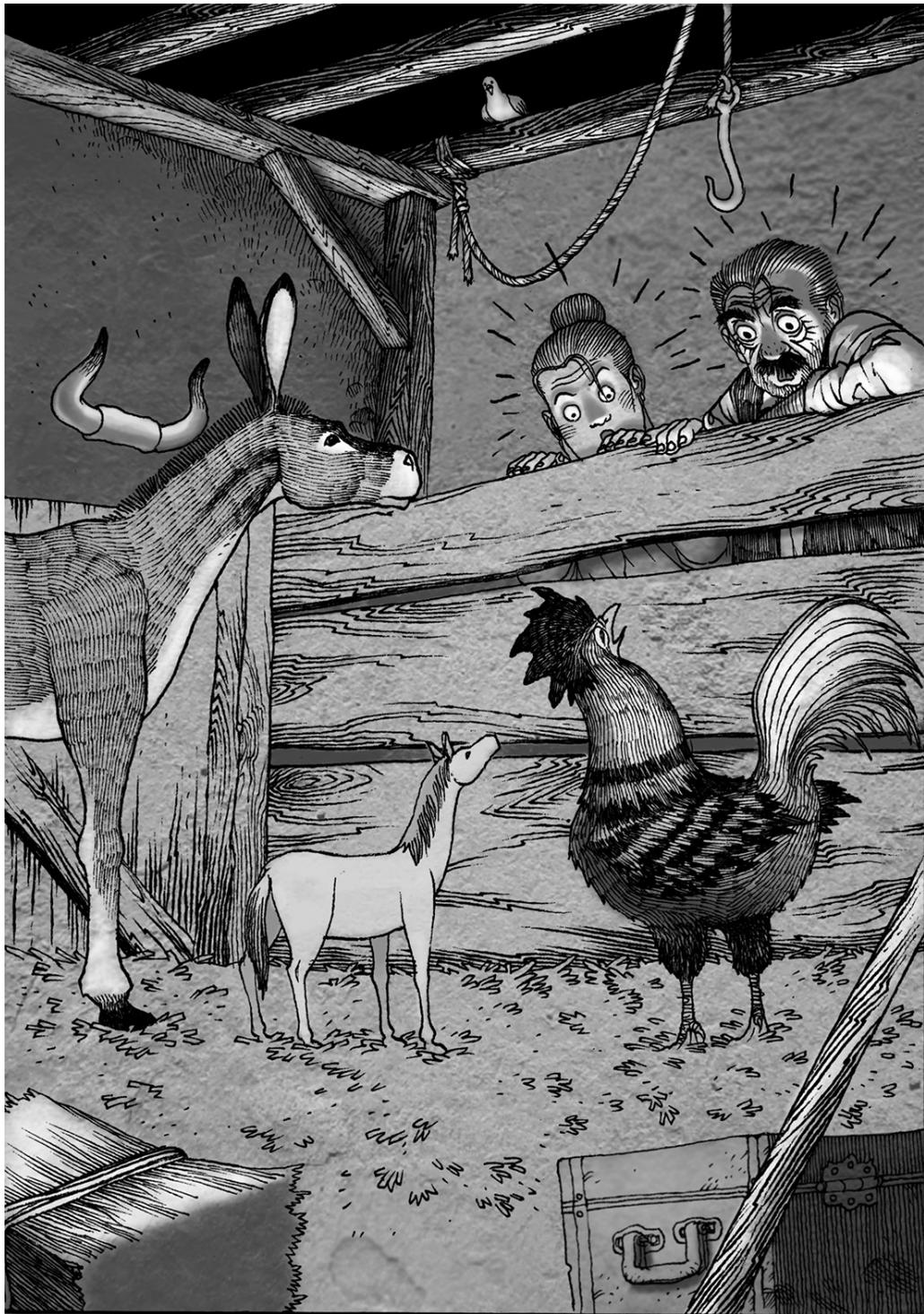
–¡Pero qué terrible desgracia! –gimieron los padres–. Un hermoso animal que trabajaba tan bien. ¿Pero cómo fue que sucedió esto?

–No lo sé –respondió el caballo con un aire evasivo muy sospechoso–. No entiendo nada.

Interrogados a su vez, el asno y los bueyes dieron la misma respuesta. Los padres estaban seguros de que les ocultaban algo. Se fueron a la cocina y miraron por un momento a las pequeñas con

aspecto suspicaz. Cuando en la granja pasaban cosas que se salían de lo ordinario, su primera reacción era tomarla contra ellas.

–Vamos, respondan –dijeron ellos con voces que eran como rugidos de ogros–. ¿Qué fue lo que pasó esta mañana en nuestra ausencia?



Sin poder hablar por el miedo que sentían, las pequeñas hicieron señas de que no sabían. Golpeando la mesa con sus cuatro puños, los padres gritaron:

–¡Respondan, pequeñas infelices!

–Chícharos, corté chícharos –logró murmurar Delphine.

–Corté trébol –murmuró Marinette.

–¿Y cómo es posible que el asno sólo tenga dos patas, que los bueyes no existan y que nuestro querido caballo tenga ahora el tamaño de un conejo de tres semanas?

–Sí, ¿qué pasó?, vamos, digan la verdad de inmediato.

Las pequeñas, que todavía no sabían las terribles noticias, se sintieron aterradas, pero entendían muy bien lo que había pasado: esa mañana habían pintado con tal frenesí que su manera de ver se había impuesto intensamente a sus modelos; como pasa cuando se pinta por primera vez. Por su parte, los animales se habían tomado las cosas tan a pecho que al regresar a la caballeriza, heridos en su amor propio, habían rumiado tanto los incidentes ocurridos en el prado que éstos debieron modificar la realidad. Finalmente, y las pequeñas no se equivocaban, el hecho de haber desobedecido a sus padres tenía mucho que ver en esta terrible aventura. Estaban a punto de arrojarse de rodillas y de confesar, cuando vieron al pato que sacudía la cabeza en la rendija de la puerta guiñando el ojo para animarlas. Recobrando un poco de aplomo, balbucearon que no comprendían nada de lo que pasaba.

–Se están haciendo las locas –dijeron los padres–. Está bien, háganse las locas. Nosotros vamos a buscar al veterinario.

Entonces las pequeñas se pusieron a temblar. Ese veterinario era un hombre extraordinariamente hábil. Era seguro que después de haberles revisado los ojos y palpado a los animales, no iba a dejar de descubrir la verdad. Les parecía estarlo escuchando: “¡Vaya, vaya, se diría que percibo un mal de pintura!; ¿por casualidad alguien pintó esta mañana?” No se necesitaría más.

Los padres se habían puesto en camino, Delphine le explicaba al

pato lo que acababa de suceder y lo que se podía temer de la inteligencia del veterinario. El pato tomó una buena decisión.

–No perdamos tiempo –dijo–, tomen sus cajas de acuarelas y vamos a soltar a los animales en el prado. Lo que las acuarelas hicieron, las acuarelas deben deshacerlo.

Las niñas hicieron salir primero al asno y la cosa no fue tan fácil porque tenía problemas para caminar sobre sus dos patas sin perder el equilibrio. Fue necesario ponerle un taburete bajo el vientre sin el cual probablemente se hubiera caído. En cuanto a los bueyes, todo fue más sencillo y apenas hubo necesidad de acompañarlos. Un hombre que pasaba por el camino en ese momento se sorprendió mucho al ver, suspendidos en el aire, dos pares de cuernos que atravesaban el patio, pero tuvo el buen sentido de pensar que su vista le empezaba a fallar. Al salir de la caballeriza, el caballo sintió cierto temor al encontrarse frente a frente con el perro que le pareció de un tamaño monstruoso, pero de inmediato se rió.

–¡Qué grande es todo lo que está a mi alrededor! –dijo–. ¡Qué divertido es ser pequeño!

Pero no iba a tardar en cambiar de opinión, porque el gallo, al ver al pobre caballito, se lanzó hacia él en un impulso furioso y le dijo al oído:

–¡Ah, señor, nos volvemos a encontrar! Usted no ha olvidado, espero, que le prometí ponerlo en su lugar.

Al caballito le temblaban las patas. El pato quiso interponerse, pero fue en vano; las pequeñas no tuvieron mejor suerte.

–Déjenme –dijo el perro–. Me lo voy a comer.

Enseñando los dientes, se lanzó contra el gallo que huyó sin decir nada y corrió tan lejos que no lo volvieron a ver en tres días, cuando regresó con la cabeza gacha.

Cuando todo el mundo estuvo en el prado, el pato tosió para aclararse la voz y dijo, dirigiéndose al caballo, al asno y a los bueyes:

–Mis queridos y viejos amigos, no se pueden imaginar lo

apenado que estoy de verlos en esta situación. ¡Qué tristeza me da pensar que esos magníficos bueyes blancos, que daba tanto gusto ver, ahora ya no son nada, que este asno tan grácil se arrastra miserablemente con sus dos patas y que nuestro enorme y hermoso caballo no es más que una cosita enjuta! Tenemos el corazón oprimido, se los aseguro, y tanto más porque esta ridícula aventura es el resultado de un simple malentendido. Las pequeñas no tuvieron la intención de ofender a nadie, al contrario. Lo que les pasa les causa tanta tristeza como a mí y estoy seguro que por su parte ustedes se sienten muy incómodos. No sean necios. Déjense transformar nuevamente a su aspecto habitual.

Pero los animales guardaban un silencio hostil. Con la mirada baja el asno clavaba su único casco delantero con aire rencoroso. El caballo, aunque todavía asustado, no parecía dispuesto en absoluto a escuchar razones. Como no existían, los bueyes no tenían ningún aspecto, pero sus cuernos, que eran lo único visible, aunque desprovistos de toda expresión, conservaban una inmovilidad significativa. El asno fue el primero en hablar:

–Tengo dos patas –dijo con voz seca–. Pues muy bien, tengo dos patas. No hay más que discutir.

–Nosotros no existimos –dijeron los bueyes–, no podemos hacer nada.

–Yo soy muy pequeño –dijo el caballo–. Lo siento por mí.

La cosa no mejoraba y hubo primero un silencio consternado. Pero el perro, enojado por esa mala voluntad, se volvió hacia las pequeñas refunfuñando:

–Son demasiado buenas con esos animales mugrosos. Déjenmelo a mí. Les voy a morder las patas.

–¿Mordernos? –dijo el asno–. ¡Muy bien! ¡Qué buena idea!

Se dedicó a burlarse junto con los bueyes y el caballo.

–Vamos, era una broma –se apresuró a afirmar el pato–. El perro sólo quería bromear. Pero escuchen, los padres acaban de ir a buscar al veterinario. En menos de una hora estará aquí para examinarlos y

no le costará trabajo comprender lo que ha pasado. Esta mañana los padres les prohibieron pintar a las pequeñas. Lástima por ellas, puesto que si ustedes se ponen necios, serán regañadas, castigadas y quizá golpeadas.

El asno miró a Marinette, el caballo a Delphine y los cuernos se movieron en el espacio volviéndose hacia las pequeñas.

–Por supuesto –murmuró el asno–, es mejor andar en cuatro patas que en dos. Es mucho más cómodo.

–No ser a los ojos del mundo más que un simple par de cuernos es evidentemente muy poco –aceptaron los bueyes.

–Es mucho más agradable mirar al mundo de más arriba –suspiró el caballo.

Aprovechando esta calma, las pequeñas abrieron sus cajas de acuarelas y se pusieron a trabajar. Marinette pintó al asno poniendo mucho cuidado esta vez en dibujarle cuatro patas. Delphine pintó al caballo colocando a sus pies un gallo reducido a tamaño normal. La tarea avanzaba rápidamente. El pato estaba muy contento. Al ver sus retratos terminados, los dos animales afirmaron que estaban plenamente satisfechos. No obstante, el asno no recuperaba las dos patas que le faltaban ni el caballo aumentaba de volumen. Para todos fue una gran decepción y el pato empezó a preocuparse. Le preguntó al asno si no sentía por lo menos que algo le picara en el lugar donde le faltaban las dos patas, y al caballo si no se sentía apretado en su piel. Pero no, no sentían nada.

–Se necesita tiempo –le dijo el pato a las pequeñas–. Todo se va a arreglar mientras ustedes pintan a los bueyes, estoy seguro.

Delphine y Marinette se pusieron a pintar cada una un buey, empezando por los cuernos y remitiéndose a su memoria que les sirvió fielmente. Habían elegido un papel gris, sobre el cual el blanco, el color de los bueyes, destacaba perfectamente. Los bueyes también quedaron satisfechos con sus retratos que se les parecían tanto, pero su existencia seguía reducida a sus cuernos, y el caballo y el asno no sentían nada que anunciara su retorno a su estado normal.

El pato a duras penas ocultaba su ansiedad y varias de sus plumas perdieron su brillo.

–Esperemos –dijo–, esperemos.

Pasó un cuarto de hora y no pasaba nada. Al ver a una paloma que picoteaba en el prado, el pato fue a hablar con ella. La paloma voló y regresó poco después a posarse en el cuerno de uno de los bueyes.

–Desde lo alto del álamo vi un coche que daba vuelta –dijo–. Adentro vienen los padres con un hombre.

–¡El veterinario! –exclamaron las pequeñas.

En efecto, no podía ser otro que él y su coche no tardaría mucho. Era cosa de unos minutos. Viendo el terror de las pequeñas que pensaban en la cólera de los padres, los animales se sentían muy desdichados.

–Vamos –dijo el pato–, hagan un esfuerzo. Piensen que todo ocurrió por su culpa, porque ustedes tienen mala cabeza.

El asno se sacudió lo mejor que pudo para hacer regresar sus dos patas, los bueyes se pusieron tiesos para existir y el caballo aspiró una gran bocanada de aire para esponjarse, pero nada pasó. Los pobres animales estaban muy confundidos. Pronto escucharon el ruido del coche rodando por el camino y perdieron las esperanzas. Las pequeñas se habían puesto muy pálidas y temblaban de miedo en espera del sabio veterinario. El asno sintió tanta pena que se acercó a Marinette cojeando con sus dos patas y se puso a lamerle las manos. Quiso pedirle perdón y decirle algo dulce, pero como estaba muy emocionado le faltó la voz y sus ojos se llenaron de lágrimas que cayeron sobre el retrato. Eran las lágrimas de la amistad. En cuanto tocaron el papel el asno sintió un fuerte dolor en el costado derecho y se encontró parado sobre sus cuatro patas. Eso los reconfortó a todos y a las pequeñas les dio fuerza para esperar. A decir verdad, ya era demasiado tarde, el coche se encontraba a cien metros de la granja. Pero el pato había comprendido, tomando con su pico el retrato del caballo, se lo restregó contra la nariz y se sintió feliz al

recibir una lágrima. El resultado no se hizo esperar. A la vista de todos el caballo creció y a la cuenta de diez, regresó a sus dimensiones habituales. El coche estaba a treinta metros de la granja.

Siempre más lentos para conmovirse, los bueyes empezaban a refugiarse en sus retratos. Uno de ellos había logrado sacar una lágrima, y recobró el cuerpo en el momento preciso en que el coche entraba al patio de la granja. Las pequeñas estuvieron a punto de aplaudir, pero el pato seguía preocupado, porque todavía había un buey que no existía. Ese buey estaba lleno de buena voluntad, pero las lágrimas no eran su fuerte y nunca lo habían visto llorar. Toda su emoción y su deseo de hacer las cosas bien no le mojaban ni los párpados.

El tiempo se acababa porque los viajeros descendían del coche. A una orden del pato, el perro corrió a su encuentro a fin de retrasar su llegada y le hizo gracias al veterinario, se colocó tan bien entre sus piernas que tuvo la suerte de hacerlo caer de panza en el polvo. Los padres corrían por todo el patio en busca de un palo que habían jurado romper en el lomo del perro. Después pensaron en levantar al veterinario y cuando lo hicieron, le cepillaron la ropa. Todo esto duró entre cuatro y cinco minutos.

Durante ese tiempo, en el prado, todo el mundo veía con angustia los cuernos del buey que no existía. Aunque se aplicaba de todo corazón, el pobre buey no lograba llorar.

–Les pido perdón, pero sé bien que no podré –les dijo a las niñas.

Hubo un instante de desánimo casi general. El mismo pato perdía la cabeza. Sólo el otro buey, el que acababa de recuperar el cuerpo, conservaba más o menos su sangre fría. Le vino la idea de cantarle a su compañero una canción que habían cantado antaño, en el tiempo que eran sólo unos terneros. Su canción empezaba así:

*Un ternero solo
bebiendo su leche.*

Mu, mu, mu.

*Vio una vaquita
que pastaba hierba.*

Mu, mu, mu.

Era un poco triste y parecía inclinarse a la melancolía. En efecto, desde la primera copla comenzó a dar resultado. Los cuernos del buey que no existía se estremecieron. De tanto suspirar, el pobre animal acabó por tener una lágrima en el raballo del ojo, pero tan pequeña que no pudo correr. Afortunadamente Delphine la vio brillar y, tomándola con la punta de su pincel, la depositó en el retrato. De inmediato el buey empezó a existir, se volvió visible y palpable. Justo a tiempo. Acompañando al veterinario, uno de cada lado, los padres acababan de aparecer en el fondo del prado. Al ver a los bueyes, al asno bien plantado en sus cuatro patas y al caballo que se erguía desde su gran altura se quedaron mudos de sorpresa. El veterinario, a quien su caída de panza había puesto de mal humor, preguntó burlándose:

—Y bien, ¿son los bueyes que no existen, el asno que perdió sus patas y el caballo que se volvió más pequeño que un conejo? No tienen aspecto de sufrir mucho, según lo que veo.

—No entendemos nada —balbucearon los padres—, hace un rato en la caballeriza...

—Lo soñaron o bien acababan de comer tanto que se les nubló la vista. Harían mejor en llamar al médico, me parece. En todo caso no admito que me molesten sin motivo. ¡Ah, no, eso sí no lo admito!

Como los pobres padres bajaban la cabeza y se disculpaban lo mejor que podían, el veterinario se dulcificó y agregó señalando a Delphine y Marinette.

—En fin, los perdono por esta vez, porque tienen unas niñas muy bonitas. No es necesario mirarlas con mucha atención. Se ve de inmediato que son buenas y obedientes. ¿No es así pequeñas?

Las niñas estaban ruborizadas y boquiabiertas, sin atreverse a

pronunciar ni una palabra, pero el pato respondió descaradamente:

–¡Oh, sí, señor! No hay niñas más obedientes. ♦

Los bueyes

◆ DELPHINE obtuvo el premio a la excelencia y Marinette el de honor. El maestro abrazó a las dos hermanas teniendo cuidado de no ensuciar sus hermosos vestidos y el subprefecto, que llegó de la ciudad luciendo un uniforme bordado especialmente para esa ocasión, pronunció un discurso:

–Mis queridas niñas –dijo– la instrucción es muy buena y los que no la tienen son dignos de lástima. Afortunadamente ustedes no están en ese caso; por ejemplo, veo aquí a dos niñas vestidas de rosa, que llevan una hermosa corona dorada sobre sus cabellos rubios. Hoy son recompensadas por su esfuerzo porque estudiaron mucho, y vean qué satisfactorio es para sus padres: ellos están tan orgullosos como sus hijas. ¡Ah!, ¡ah! Y mírenme a mí, no quiero que parezca vanagloria pero, finalmente, si no hubiera aprendido mis lecciones, no tendría la posición de subprefecto, ni el traje plateado que ustedes ven. Por eso hay que aplicarse en la escuela y hacer comprender a los ignorantes y a los perezosos que la instrucción es indispensable.

El subprefecto se inclinó, los escolares cantaron una pequeña canción y todos se fueron a casa. Al regresar, Delphine y Marinette se quitaron sus hermosos vestidos para ponerse sus delantales de todos los días, pero en lugar de jugar a la pelota o al burro castigado, a la muñeca, al lobo, a la rayuela o a los encantados, se pusieron a hablar del discurso del subprefecto. Creían que había estado muy bien, tanto que se sentían incómodas por no tener a la mano a alguien completamente ignorante para hacerle entender los

beneficios de la instrucción. Delphine suspiraba:

–Pensar que tenemos por delante dos meses de vacaciones, dos meses que podrían ser utilizados en algo útil. ¿Pero qué? No hay nadie.

En el establo de sus padres había dos bueyes del mismo tamaño y de la misma edad, uno con manchas rojas y el otro blanco y sin manchas. Los bueyes, como los zapatos, siempre van de dos en dos. Es por eso que se dice “un par de bueyes”. Marinette se dirigió primero al buey rojo y le dijo acariciándole la frente:

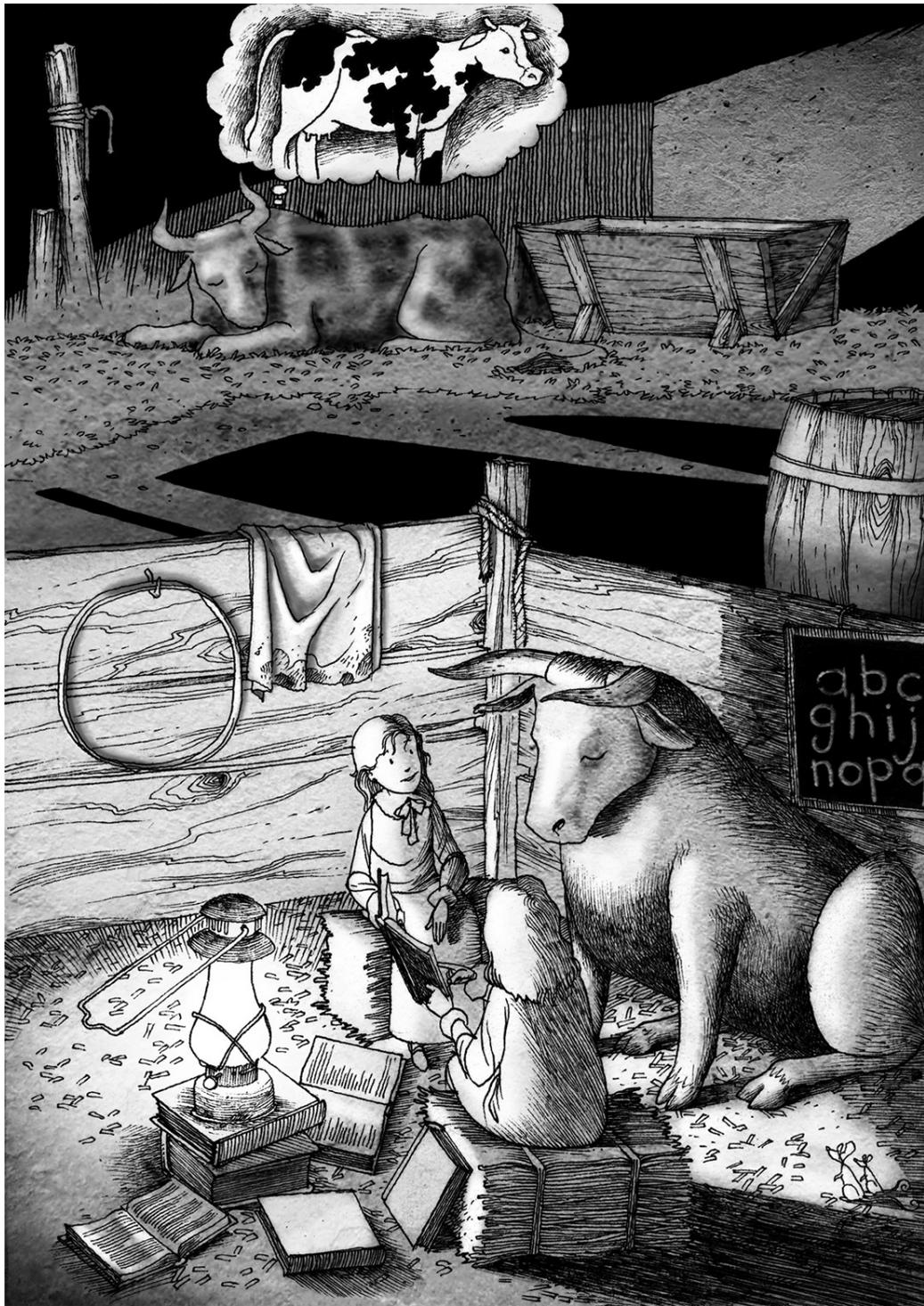
–Buey, ¿te gustaría aprender a leer?

Primero el gran buey rojo no respondió. Creía que era una broma.

–¡La instrucción es algo bello! –apoyó Delphine–. No hay nada más agradable, ya verás cuando sepas leer.

El rojo siguió rumiando un momento todavía antes de responder, pero en el fondo ya tenía una opinión.

–¿Aprender a leer? ¿Para qué? ¿Acaso la carreta va a ser menos pesada de tirar? ¿Me darán más de comer? Claro que no.



¿Me voy a cansar para nada? No, muchas gracias, no soy tan tonto como creen, pequeñas, claro que no aprenderé a leer.

–Vamos, buey –protestó Delphine–, no hablas sensatamente y no piensas en lo que te estás perdiendo. Reflexiona un poco.

–Ya lo pensé bien, preciosas, me niego. ¡Ah, si al menos se tratara de aprender a jugar, no diría que no!

Marinette, que era un poco más pequeña que su hermana y más vivaz también, declaró que era una lástima para él, que se iba a quedar en la ignorancia y que toda la vida sería un mal buey.

–Eso no es cierto –dijo el rojo–, no soy un mal buey. Siempre he cumplido bien con mi trabajo y nadie tiene qué reprocharme. Ustedes me dan risa, con su instrucción. ¡Cómo si no se pudiera vivir sin eso! Fíjense que no estoy diciendo que sea mala, sólo pienso que no es algo para los bueyes, eso es todo. La prueba es que nunca se ha visto un buey instruido.

–Eso no es una prueba –replicó Marinette–. Si los bueyes no saben nada es porque nunca han aprendido.

–En todo caso no seré yo quién lo haga, se pueden quedar tranquilas.

Delphine intentó todavía hacerlo escuchar razones, pero fue inútil, él no quería comprender. Las pequeñas le dieron la espalda, tristes porque se aferraba a su indiferencia y su pereza culpable. Al rogarle a su vez al buey blanco, éste pareció conmovirse con su solicitud, las quería mucho y no quería entristecerlas con otro rechazo. Por otra parte, no le disgustaba pensar que podría convertirse en un rumiante distinguido. Era bueno, un buey demasiado bueno, incluso; bueno, paciente, laborioso, pero pecaba de un poco de orgullo y ambición. Eso se notaba en la manera altiva en la que enderezaba las orejas cuando su amo le hacía una observación en la tierra de labranza. Pero todos los bueyes tienen defectos, no hay ninguno que sea perfecto; y éste, a pesar algunos defectos, era de una clase excelente.

–Escuchen, pequeñas –les dijo–, me dan ganas de responderles

como mi hermano: ¿para qué me servirá saber leer? Pero quiero complacerlas. Después de todo, si la instrucción no es útil para un buey, tampoco le estorba y en dado caso me podrá distraer. Siempre y cuando no me provoque ninguna molestia, acepto probar.

Las niñas estaban muy contentas por haber encontrado un buey de buena voluntad y lo felicitaron por su inteligencia.

–Buey, estoy segura de que harás muy buenos estudios, brillantes estudios.

Ante los elogios, ladeó la cabeza y se encogió de hombros, como hacemos nosotros cuando nos queremos pavonear.

–En efecto –dijo–, creo que tengo habilidad.

Cuando las pequeñas dejaron el establo para ir a buscar un alfabeto, el rojo les preguntó seriamente:

–Díganme una cosa, pequeñas, ¿acaso ustedes tienen ganas de aprender a rumiar?

–¿Aprender a rumiar? –dijeron ellas a carcajadas–, ¿y eso para qué?

–Tienen razón –dijo el rojo–, ¿para qué?

Delphine y Marinette, que querían darle una sorpresa a sus padres, decidieron guardar el secreto de los estudios del buey blanco. Más tarde, cuando ya fuera sabio, tendrían el gusto de ver el asombro de su padre.

Los inicios fueron más fáciles de lo que las pequeñas se habían imaginado. El buey era en verdad muy listo y además tenía mucho amor propio. Como el rojo le hacía mucha burla, fingía que le causaba un gran placer aprender el alfabeto. En menos de quince días aprendió a leer las letras e incluso a repetirlas de memoria. Los domingos, los días de lluvia y todas las noches al regresar de los campos Delphine y Marinette le daban lecciones a escondidas de sus padres. El pobre buey tenía violentos dolores de cabeza y a veces le llegaba a suceder que se despertaba en medio de la noche diciendo en voz alta:

–B, A, ba, B, E, be B, I, bi...

–Otra vez ese tonto con sus B, A, ba –refunfuñaba el rojo–. No se puede ni dormir tranquilamente desde que esas chiquillas le metieron esas ideas de grandeza. Si por lo menos estuvieras seguro de no lamentarlo más tarde...

–Nunca te podrás imaginar –respondía el buey blanco–, qué placer puede causar conocer las vocales, las consonantes, formar sílabas, en fin, eso hace la vida más agradable y ahora comprendo por qué se hacen tantos elogios de la instrucción. Ya me siento un buey diferente al de hace tres semanas. ¡Qué felicidad aprender! Pero no todos pueden hacerlo, se requiere tener facilidad.

Al verlo tan feliz, el rojo llegaba a preguntarse si había sido prudente al obstinarse en su ignorancia. Pero como ese año la pastura tenía un excelente sabor a avellana y la paja era muy dulce, se defendía con facilidad de las seducciones del espíritu.

Delphine y Marinette pronto pudieron felicitarle por su iniciativa. El buey hacía progresos sorprendentes. Al cabo de un mes aprendió a contar, leía casi de corrido y hasta se había aprendido un pequeño poema. Se volvió tan estudioso que en el establo tenía siempre en su pesebre un libro abierto y le daba vuelta a las páginas con su lengua. Podía ser un libro de aritmética o de gramática, de historia o de geografía, o incluso un poemario. Su curiosidad y su aplicación no tenían igual y se interesaba en todo aquello que estuviera impreso.

–Cómo pude vivir ignorando todas esas cosas tan bellas –murmuraba a cada instante.

Así estuviera en el campo, en los pastos o en los caminos, no se cansaba de reflexionar sobre sus lecturas. Hay que decir que se trataba de un buey de seis años y que a esa edad los bueyes pueden ser tan razonables como una persona de veinticinco o treinta años. Desafortunadamente los estudios lo fatigaban mucho, porque era muy empeñoso, y también porque tenía que realizar esa nueva labor además de las otras y la de los campos no era poca cosa. Lo peor de todo era que, como soñaba despierto todo el día, olvidaba la mitad

del tiempo comer y beber, a tal grado que las niñas, al ver su flacura, sus ojos amarillos y su cara restirada, se sintieron presas de inquietud.

–Buey –le dijeron–, estamos muy contentas con tu trabajo. Ahora sabes casi tanto como nosotras y hasta más, si es posible. Así que te mereces descansar, además, tu salud lo exige.

–No me interesa mi salud, sólo quiero aprender y embellecer mi espíritu.

–Vamos, buey, hay que ser sensato. Si fueras a la escuela como nosotras, verías que no es bueno trabajar siempre y que hay tiempo para todo. La prueba está en que tenemos recreo para descansar e incluso vacaciones.

–¿Vacaciones? ¡Muy bien!, ¡hablemos un poco de las vacaciones! ¡Les juro que no me molesta hablar de ellas, no!

Las pequeñas no sabían a donde quería llegar, se daban codazos, como para darse a entender algo sin que el buey lo notara: “¿pero qué tiene?, ¿qué le pasa?”

–Ah, ya veo, no vale la pena que se den de codazos. No estoy loco y sé lo que digo. Ustedes me hablan de vacaciones, y de esto y de aquello y de que debería descansar. Bueno, yo justamente les respondo que estoy de acuerdo con ustedes. Perfectamente: vacaciones, pero unas verdaderas vacaciones, que me permitan trabajar de acuerdo con mis gustos y mis aptitudes. ¡Ah, poder dedicar el tiempo a leer a los poetas, a conocer los trabajos de los sabios...! ¡eso sí es vida!

–También hay que jugar –dijo Marinette.

–No se puede hablar con ustedes –suspiró el buey–, sólo son unas niñas.

Y se volvió a sumergir en un capítulo de geografía, moviendo la cola para hacerles comprender a las pequeñas que lo impacientaban con su presencia. Todo lo que pudiera agregarse era inútil, sólo haría lo que quisiera.

–Al menos, ya que no quieres tomar vacaciones, ten cuidado de

que nadie te vea estudiar. Es que siempre tienes un libro abierto ante los ojos y nuestros padres podrían sorprenderte...

A juzgar por esta recomendación, las dos niñas no estaban muy seguras de haber actuado con sabiduría. Y, en efecto, no le presumían a nadie su hazaña.

Por supuesto, el amo no había dejado de percibir un cambio en la actitud del buey blanco. Un día, al final de la tarde, se sorprendió al verlo sentado en el escalón de la puerta del establo, mientras parecía contemplar distraídamente el campo.

—Vaya, ¿qué haces allí buey, sentado?

Y el buey, balanceando la cabeza y entrecerrando los párpados, respondió con voz dulce:

*Admiro sentado en un pórtico
ese resto de día con el que se ilumina
la última hora del trabajo...*

El amo no sabía o había olvidado que eran unos versos de Víctor Hugo y se dijo:

—Habla bien, este buey.

Pero sospechaba que ese hermoso lenguaje disimulaba un misterio inquietante, porque agregó:

—¡Hum! No sé lo que tiene, pero desde hace cierto tiempo me parece que tiene un aire singular... muy singular...

No vio la confusión de las pequeñas que enrojecían hasta los cabellos presenciando esa penosa escena. Pero enrojecieron aún más y los ojos se les llenaron de lágrimas cuando su padre gritó:

—¡Vamos! ¡Fuera! ¡Entra al establo! ¡A mí no me gustan los bueyes con esos modales!

El buey se levantó lanzando una mirada triste y enfurecida, luego se fue a su lugar junto al rojo. Pronto, el trabajo del campo se

resintió porque él estaba ocupado en el estudio. Tenía la cabeza tan llena de versos hermosos, de fechas históricas, de cifras y de máximas, que escuchaba distraídamente las órdenes que le daba su amo. A veces, incluso, no escuchaba en absoluto y la yunta se iba de lado hasta el borde de la cuneta, cuando no iba a dar de lleno.

–Pon atención –le murmuraba el rojo empujándolo–, otra vez vas a hacer que nos regañen.

El buey blanco entonces sentía un estremecimiento de orgullo en las orejas y aceptaba tomar el camino correcto, sólo para apartarse de él casi de inmediato. Una mañana de trabajo, se detuvo bruscamente en medio de un surco, sin que el amo se lo hubiera pedido y se dedicó a pensar en voz alta. Esto es lo que decía:

–Dos chorros de agua corren por un recipiente cilíndrico de setenta y cinco centímetros de alto y permanecen juntos veinticinco decímetros cúbicos por minuto. Si uno de los dos chorros corriera solo, tardaría treinta minutos en llenar el recipiente, mientras que el otro tardaría tres veces menos tiempo que si corrieran ambos a la vez; si se calcula el volumen del recipiente y su diámetro, ¿al cabo de cuánto tiempo estará lleno?... Es interesante, muy interesante...

–¿Qué jerigonza será esa? –dijo el amo.

–Veamos, si supongo que las dos llaves estén cerradas... ¿qué pasaría?

–Pero qué estás diciendo.

Pero el buey estaba tan profundamente absorto en la búsqueda de la solución que no escuchaba nada y permanecía inmóvil mascullando cifras. Desde siempre los bueyes han tenido fama de tener una perfecta igualdad de humor, y nunca se ha visto que se obstinen y no quieran moverse de un lugar, como hacen con frecuencia las mulas y los asnos. Así que el amo estaba sorprendido por un capricho así.

“Este animal debe estar enfermo”, pensaba, y soltando el yugo de la carreta, se dirigió a la cabeza de la yunta e interrogó con voz amigable:

–Te ves mal. Vamos, dime francamente qué es lo que no está bien.

Entonces, el buey, golpeando el suelo con su casco, respondió con cólera:

–¡Es una lástima, pero no hay forma de reflexionar en paz ni un minuto! No somos libres de nada. Se diría que no puedo tener otra cosa qué hacer que no sea la carreta! ¡Estoy hasta la coronilla de su yugo!

El amo permaneció estupefacto, preguntándose si su buey no habría perdido la razón. El rojo estaba muy triste por este accidente aunque no dejaba traslucir su preocupación. Él sabía muy bien a qué atribuir este acceso de mal humor, pero el buey blanco era un buen camarada al que no quería acusar para quedar bien con el patrón. Con él se podía estar tranquilo. Finalmente, el buey blanco recapacitó y se disculpó con voz malhumorada.

–¡Está bien, estaba distraído! No hablemos más de eso y volvamos a nuestra tarea.

Ese día, durante la comida, las pequeñas se horrorizaron al escuchar las palabras de su padre.

–Ese buey blanco se ha vuelto imposible –decía–, esta mañana otra vez me hizo enojar con sus tonterías. No solamente hace mal su trabajo, sino que responde como si fuera la peor de las afrentas y ya no puedo hacerle ni siquiera una observación. ¿Lo pueden creer? Si sigue tan insoportable me voy a ver obligado a venderlo a la carnicería...

–¿A la carnicería? –preguntó Delphine–. ¿Para qué?

–¡Vaya, pero qué pregunta es esa, para que se lo coman, sencillamente!

Delphine empezó a sollozar y Marinette a protestar.

–¿Comerse al buey blanco? –dijo ella–, pero yo no quiero.

–Ni yo tampoco –dijo Delphine–. No se come un buey porque está de mal humor o porque está triste.

–¿Entonces, habría que consolarlo?

–¡Por supuesto! ¡Lo que sea menos comérselo!

–¡No lo comeremos!

Las pequeñas veían claramente el peligro en el que habían puesto a su amigo, se agitaban como diablillos, gritando, golpeando con el pie y sollozando, a tal grado que el padre gritó con voz enfurecida:

–¡Cállense, par de parlanchinas, eso es lo que son!, éste no es asunto de chiquillas. ¡Un buey que pone mala cara no sirve más que para ser comido y si el nuestro no se compone, será comido como lo merece!

Cuando las pequeñas salieron, le dijo a su mujer riendo y sin enojo:

–Si les hiciéramos caso, dejaríamos a todos los animales morir de viejos. En cuanto al buey blanco, no creo que sea posible venderlo en mucho tiempo, se ha puesto tan flaco que sería un mal negocio. Por otra parte, me gustaría mucho saber por qué ha adelgazado así. Siempre he pensado que no es normal.

Mientras tanto, Delphine y Marinette habían corrido al establo a advertirle al desdichado buey que justamente estaba estudiando su gramática. Al verlas, cerró los ojos y recitó sin equivocarse ni una sola vez la regla de los participios, a pesar de que es tan difícil. Pero Marinette le confiscó la gramática y Delphine cayó de rodillas en la paja.

–Buey, parece que si sigues tirando mal de la carreta y respondiendo de malas, te van a vender.

–Qué me importa. En eso estoy totalmente de acuerdo con Lafontaine: “Nuestro amo es nuestro enemigo”.

Les pareció que no era muy amable, y que finalmente les debía algunas palabras de arrepentimiento.

–Ya ven cómo se porta –hizo observar el rojo–. Ahora no reconoce ni a los parientes ni a los amigos.

–¡Qué me importa que me vendan! –continuó el otro–. Lo único que podría pasar sería que me apreciaran un poco más que aquí.

–Mi pobre buey –le dijo Delphine–, te venderán al carnicero.

–Para que te coman –le dijo Marinette, enojada con él por tanta ingratitud–. Te van a comer y será por culpa de nosotras que te dimos instrucción. Porque, hay que reconocerlo, fue la instrucción la que te volvió insoportable. Y si no quieres que te coman será necesario que empieces a olvidar todo lo que has aprendido.

–Yo ya sabía que eso no era bueno para los bueyes –suspiró el rojo–. Pero no me quisieron escuchar.

Su compañero lo recorrió con la mirada de arriba abajo y respondió secamente:

–Sí señor, desprecié tus consejos, como los desprecio ahora. Sepan que no me arrepiento de nada y en cuanto a olvidar cualquier cosa, me niego. Mi único deseo, mi sola ambición es no dejar de aprender nunca. Es mejor morir que renunciar.

El rojo, en lugar de enojarse, respondió amistosamente:

–Me daría mucha tristeza si te murieras, tú lo sabes.

–Sí, sí, eso dices, pero en el fondo...

–Sin contar con que no sería muy agradable para ti –continuó el rojo–. Un día que pasaba frente a una carnicería, en la ciudad, vi a un buey colgado de las piernas, con el vientre abierto. Su cabeza estaba colocada junto a él en un platón. Le habían quitado la piel y el carnicero, con un cuchillo, cortaba rebanadas de su carne sangrante. Mira adónde te va a llevar tu instrucción si no pones cuidado.

El buey blanco no quería morir en absoluto y aunque pareciera que no, estaba de acuerdo con las dos pequeñas.

–Buey –le decían ellas–, el discurso del señor subprefecto no estaba hecho para los bueyes. Si lo hubiéramos pensado mejor, te hubiéramos enseñado juegos: a la mano caliente, al lobo, la palmada, a la muñeca, a los encantados.

–No, nada más faltaba –protestaba el buey blanco–, los juegos son para los niños.

–Me parece –decía el rojo riendo a mandíbula batiente–, que a mí me gustaría eso, los juegos. No sé que sea la palmada o los encantados, pero debe ser muy divertido.

Las pequeñas prometieron enseñarlo a jugar y el buey blanco juró que en lo sucesivo se dedicaría a los trabajos de la tierra y ya no tendría la menor distracción en presencia del amo.

Durante una semana el buey se abstuvo de todo tipo de lecturas, pero se sintió tan infeliz que adelgazó veintisiete libras con tres hectogramos, algo muy considerable hasta para un buey. Las pequeñas comprendieron que no podría resistir un régimen como ése y le dieron algunos libros que para ellas eran de lo más aburridos: un tratado sobre la fabricación de paraguas y una obra muy antigua sobre la cura del reumatismo. El buey los encontró tan atractivos que, no contento con releerlos varias veces, se aprendió de memoria los dos.

—Denme otros —les dijo a las pequeñas cuando lo terminó y lo tuvieron que obedecer. Desde entonces cayó nuevamente en su funesta pasión por el estudio y ya nada pudo apartarlo de ella, ni el peligro de la carnicería, ni la cólera del amo, ni las amistosas reprimendas del rojo quien, por su parte, había cambiado mucho en el transcurso de algunas semanas.

Delphine y Marinette, con la esperanza de que el buey blanco se dejara tentar por los placeres de la palmada, de la gallina ciega y de los encantados, le habían enseñado esos juegos al rojo, que se divertía mucho e incluso un poco más de lo que era razonable en un buey de su edad, porque se estaba volviendo un poco frívolo, riéndose de cualquier cosa. Eso los convertía en un par de bueyes muy distintos y los motivos de pleito eran numerosos.

—No comprendo —decía el buey blanco con voz severa y lanzando una mirada triste sobre su compañero—, no comprendo...

—No, déjame reír —interrumpía el rojo—, es más fuerte que yo, debo reírme.

—No comprendo que se pueda tener tal falta de seriedad y dignidad. Cuando pienso que la superficie de un rectángulo se

obtiene multiplicando largo por ancho, que el Rin tiene su origen en el macizo de San Gotardo y que Carlos Martel venció a los árabes en el año 732, uno se siente consternado por el espectáculo de un buey de seis años que se entrega a esos juegos tan tontos y voluntariamente decide ignorar tantas maravillas...

–¡Ja, ja, ja! –se reía el rojo, desternillándose por una risa convulsiva.

–¡Tonto!, si al menos se divertiera silenciosamente sin perturbar mis trabajos. ¿Te vas a callar?

–Escucha viejo, deja tus tratados un momento, y juguemos a algo los dos...

–¡Vaya, se está volviendo loco!, como si yo tuviera tiempo para prestarme a eso...

–Al juego de prendas, nada más un cuarto de hora... nada más cinco minutos...

A veces el buey blanco cedía, después de haberle arrancado al otro la promesa de dejarlo estudiar en paz. Pero, siempre preocupado, jugaba mediocrementemente y se dejaba ganar casi todo el tiempo. Había veces incluso que el rojo se sentía molesto o se enojaba de veras diciendo que jugaba mal a propósito.

–Siempre te dejas ganar desde el principio. ¿No sabes lo que es una casa, tú que eres tan sabio?... Si lo sabes, ¿por qué dices otra cosa? ¡Ah!, por lo que veo no tienes una mente muy ágil ...

–La tengo más ágil que tú –contestaba su compañero–, pero soy incapaz de interesarme en tonterías y me siento orgulloso de eso.

Casi siempre, sus juegos terminaban en un intercambio de injurias, cuando no a patadas.

–Vaya, qué modales –les dijo Marinette al sorprenderlos en medio de un pleito–. ¿No pueden hablar amablemente?

–Es su culpa, él me obligó a jugar a las prendas.

–Claro que no, no hay forma de bromear con él.

Llegaron al grado de no poderse soportar y formaron la peor yunta que se haya visto. Cada vez más distraído, el buey blanco

caminaba para atrás cuando debía caminar hacia delante, tiraba hacia la derecha cuando debía tirar hacia la izquierda, mientras que su compañero se detenía a cada instante para reír a gusto, o bien se volvía hacia el amo para proponerle una adivinanza:

–Cuatro patas, sobre cuatro patas. Cuatro patas se van, cuatro patas se quedan. ¿Qué es?

–No estamos aquí para decir tonterías, ¡jala!

–Sí –decía el rojo riendo–, dice eso porque no sabe la respuesta.

–¿Yo? No me interesa ni pensar en eso. ¡A trabajar!

–Cuatro patas, sobre cuatro patas, vamos, no es tan difícil...

El amo necesitaba acicatearlo para que se pusiera a trabajar, y entonces era el otro buey el que se detenía para preguntar si era cierto que la línea recta era el camino más corto entre dos puntos o Napoleón el mejor capitán de todos los tiempos (algunos días se decidía por César). El granjero estaba desolado al ver que sus bueyes se habían vuelto tan malos trabajadores, y que cada uno jalaba por su lado. Algunas veces se tardaba toda una mañana en trazar un surco que tenía que volver a empezar por la tarde.

–Esos bueyes van a acabar por hacerme perder la cabeza –decía en su casa–. ¡Ah!, si pudiera venderlos... pero no, hay que esperar a que se pueda vender el blanco, cada vez está más flaco y, además, si me deshago del rojo que se ha vuelto insoportable, ¿qué hago con un solo buey?

Delphine y Marinette sentían todavía un poco de remordimientos al escuchar esas palabras, pero se felicitaban de que ninguno de los bueyes estuviera destinado al carnicero. Ellas no sabían que el buey blanco iba a echar todo a perder por no poder quedarse callado.

Una noche, al regresar de los campos, el rojo jugaba a los encantados con las pequeñas en el patio de la granja. A decir verdad, no se encaramaba en el fondo de una cubeta, o sobre un banquito o sobre una tina para lavar. Era demasiado gordo para eso. Pero se le valía el intento con que pusiera un pie en la percha. El amo juzgaba esos retozos sin benevolencia. Cuando el buey rojo hizo el

simulacro de encaramarse en el brocal del pozo, le tiró rudamente por la cola y le dijo con enojo:

–¿Ya terminaste tus monerías? Mírame, grandísimo tonto, ¿qué te parece tan divertido?

–¡Bueno! –dijo el buey–, ¿ahora ya no se puede ni jugar?

–Te daré permiso de jugar cuando trabajes como se debe. Vete al establo.

Más tarde, se encontró al buey blanco, que estaba haciendo un experimento de física en la pila de piedra donde acababa de beber.

–Tú –dijo el amo–, te aconsejo que seas más dedicado, voy a buscar un medio para obligarte a hacerlo. Mientras tanto, entra también, ¿qué es eso de chapotear en el agua como lo haces? ¡Largo!

Enojado por tener que interrumpir su experimento y más aún, humillado de que le hablaran en ese tono, el buey blanco respondió:

–Entiendo que se dirija con rudeza a un buey ignorante, como mi compañero. Esas especies, en efecto, no entienden otro lenguaje. Pero no es así como se debe tratar a un buey como yo, tan instruido...

Las pequeñas que se habían acercado le hacían señas para que contuviera su lengua, pero él prosiguió:

–Un buey, como yo, instruido en las ciencias, la literatura y la filosofía.

–¿Qué dijiste? No tenía la menor idea de que pudieras ser tan sabio, buey.

–Es la verdad. He leído más libros de los que usted podrá leer jamás, señor, y sé más cosas que toda su familia junta. ¿Pero cree conveniente que un buey con mi mérito sea obligado a trabajar la tierra? Y piense usted señor, ¿cree que la filosofía pueda tener lugar ante la carreta? Usted me reprocha por hacer muy mal trabajo en los campos, pero es porque estoy hecho para trabajos más importantes.

El amo lo escuchaba con atención y de vez en cuando bajaba la cabeza. Pensando que debería estar enojado y que lo estaría más cuando el buey hubiera terminado, las niñas sentían que el agua les

llegaba al cuello y se sintieron muy sorprendidas al escucharlo decir:

–Buey, ¿por qué no me lo habías dicho antes? Si hubiera sabido, no te hubiera obligado a una labor tan penosa: siento mucho respeto por la ciencia y la filosofía.

–Y la literatura también –dijo el buey–, no se le olvide.

–Por supuesto, la literatura también. Pero ve, se acabó: de ahora en adelante te quedarás en la casa para acabar tus estudios en la quietud más completa. No quiero que ocupes tus horas de sueño en lecturas y meditaciones.

–Es usted un buen amo, ¿cómo podría agradecer su generosidad?

–Cuidando tu salud. Me gusta que la literatura, las ciencias y la filosofía tengan un rostro rollizo. No quiero que tengas otra preocupación que no sea estudiar, comer y dormir. El rojo trabajará por los dos.

El buey no se cansaba de admirar y elogiar la inteligencia de un amo tan raro y las pequeñas estaban orgullosas de su padre. Sólo al rojo le faltaban motivos para estar contento con esta decisión, pero, de hecho, se acomodó muy bien con el nuevo régimen y si bien no cumplía con su trabajo de una manera por completo satisfactoria, al menos tenía menos problemas que cuando su compañero de yunta contrarrestaba sus esfuerzos por distracción o mala voluntad.

En cuanto al buey blanco, se puede decir que vivía perfectamente feliz. Se orientó decididamente hacia la filosofía y como no tenía ninguna preocupación y sí un excelente forraje, sus meditaciones eran serenas. Engordaba regularmente y tenía buen aspecto. Llegó a saber mucho de filosofía, pero cuando su amo se dio cuenta de que había aumentado 75 kilos, decidió venderlo al carnicero junto con el rojo. Por fortuna, el día que los conducía a la ciudad, un gran circo acababa de instalarse en la plaza principal. El propietario del circo, al pasar cerca de ellos, escuchó al buey blanco hablar con distinción de ciencia y filosofía. Pensó que un buey sabio no estaría mal en su circo y ofreció de inmediato una buena cantidad. El rojo lamentaba

ahora no haber estudiado.

–Lléveme también –dijo–, no soy sabio, es cierto, pero conozco juegos divertidos y haré reír al público.

–Cómprelo –dijo el buey blanco–, es mi amigo y no puedo separarme de él.

Después de algunos titubeos, el propietario del circo aceptó comprar al rojo y no se arrepintió, porque los bueyes tuvieron mucho éxito. A la mañana siguiente las niñas fueron a la ciudad y pudieron aplaudir el bonito número de sus amigos. Sentían un poco de pena al pensar que los veían por última vez y hasta el buey blanco, que no pedía otra cosa que viajar para instruirse más, tenía problemas para retener las lágrimas.

Los padres compraron otro par de bueyes, pero las pequeñas se cuidaron mucho de enseñarles a leer, porque ahora sabían que a menos que encontraran un lugar en el circo, los bueyes no ganan nada con instruirse y que las mejores lecturas les acarrearán las peores contrariedades. ♦

El problema

♦ LOS PADRES colocaron sus herramientas contra el muro, empujaron la puerta y se detuvieron en el umbral de la cocina. Sentadas una junto a otra, frente a sus cuadernos, Delphine y Marinette les daban la espalda. Chupaban la punta de sus plumas y sus piernas se balanceaban bajo la mesa.

–¿Y bien? –preguntaron los padres–. ¿Ya está resuelto ese problema?

Las pequeñas se ruborizaron y se sacaron las plumas de la boca.

–Todavía no –respondió Delphine con voz triste–. Es muy difícil, la maestra ya nos lo había dicho.

–Si la maestra se los dio, son capaces de resolverlo, pero con ustedes siempre es lo mismo: siempre están dispuestas a divertirse, pero qué diferente cuando se trata de trabajar, entonces no tienen ni dos dedos de frente. Es necesario que eso cambie. Miren a estas dos grandísimas tontas de diez años. ¡No poder resolver un problema!

–Hace ya dos horas que buscamos la solución –dijo Marinette.

–Pues deben seguir buscando. Pasarán en ello todo su jueves por la tarde, pero es necesario que el problema esté resuelto para esta noche. ¡Y si no lo hacen!, ¡ah, si no lo hacen! Miren, prefiero no pensar en lo que podría pasarles.

Los padres estaban tan enojados de pensar que el problema pudiera no estar resuelto esa noche, que avanzaron tres pasos al interior de la cocina. Encontrándose así detrás de las dos pequeñas, estiraron el cuello por encima de sus cabezas y de inmediato

quedaron mudos de indignación. Delphine y Marinette habían dibujado: una, un pavo real que ocupaba toda una página de su cuaderno; la otra, una casa con una chimenea que humeaba, un lago donde nadaba un pato y un largo camino donde llegaba el cartero en bicicleta. Encogidas sobre sus sillas, las pequeñas sentían que el agua les llegaba al cuello. Los padres se pusieron a gritar, diciendo que era increíble y que ellos no se merecían tener unas hijas como ésas. Y a grandes pasos recorrían la cocina agitando los brazos y de vez en cuando se detenían para patear la baldosa. Hacían tanto ruido que el perro, escondido bajo la mesa al pie de las pequeñas, acabó por levantarse y venir a plantarse ante ellas. Era un pastor de la región de Brie que quería mucho a los padres, pero quería más a Delphine y a Marinette.

—Vamos padres, sean sensatos —dijo—. No es gritando y pataleando como vamos a avanzar en el problema. ¿Y además, de qué sirve quedarse aquí resolviendo problemas cuando está tan bonito afuera? Las pobres niñas estarían mejor jugando.

—Ah, de eso se trata. Y más tarde, cuando tengan veinte años, ya que estén casadas, serán tan tontas que sus maridos se burlarán de ellas.

—Ellas les enseñarán a sus maridos a jugar a la pelota y al burro castigado. ¿Verdad, pequeñas?

—¡Oh, sí! —dijeron las niñas.

—¡Silencio, ustedes se callan! —gritaron los padres—. Y se ponen a trabajar. Deberían sentir vergüenza. Dos grandes tontas que no pueden resolver un problema.

—Ustedes se preocupan demasiado —dijo el perro—. Si ellas no pueden resolver el problema, pues bien, ni modo, no pueden. Lo mejor es ponerse de su parte. Es lo que yo hago.

—En lugar de perder su tiempo con dibujitos... Pero ya estuvo bien. No tenemos por qué rendirle cuentas al perro. Vámonos. Y ustedes traten de no distraerse, si el problema no está resuelto esta noche lo sentimos por ustedes.

Con esas palabras los padres dejaron la cocina, recogieron sus herramientas y se fueron al campo a recoger papas. Inclinas sobre sus cuadernos, Delphine y Marinette sollozaban. El perro fue a colocarse entre las dos y poniendo sus dos patas de adelante sobre la mesa, les lamió las mejillas varias veces.

–¿En verdad es tan difícil ese problema?

–¡Es muy difícil! –suspiró Marinette–. No entendemos nada.

–Si yo supiera de qué se trata –dijo el perro–, tal vez se me ocurriría algo.

–Te voy a leer el enunciado –propuso Delphine–. “Los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas. Sabiendo que un área está plantada por tres robles, dos hayas y un abedul, cuántos árboles de cada especie tienen los bosques municipales?”

–Estoy de acuerdo con ustedes –dijo el perro–. No es un problema fácil. De entrada, ¿qué es una hectárea?

–No sabemos muy bien –dijo Delphine, que al ser la mayor de las pequeñas era también la más sabia–. Una hectárea es más o menos como un área, pero no se decir cuál es más grande. Creo que es la hectárea.

–Claro que no –dijo Marinette–. El área es más grande.

–No discutan –dijo el perro–. Que el área sea más grande o más pequeña, carece de importancia. Hay que ocuparse más bien del problema. Veamos: “Los parques municipales...”

–No se desanimen. Resolveremos el problema por muy difícil que sea. Voy a reunir a todos los animales de la casa. Juntos, acabaremos por encontrar la solución.

El perro saltó por la ventana y fue a buscar al caballo, que pastaba en el prado, y le dijo:

–Los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas.

–Es muy posible –dijo el caballo–, pero no veo en qué me pueda interesar eso.

Después de que el perro le explicó en qué lío estaban las dos

pequeñas, se preocupó mucho y también fue de la opinión de que se planteara el problema a todos los animales de la granja. Se dirigió al patio y después de haber lanzado tres relinchos, se puso a tamborilear con sus cuatro cascos sobre las tablas de la carreta, que resonaban como un tambor. A su llamado acudieron de todas partes las gallinas, las vacas, los bueyes, las ocas, el cerdo, el pato, los gatos, el gallo y los terneros y se acomodaron en semicírculo en tres filas ante la casa. El perro se colocó en la ventana entre las dos pequeñas y después de haberles explicado lo que se esperaba de ellos, leyó el enunciado del problema.

–Los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas...

Los animales reflexionaban en silencio y el perro se volvía hacia las pequeñas guiñándoles el ojo para darles a entender que estaba lleno de esperanza. Pero pronto se elevaron entre los animales murmullos desilusionados. El mismo pato, con el que tanto contaban no había resuelto nada y las ocas se quejaban de dolor de cabeza.

–Es muy difícil –decían los animales–. No es un problema para nosotros. No entendemos nada de eso. Yo, me retiro.

–No sean así –exclamó el perro–. No van a dejar a las niñas en ese trance. Piensen un poco más.

–De qué sirve romperse la cabeza –gruñó el cerdo–, si no conseguimos nada.

–Claro –dijo el caballo– tú no quieres hacer nada por las pequeñas. Estás de lado de los padres.

–¡No es cierto!, estoy de parte de las pequeñas. Pero me parece que un problema como éste...

–¡Silencio!

Los animales volvieron a buscar la solución para el problema de los bosques, pero otra vez sin ningún resultado. Las ocas tenían dolor de cabeza cada vez más fuerte. Las vacas empezaban a sentir sueño. El caballo, a pesar de su buena voluntad, se distraía y movía la cabeza de un lado para otro. Al mirar hacia los prados, vio llegar

al patio a una gallinita blanca.

–No te apresures tanto –le dijo–. ¿Acaso no escuchaste la señal para reunirse?

–Tenía que poner un huevo –respondió ella en tono seco–. Ustedes no pretenderán impedirme que ponga, espero.

Entró al círculo de los animales y luego de haber tomado lugar en primera fila, entre las otras gallinas, se informó del motivo de la reunión. El perro, a quien empezaba a invadir el desánimo, no consideró útil informarle, porque no creía para nada que ella pudiera triunfar donde los demás habían fracasado. Cuando les preguntaron, Delphine y Marinette, por consideración hacia ella, decidieron ponerla al corriente. El perro recomenzó sus explicaciones y, una vez más, recitó el enunciado del problema:

–Los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas...

–Pues bien, no sé que los detiene –dijo la gallinita blanca cuando él terminó–. Me parece muy simple.

Las pequeñas estaban acaloradas de emoción y la miraban con esperanza. En cambio los animales intercambiaban opiniones que no eran muy agradables.

–No ha resuelto nada. Se quiere hacer la interesante. No sabe más que nosotros. Imagínense, una pollita insignificante.

–Vamos, déjenla hablar –dijo el perro–. Silencio, cerdo, y ustedes, las vacas, silencio también. ¿Qué resolviste?



–Les repito que es muy simple –respondió la pequeña gallina blanca–, y me sorprende que nadie haya pensado en eso. Los parques municipales están muy cerca de aquí. El único medio para saber cuántas hayas, robles y abedules existen, es irlos a contar. Estoy segura de que entre todos no necesitaremos más de una hora para lograrlo.

–¡Vaya, qué bien! –exclamó el perro.

–¡Vaya, qué bien! –exclamó el caballo.

Delphine y Marinette estaban tan maravilladas que no encontraban nada que decir. Saltando por la ventana se arrodillaron cerca de la gallinita blanca y le acariciaron las plumas del lomo y del buche. Ella protestaba modestamente que no tenía ningún mérito. Los animales se acercaban rápidamente a ella para elogiarla. Hasta el cerdo, que se sentía un poco envidioso, no podía ocultar su admiración.

–No pensé que este bicho fuera tan listo –decía.

El caballo y el perro pusieron fin a los halagos, y junto con Delphine y Marinette, seguidos por todos los animales de la granja, atravesaron el camino y llegaron al parque. Allí fue necesario enseñarle a cada uno a reconocer un abedul, un roble y un haya. Enseguida los parques municipales fueron repartidos entre los animales, es decir cuarenta y dos (sin contar los pollos, los gansitos, los gatitos y los puerquitos, a los cuales se les confió la tarea de contar las matas de fresa y de lirios del valle). El cerdo se quejaba de que le había tocado un lugar donde los árboles no eran tan abundantes. Gruñía diciendo que el pedazo de parque que le habían dado a la gallinita blanca le hubiera convenido más.

–Mi pobre amigo –le dijo ella–, no sé por qué tienes envidia de mi rincón, pero lo que sí sé es que tienen mucha razón cuando dicen “es tonto como un cerdo”.

–Pequeña cretina, esponjas las plumas porque encontraste la solución del problema, pero estaba al alcance de todo el mundo.

–¿Acaso digo lo contrario? Marinette, dale mi sector al señor y

escógeme otro que esté lo más lejos posible de este grosero personaje.

Marinette les concedió lo que pedían y todos se pusieron a trabajar. Mientras los animales contaban los árboles del parque, las pequeñas iban de sector en sector recabando las cifras y anotándolas en sus cuadernos.

–Veintidós robles, tres hayas, catorce abedules, decía una oca.

–Treinta y dos robles, once hayas y catorce abedules, decía el caballo.

Después seguían contando volviendo a partir de uno. La tarea iba muy rápido y todo parecía marchar sin ningún incidente. Las tres cuartas partes de árboles habían sido contados y el pato, el caballo y la gallinita blanca acababan de terminar su trabajo cuando se oyó un grito proveniente del fondo del parque municipal y se escuchó la voz del cerdo que llamaba:

–¡Socorro! ¡Delphine, Marinette! ¡Socorro!

Guiadas por la voz, las pequeñas se echaron a correr y llegaron al mismo tiempo que el caballo al lado del cerdo que temblaba sobre sus cuatro patas. Se encontraba frente a un enorme jabalí que lo miraba con ojos llenos de cólera y lo interpelaba con una voz irritada:

–Mentecato, ¿ya terminaste de berrear? ¿Qué te pasa? ¿Cómo te atreves a despertar a la gente honesta en pleno día? Yo te voy a enseñar a vivir. Cuando se tiene una cara como la tuya, uno debería esconderse y no andar por el bosque. Ustedes, pequeños, métanse al lodo.

Estas últimas palabras iban dirigidas a una decena de jabatos que se empujaban alrededor del cerdo y jugaban entre sus patas. Con el lomo atravesado por dos líneas claras, eran del tamaño de un gato y tenían ojitos risueños. Quizá el cerdo le debía la vida a su presencia, porque el jabalí no hubiera podido arrojarle sobre él sin correr el riesgo de aplastar uno o dos.

–¿Quiénes son éstos? –gruñó el jabalí al ver llegar al caballo y a

las dos niñas—. Vaya, esto parece una carretera, sólo faltan los autos. Empiezo a cansarme.

Tenía un aspecto tan temible que las pequeñas sintieron mucho miedo. Se detuvieron en seco balbuceando una disculpa, pero en cuanto vieron a los jabatos se olvidaron del jabalí y exclamaron que nunca habían visto nada más encantador. Mientras decían eso, jugaban con ellos, los acariciaban y los abrazaban. Felices de haber encontrado con quien jugar los jabatos lanzaban pequeños gruñidos de alegría.

—¡Qué bonitos son! —repetían Delphine y Marinette—. ¡Qué agradecidos! ¡Qué lindos!

El jabalí ya no tenía aspecto malvado. Sus ojos se volvieron risueños como los de los jabatos y su hocico tenía una expresión dulce.

—Es una hermosa camada —aceptó—. Son tan despreocupados que nos causan muchas contrariedades, pero qué quieren, es la edad. Su madre dice que son bonitos y me da mucho gusto que tengan la misma opinión. Pero para serles franco no puedo decir lo mismo de ese cerdo que me mira con un aire tan redomadamente tonto. ¡Qué animal tan raro! ¿Es posible ser tan feo? No lo puedo concebir.

El cerdo, que todavía temblaba de miedo, no se atrevía a protestar, pero se sentía más bonito que el jabalí y le dirigía miradas furiosas.

—¿Y a ustedes pequeñas? ¿Qué las trae por los parques municipales?

—Venimos con nuestros amigos de la granja para contar los árboles. El caballo te explicará, nosotras debemos ir a terminar el problema.

Después de haber abrazado otra vez a los jabatos, Delphine y Marinette se alejaron prometiendo regresar en un momento.

—Fíjese —dijo el caballo—, que la maestra les dejó a las pequeñas un trabajo muy difícil.

—No comprendo muy bien. Deben disculparme, pero vivo muy

aislado. Sólo salgo por la noche y la vida en el pueblo me es casi ajena.

El jabalí se interrumpió para arrojarle una mirada al cerdo y dijo en voz alta:

–Qué feo es este animal. No logro acostumbrarme. Esa piel rosa es en verdad repugnante. Pero no hablemos más de ello. Les decía que al vivir de noche permanezco ignorante de muchas cosas. ¿Qué es una maestra de una escuela? ¿Qué es un problema?

El caballo le explicó lo que eran una maestra y un problema. El jabalí se interesó mucho en la escuela y lamentó no poder enviar a sus jabatos. Pero no comprendía por qué los padres de las pequeñas eran tan severos.

–¿Se imagina que yo impidiera a mis jabatos jugar durante toda una tarde para que resolvieran un problema? Ellos no me obedecerían. Además, su madre los seguramente los apoyaría en contra mía. Pero ese famoso problema, ¿en qué consiste?

–He aquí el enunciado: los parques municipales tienen una extensión...

Cuando el caballo terminó de recitar el enunciado, el jabalí llamó a una ardilla que acababa de saltar sobre la rama más baja de una haya.

–Ocúpate enseguida de saber cuántos robles, cuántas hayas y cuántos abedules hay en los parques municipales –le dijo–. Aquí te espero.

La ardilla desapareció de inmediato por las altas ramas.

–Fue a avisarle a las otras ardillas y antes de un cuarto de hora –afirmó el jabalí–, traerá la respuesta. Así podemos comprobar si las cuentas de Delphine y Marinette son correctas.

El cerdo, que se había quedado plantado en medio de los jabatos, se acordó de inmediato de que no había terminado su tarea, pero como no sabía en dónde iba, tuvo que volver a empezar todo. Mientras dudaba sobre el procedimiento a seguir, vio llegar al pato y a la gallinita blanca.

–Espero que no se haya cansado mucho –le dijo ella–. Para qué se hizo el orgulloso y el altivo hace un momento si iba de dejar todo así. El pato y yo tuvimos que repartirnos su trabajo.

El cerdo se sentía muy incómodo y no sabía qué decir. La gallinita blanca agregó en tono seco:

–No se disculpe. Ni tampoco nos agradezca, no vale la pena.

–Decididamente –agregó el jabalí–, no le falta nada: es feo, tiene la piel rosa y es perezoso.

Mientras tanto, los jabatos rodeaban a los recién llegados y querían jugar con ellos, pero la gallinita blanca, a quien no le gustaban las familiaridades, les pidió que la dejaran en paz. Como ellos insistían, empujándola a cabezazos o posando sus patas en su lomo, se encaramó en una rama de avellano. Seguidas por los otros animales de la granja, Delphine y Marinette fueron a buscar los resultados del terreno que le correspondía al cerdo, pero que les proporcionaron en su lugar el pato y la gallinita blanca. Sólo faltaba hacer tres sumas. Algunos minutos más tarde Delphine anunció:

–En los parques municipales hay 3918 robles, 1214 hayas y 1302 abedules.

–Es lo que yo pensaba –dijo el cerdo.

Delphine agradeció a los animales que hubieran trabajado tan bien y particularmente a la gallinita blanca que había comprendido el problema y encontrado la solución. Aunque al principio se intimidaron por la cantidad de gente, los jabatos se habían acercado a las ocas y empezaban a animarse. Como eran buenas personas, se prestaban con gusto a sus juegos. Las pequeñas no tardaron en unirse y, después de ellas, participaron todos los animales y hasta el mismo jabalí, que se reía a mandíbula batiente. Los parques municipales nunca habían estado tan ruidosos y alegres.

–No es por contrariarlas –dijo el perro, al cabo de un rato–, pero el sol empieza a descender. Los padres van a regresar pronto y, si no encuentran a nadie en la granja, puede que se enojen.

Cuando se disponían a partir, en la rama más baja de un haya

apareció un grupo de ardillas y una de ellas le dijo al jabalí:

–En los bosques del municipio hay 3918 robles, 1214 hayas y 1302 abedules.

Las cifras de las ardillas eran las mismas que las de las pequeñas, el jabalí se alegró:

–Es la prueba de que no se equivocaron. Mañana la maestra les pondrá una buena calificación. ¡Ah, cómo quisiera estar allí cuando las felicite! ¡A mí que me gustaría tanto ver una escuela!

–Entonces venga mañana por la mañana –le propusieron las pequeñas–. La maestra es amable. Lo dejará entrar a la clase.

–¿Ustedes creen? Pues bien, no digo que no. Lo voy a pensar.

Cuando las pequeñas lo dejaron, el jabalí estaba casi decidido a ir a la escuela al día siguiente. El caballo y el perro le habían prometido ir también para que no fuera el único extraño que se presentara ante la maestra.

Al regresar del campo, los padres vieron a Delphine y a Marinette jugando en el patio y les gritaron desde el camino:

–¿Ya resolvieron su problema?

–Sí –respondieron las pequeñas yendo a su encuentro–, pero nos costó mucho trabajo.

–Fue un trabajo pesado –afirmó el cerdo– y no es por presumir, pero en los parques...

Marinette lo pisó para que se callara. Los padres lo miraron de reojo renegando de ese animal que era cada vez más tonto. Luego dijeron a las pequeñas:

–Haber resuelto el problema no basta, debe estar correcto. Pero eso lo sabremos mañana. Veremos la calificación que les ponga la maestra. Si su problema no está bien resuelto, pueden estar seguras de que esto no se va a quedar así. Si no, qué fácil, bastaría con resolver un problema a la carrera.

–No lo hicimos de prisa –aseguró Delphine– y pueden estar seguros de que el resultado es correcto.

–Además, la ardilla tuvo el mismo resultado que nosotros –

declaró el cerdo.

—¡La ardilla! Este cerdo se está volviendo loco. Tiene una mirada muy extraña. Vamos, regresa a tu porqueriza y ni una palabra más.

A la mañana siguiente la maestra apareció en el umbral de la escuela para darle la bienvenida a los alumnos y no se sorprendió de ver en el patio a un caballo, un perro, un cerdo y una gallinita blanca. No era raro que un animal de la granja vecina se perdiera por allí. Lo que sí la sorprendió, y la asustó, fue la llegada de un jabalí que salió de pronto de un seto donde estaba escondido. Quizá hubiera gritado y pedido auxilio si Delphine y Marinette no la hubiera tranquilizado de inmediato:

—Señorita, no tenga miedo. Lo conocemos. Es un jabalí muy amable

—Perdóneme —dijo el jabalí acercándose—. No quisiera molestarla, pero escuché tantas cosas buenas de su escuela y de sus enseñanzas que sentí mucho interés por presenciar una de sus clases. Estoy seguro de que aprenderé mucho.

La maestra se sentía muy halagada, sin embargo seguía dudando en recibirlo en su clase. Los otros animales se habían acercado y pedían el mismo favor.

—Por supuesto —agregó el jabalí—, mis compañeros y yo nos comprometemos a portarnos bien y a no perturbar la clase.

—Después de todo —dijo la maestra—, no tengo inconveniente en que entren a la clase. Fórmense.

Los animales se colocaron detrás de las niñas alineadas de dos en dos ante la puerta de la escuela. El jabalí estaba a un lado del cerdo, la gallinita blanca junto al caballo y el perro al final de la fila. Cuando la maestra dio una palmada los nuevos escolares entraron a la clase sin hacer ruido y sin empujarse. Mientras el perro, el jabalí y el cerdo se sentaban entre las niñas, la gallinita blanca se encaramó en el respaldo de una banca y el caballo, que era muy grande como para sentarse, permaneció de pie al fondo del salón.

La clase empezó con un ejercicio de escritura, seguido de una

lección de historia. La maestra habló del siglo xv y particularmente del rey Luis XI, un rey muy cruel que tenía la costumbre de encerrar a sus enemigos en jaulas de hierro. “Afortunadamente –dijo ella–, los tiempos han cambiado y en nuestra época ya no se puede encerrar a nadie en una jaula”. Apenas la maestra había terminado de pronunciar esas palabras cuando la gallinita blanca, irguiéndose en su percha, pidió la palabra:

–Se nota –dijo–, que usted no está al corriente de lo que ocurre en el país. La verdad es que nada ha cambiado desde el siglo xv. Yo, la de la palabra, veo frecuentemente a gallinas infelices encerradas en jaulas, ésa es una costumbre que no tiene para cuando terminar.

–¡Es increíble! –exclamó el jabalí.

La maestra se había ruborizado, porque pensaba en los pollos que tenía prisioneros en una jaula para engordarlos y se prometió ponerlos en libertad en cuanto terminaran las clases.

–Cuando sea rey –declaró el cerdo–, voy a encerrar a los padres en una jaula.

–Usted jamás será rey –dijo el jabalí–. Es demasiado feo.

–Conozco gente que no tiene la misma opinión que usted –continuó el cerdo–. Ayer mismo en la noche, los padres decían al mirarme: “El cerdo está cada vez mejor, hay que pensar en ocuparse de él”. Y no estoy inventando. Las pequeñas estaban allí cuando lo dijo, ¿verdad, pequeñas?

Delphine y Marinette, confusas, tuvieron que reconocer que los padres habían dicho esas halagadoras palabras. El cerdo ganó.

–Usted es el animal más feo que yo haya visto –dijo el jabalí.

–Aparentemente usted no se ha visto. Con esos enormes dientes que le salen del hocico, tiene una cara espantosa.

–¿Cómo se atreve a hablar de mi cara con esa insolencia? Espere un poco, grandísimo ganso, le voy a enseñar a respetar a la gente honesta.

Viendo que el jabalí saltaba fuera de su banco, el cerdo salió huyendo y corrió alrededor del salón lanzado chillidos y tanto era su

espanto que empujó a la maestra y estuvo a punto de hacerla caer. “Auxilio –gritaba–, ¡me quieren asesinar!” Y se aventaba entre las mesas, haciendo saltar los libros, los cuadernos, las plumas y los tinteros. El jabalí, que lo seguía de cerca, provocó mayor desorden y gruñía diciendo que le iba a rajarle la panza. Pasando bajo la silla donde se había sentado la maestra, la levantó en vilo y la arrastró en su carrera. Delphine y Marinette aprovecharon para tratar de tranquilizar al jabalí y recordarle la promesa que había hecho de no perturbar la clase. Con ayuda del perro y del caballo, terminaron por hacerlo entrar en razón.

–Perdóneme –le dijo a la maestra–. Me sulfuré un poco. Pero este individuo es tan feo que es imposible sentir alguna indulgencia por él.

–Debería sacarlos a los dos, pero por esta vez me conformaré con ponerles cero en conducta.

Y la maestra escribió en el pizarrón:

Jabalí: cero en conducta.

Cerdo: cero en conducta.

El jabalí y el cerdo se sentían muy avergonzados, pero de nada valió que suplicaran que les borrara los ceros. No quiso ni escuchar sobre el asunto.

–Cada quien obtiene lo que merece. La gallinita blanca, diez, el perro diez, el caballo diez y ahora pasemos a la lección de cálculo. Vamos a ver cómo hicieron para resolver el problema de los parques municipales. ¿Quién lo hizo?

Delphine y Marinette fueron las únicas que levantaron la mano. Después de haber visto sus cuadernos, la maestra hizo una mueca que las preocupó un poco. Parecía dudar que su solución fuera correcta.

–Veamos –dijo pasando al pizarrón–, retomemos el enunciado. Los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas...

Habiendo explicado a los alumnos cómo se resolvía, ella hizo las

operaciones en el pizarrón y declaró:

–Los parques municipales contienen entonces 4800 robles, 3200 hayas y 600 abedules. En consecuencia, Delphine y Marinette se equivocaron y tendrán una mala calificación.

–Permítame –dijo la gallinita blanca–. Lo siento por usted, pero está equivocada, los parques municipales cuentan con 3918 robles, 1214 hayas y 1302 abedules, como dijeron las pequeñas.

–Es absurdo –protestó la maestra. No puede haber más abedules que hayas. Retomemos el razonamiento...

–No hay razonamiento que valga. Los parques municipales cuentan con 3918 robles, 1214 hayas y 1302 abedules. Pasamos toda la tarde de ayer contándolos. ¿Verdad?

–Es cierto –afirmaron el perro, el caballo y el cerdo.

–Yo estaba ahí –dijo el jabalí–. Los árboles fueron contados dos veces.

La maestra trató de hacer entender a los animales que los parques municipales de los que se hablaba en el enunciado, no correspondían a nada real, pero la pequeña gallina blanca se enojó y sus compañeros empezaban a estar de mal humor. “Si uno se confiara en el enunciado –decían ellos–, el problema mismo no tendría ningún sentido”. La maestra los llamó tontos. Roja de cólera, estaba a punto de ponerles mala calificación a las pequeñas, cuando entró un inspector al salón. Se sorprendió mucho de ver a un caballo, un perro, una gallina y un cerdo, pero sobre todo a un jabalí.

–Bueno, permitámoslo. ¿De qué estaban hablando?

–Señor inspector –declaró la gallinita blanca–, la maestra les dio anteayer a los alumnos un problema cuyo enunciado dice así: los parques municipales tienen una extensión de dieciséis hectáreas...

En cuanto fue informado, el inspector no dudó ni un instante en darle toda la razón a la gallinita blanca. Para empezar, obligó a la maestra a poner una muy buena calificación en los cuadernos de las dos pequeñas y a borrar los ceros en conducta del cerdo y del jabalí. “Los parques municipales son los parques municipales –dijo–, eso es

indiscutible”. Estaba tan contento con los animales que hizo que les pusieran a cada uno un punto bueno y a la gallinita blanca, que había argumentado tan bien, la cruz de honor.

Delphine y Marinette regresaron a la casa contentas. Al ver que habían sacado muy buenas calificaciones, los padres se sintieron felices y orgullosos (creyeron que los puntos buenos del caballo, el perro, la gallinita blanca y el cerdo habían sido otorgados a las pequeñas), entonces, para recompensarlas, les compraron unas plumas nuevas. ♦

El pavo real

◆ UN DÍA Delphine y Marinette dijeron a sus padres que ya no querían usar zuecos. Y he aquí cuál fue la razón. Flora, la mayor de sus primas que tenía catorce años y habitaba en la cabecera del municipio, acababa de pasar una semana en la granja. Como había recibido un mes antes su certificado de secundaria, su padre y su madre le habían comprado un reloj, un anillo de plata y un par de zapatos de tacón alto. Por si fuera poco, tenía por lo menos tres vestidos sólo para el domingo: el primero era rosa con un cinturón dorado; el segundo, verde con un pliegue de crepé en la espalda; y el tercero, de organdí. Flora no salía nunca sin guantes. Miraba la hora presumiendo su reloj y hablaba mucho de arreglos, de sombreros y de instrumentos para rizar el cabello.

Después de que se fue Flora, un día las pequeñas se codearon una a la otra para darse ánimos y Delphine le dijo a los padres:

–Los zuecos no son tan cómodos como parecen, lastiman los pies y se les mete el agua, mientras que con zapatos hay menos riesgos, sobre todo si el tacón es un poco alto. Y además los zapatos son más bonitos.

–Es como los vestidos –dijo Marinette–. En lugar de usar toda la semana un vestido insignificante y encima con delantal, habría que sacar un poco más seguido del armario nuestros vestidos de domingo.

–Es como los cabellos –dijo Delphine–. En lugar de tener los cabellos sobre la espalda sería mejor levantarlos para que se vieran

más bonitos.

Los padres aspiraron una gran bocanada de aire y después de haber mirado un momento a sus hijas con el ceño fruncido, respondieron con voz terrible:

—No nos agrada esa manera de hablar. ¡Ya no ponerse sus zuecos! ¡Sacar del armario sus vestidos de domingo! ¿Acaso han perdido la cabeza? ¿Ustedes creen, sí, ustedes creen que les vamos a dar sus zapatos y sus vestidos del domingo para todos los días? Todo se desgastaría y ya no les quedaría nada apropiado para cuando vayan a ver a su tío Alfredo. Pero lo peor de todo es lo de levantarse los cabellos. ¡Unas chiquillas de su edad! ¡Ah, como vuelvan a hablar otra vez de andar con los cabellos levantados!...

Las pequeñas ya no se atrevieron a hablar con sus padres de los cabellos, de los vestidos ni de los zapatos. Pero cuando estaban solas, de camino a la escuela o de regreso, o en los prados cuando cuidaban a las vacas, o en el bosque mientras recogían fresas, ponían piedras en los zuecos para tener el tacón más alto y se ponían el vestido al revés para hacerse la ilusión de que se cambiaban, se anudaban el cabello con una cinta y a cada instante se preguntaban:

—¿Tengo la cintura lo suficientemente delgada? ¿Doy pasos bastante pequeños? Y mi nariz, ¿no te parece que últimamente se ve un poco larga? ¿Y mi boca? ¿Piensas que el rosa me quedaría mejor que el azul?

Y en su cuarto nunca terminaban de mirarse en el espejo, sólo soñaban con ser bellas y tener bonitos vestidos. Pero había en la granja un conejo blanco al que ellas querían mucho y a veces se ruborizaban pensando que, cuando se lo comieran, se convertiría en una hermosa piel.

Una tarde, frente a la granja, sentadas a la sombra de un haya, Delphine y Marinette cosían el dobladillo de unos trapos de cocina. Junto a ellas, mirándolas trabajar, estaba una hermosa oca blanca. Era un animal tranquilo al que le gustaba la conversación y los placeres sensatos. Pedía que le explicaran para qué servían los

dobladillos y cómo se hacían.

–Me gustaría mucho saber coser –decía a las niñas–. Sobre todo dobladillar trapos de cocina.

–Gracias –respondía Marinette–, yo preferiría coser vestidos. ¡Ah, si tuviera telas...! Por ejemplo, tres metros de seda lila... me haría un vestido con escote redondo y con un fruncido de cada lado.

–En cambio yo –decía Delphine–, me imagino un vestido muy lindo y muy amplio con escote en V, con tres hileras de botones blancos hasta la cintura.

Mientras decían estas cosas, la oca sacudía la cabeza murmurando:

–Todo lo que ustedes quieran, pero yo preferiría dobladillar trapos de cocina.

En el patio había un cerdo muy gordo que se paseaba con pequeños pasos. Al salir de la casa para ir al campo, los padres se detuvieron ante él y le dijeron:

–Está engordando. De veras que se ha puesto cada vez más bonito.

–¿Les parece? –dijo el cerdo–. Me alegra oírlos decir que estoy bonito. Eso mismo pienso yo.

Un poco molestos, los padres se alejaron. Al pasar cerca de las pequeñas, las elogiaron por su aplicación. Inclinas sobre sus trapos de cocina, Delphine y Marinette trabajaban con la aguja sin decir palabra, como si nada les importara más que hacer dobladillos. Pero en cuanto los padres les dieron la espalda se pusieron a hablar otra vez de vestidos, sombreros, zapatos, barniz, ondulados y relojes de oro, y la aguja corría más lentamente por la tela. Jugaban a las señoras que van de visita y Marinette apretaba los labios, preguntando a Delphine:

–Querida, ¿dónde se mandó hacer ese hermoso traje?

La oca no entendía muy bien. Un poco aturdida por esos parloteos, empezaba a adormecerse cuando del fondo del patio llegó un gallo que no tenía nada qué hacer, el cual le dijo mirándola con

aire compasivo:

–No quisiera que te sintieras mal, pero tienes un cuello muy raro.

–¿Un cuello muy raro? –dijo la oca–. ¿Por qué un cuello muy raro?

–¡Qué pregunta! ¡Pues porque es muy largo! Mira el mío...

La oca miró por un momento al gallo y respondió bajando la cabeza:

–¡Pues sí, ya veo que tienes el cuello mucho más corto! Casi te puedo decir que está muy lejos de ser bonito.

–¡Demasiado corto! –exclamó el gallo–. ¡Ahora resulta que yo tengo el cuello demasiado corto! En todo caso es más bonito que el tuyo.

–No creo –dijo la oca–. Pero no vale la pena discutir. Tú tienes el cuello demasiado corto y punto.

Si las pequeñas no hubieran estado tan ocupadas hablando de vestidos y peinados, se habrían dado cuenta de que el gallo estaba muy ofendido y habrían tratado de arreglar las cosas. Él se puso a bromear y dijo con aire insolente:

–Tienes razón, no vale la pena discutir. Pero dejando de lado el cuello, yo soy mejor que tú. Tengo plumas azules, negras y hasta amarillas. Además tengo un hermoso penacho, mientras que tú terminas muy chistoso.

–Entre más te miro –respondió la oca–, más me doy cuenta de que no eres más que un montón de plumas esponjadas muy desagradables. Como esa cresta roja que tienes en la cabeza, no te imaginas qué asquerosa es para alguien con un poco de buen gusto.

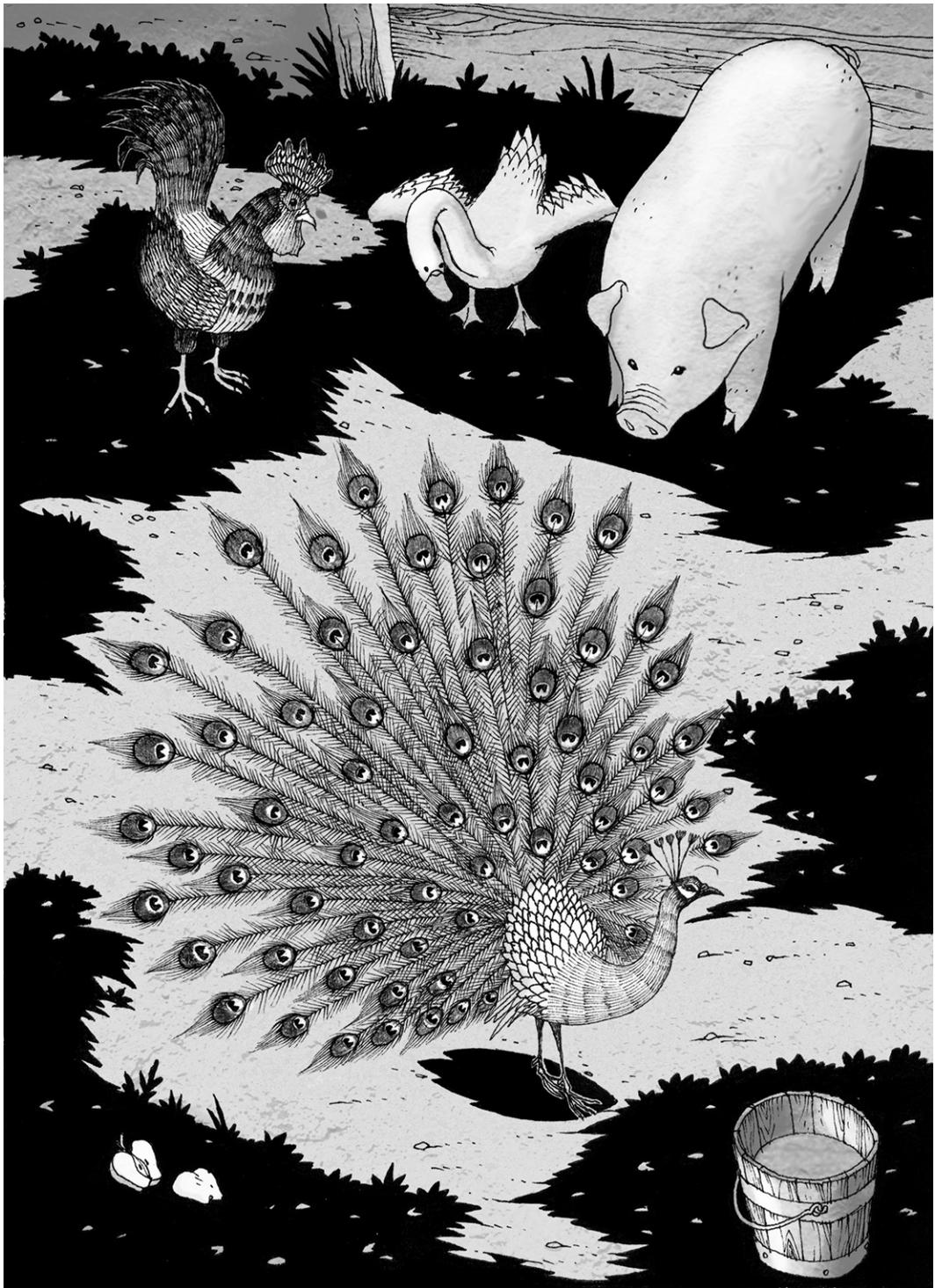
El gallo se puso furioso. Dio un salto contra la oca y dijo en voz alta:

–¡Vieja cretina! ¡Soy más hermoso que tú!, ¿lo oyes? ¡Más hermoso que tú!

–¡Eso no es cierto! ¡Bicho inmundo! ¡Yo soy la más bella!

Ante ese pleito, las pequeñas habían dejado su conversación sobre vestidos y se preparaban a intervenir, pero el cerdo, que había

escuchado los gritos, atravesó el patio al galope y deteniéndose cerca del gallo y de la oca les dijo, sin aliento:



–¿Qué les pasa? ¿Acaso los dos perdieron la cabeza? ¡Veamos, el más hermoso soy yo!

Las pequeñas, el gallo y hasta la oca estallaron en carcajadas.

–No entiendo de qué se ríen –dijo el cerdo–. Todos estamos de acuerdo sobre quién es el más hermoso.

–Es una broma –dijo la oca.

–Mi pobre cerdo –dijo el gallo–, si por lo menos pudieras ver qué feo eres.

El cerdo miró a la oca y al gallo con aspecto apenado y suspiró:

–Comprendo... sí, yo comprendo. Tienen envidia, los dos. Y sin embargo, ¿quién ha visto algo más hermoso que yo? Miren, los padres me lo volvieron a decir hace un momento. Vamos, sean sinceros. Digan que soy el más bello.

Durante la disputa apareció un pavo real en la esquina del seto y todos guardaron silencio. Su cuerpo era azul, sus alas doradas y su larga cola verde estaba espolvoreada de manchas azules orladas por un anillo color bronce. Llevaba un copete en la cabeza y caminaba con paso altivo. Rió con elegancia y volviéndose de lado para dejarse admirar, dijo dirigiéndose a las dos pequeñas:

–Desde la esquina del seto asistí a sus querellas y no les voy a negar que me divertí como loco. ¡Ah, sí, como loco...!

Aquí se interrumpió para reír discretamente y continuó:

–Es un asunto de gran importancia saber quién es el más hermoso de estos tres personajes. Miren: el cerdo no está mal con su piel rosa y estirada. Pero prefiero al gallo con esa especie de muñón que tiene en la cabeza y esas plumas que lo visten como erizo. Y qué gracia en el porte de nuestra buena oca, qué dignidad al levantar la cabeza... ¡Ah, déjenme reír otra vez!... Pero seamos serios. Díganme señoritas, ¿no es mejor, cuando uno está lejos de la perfección, evitar hablar demasiado de su belleza?

Las pequeñas se ruborizaron por el cerdo, por el gallo y por la oca, y un poco por ellas, también. Pero halagadas porque las había llamado “señoritas”, no se atrevieron a reprocharle al pavo real su

falta de cortesía.

–Por otro lado –agregó el visitante–, todo esto se perdona un poco cuando no se sabe lo que es la verdadera belleza...

El pavo real dio la vuelta sobre sí mismo posando, para que todos pudieran observarlo a gusto. El cerdo y el gallo, mudos de admiración, lo veían con los ojos bien abiertos. Pero la oca no parecía muy impresionada y dijo tranquilamente:

–Estamos de acuerdo, usted no está mal, pero ya hemos visto cosas parecidas. Yo conocí un pato que tenía también un plumaje tan hermoso como el suyo y no hacía tanta ostentación. Puede decirme que no tenía, como usted, una larga cola para barrer el polvo ni ese copete sobre la cabeza, pero le puedo asegurar que tampoco le hacían falta. Vivía muy bien sin eso. Además, no me diga que todos esos adornos son muy convenientes. ¿Me puede imaginar a mí con un copete sobre la cabeza y un metro de plumas detrás? Claro que no, claro que no. Eso no es serio.

Mientras ella hablaba, el pavo real disimulaba apenas un bostezo de aburrimiento y cuando terminó de hablar, no se tomó el trabajo de responder. El gallo había recobrado el aplomo y se atrevía a comparar su plumaje con el del pavo real. Se calló de repente y le faltó el aliento por un minuto. El pavo real acababa de desplegar las plumas de su cola que lo rodeaban como si fuera un largo abanico. La oca misma se sintió maravillada y no pudo retener un grito de admiración. Extasiado, el cerdo dio un paso adelante para ver las plumas más de cerca, pero el pavo real se apartó de un salto.

–Por favor, no se me acerque, yo soy un animal de lujo. No tengo la costumbre de rozarme con cualquiera.

–Le pido que me perdone –balbuceó el cerdo.

–Claro que no, soy yo quien se disculpa por decirle las cosas tan francamente. Mire, cuando se es tan hermoso como yo hay que tomarse ese trabajo. Es casi tan difícil ser bello como llegar a serlo.

–¿Cómo? –se sorprendió el cerdo–. ¿Acaso no siempre ha sido usted tan bello?

–¡Oh, no!, cuando vine al mundo no tenía más que un plumaje ralo y nada indicaba que un día fuera a ser de otro modo. No fue sino a poco a poco y con muchos cuidados que me transformé hasta llegar a ser como me ven ahora. No podía hacer nada sin que mi madre me reprimiera al punto: “No comas gusanos de tierra, eso impide que crezca el copete. No saltes de cojito, eso hará que la cola te crezca de lado. No comas mucho, no bebas durante las comidas. No camines en los charcos...”. Eran regaños sin fin. Y no tenía permiso para frecuentar a los pollos ni a las otras especies del castillo. Porque, como ustedes saben, vivo en aquel castillo que se percibe a lo lejos. ¡Oh, no crean que era tan divertido! Aparte de los paseos que realizaba con la señora para hacer compañía a su lebrél, siempre estaba solo. Y aún así, si tenía aspecto de divertirme o de pensar en algo agradable, mi madre me gritaba con desesperación: “pequeño infeliz, no ves que si te ríes así y te diviertes adquieres en tu copete y en tu aspecto un aire de vulgaridad?” Sí, eso era lo que ella me decía. ¡Oh, la vida no es muy divertida! Incluso ahora, no me lo van a creer pero sigo estando a dieta. Para no ponerme gordo y perder el brillo de mis colores, estoy obligado a racionarme lo más posible y hacer gimnasia o deporte... Por no hablar de las largas horas que paso arreglándome.

A petición del cerdo, el pavo real se puso a enumerar con detalle todo lo que hay que hacer para ser bello y después de haber hablado media hora apenas iba por la mitad. A cada momento llegaban otros animales que iban haciendo un círculo alrededor de él. Vinieron primero los bueyes, después las ovejas, luego las vacas, el gato, los pollos, el asno, el caballo, el pato, un ternero joven y hasta un pequeño ratón que se deslizó entre las patas de los caballos. Todo ese tumulto se empujaba para oír y entender mejor.

–No empujen –gritaban el ternero o el asno o el borrego o cualquier otro–. No empujen, silencio. No me pises... Los más grandes atrás... Vamos, no se amontonen... Silencio, les digo... voy a tener que darles una lección...

–¡Chss! –hacia el pavo real–, un poco de orden, por favor..., voy a continuar: por la mañana al despertar, comer una semilla de manzana roja y beber un sorbo de agua de manantial... ¿Me entendieron? Vamos, repitan.

–Comer una semilla de manzana roja y tomar un sorbo de agua de manantial –decían a coro todos los animales de la granja.

Delphine y Marinette no se atrevían a repetir con ellos, pero en la escuela nunca estuvieron tan atentas como lo estaban con las lecciones del pavo real.

A la mañana siguiente, los padres se quedaron muy sorprendidos. Su asombro empezó en la caballeriza, cuando se preparaban para llenar los bebederos y los comederos, como todos los días. El caballo y los bueyes les dijeron un poco impacientes:

–Dejen, dejen, no vale la pena, si quieren ser útiles, denos más bien una semilla de manzana roja y un sorbo de agua de manantial.

–¿Qué dicen? Una semilla de... de...

–De manzana roja, sí. No comeremos otra cosa hasta el mediodía y así será todos los días.

–Sí como no; lo que ustedes digan –dijeron los padres–. Claro que pueden contar con que les vamos a dar una semilla de manzana roja. ¡Es un alimento para llenar el estómago! ¡Una comida hecha para bestias de carga! Pero ya hablamos suficiente, ahí tienen el heno, la avena y los betabeles. Nos van a dar el gusto de comer y nada de remilgos.

Al dejar la caballeriza, los padres salieron al patio para darle su comida a las gallinas y a todas las aves.

Era una excelente comida, pero nadie la quiso probar siquiera.

–Lo que necesitábamos –le dijo el gallo a los padres–, era una semilla de manzana roja y un sorbo de agua de manantial. No queríamos nada más.

–¡Otra vez esa semilla! ¿Pero qué les pasa que quieren alimentarse con semillas? Vamos, gallo, explícanos.

–Díganme, padres –explicó el gallo–, ¿acaso no les gustaría

verme pavonearme en el patio con un copete en la cabeza y a mi alrededor un gran abanico de plumas de todos colores?

–No –dijeron los padres de mal humor–. Preferimos un gallo al vino. Eso es lo que nos gusta y para eso el plumaje no sirve.

El gallo se dio la vuelta y dijo en voz alta dirigiéndose a las otras aves:

–Ya ven cómo nos hablan cuando nos dirigimos a ellos amablemente.

Los padres se alejaron y de todos modos fueron a darle de comer al cerdo. Pero en cuanto llegó hasta él el olor de papas aplastadas, gritó desde la porqueriza:

–Llévense pronto esa comida. ¡Lo que necesito es una semilla de manzana roja y un sorbo de agua de manantial!

–¿Tú también? –dijeron los padres–. ¿Pero por qué?

–Pues porque quiero ser tan bello, fino y brillante, que a mi paso la gente se detenga y vuelva la mirada exclamando: “Ah, qué hermoso, me gustaría ser como ese maravilloso cerdo que va pasando!

–Por Dios, cerdo –dijeron los padres–, es natural que pienses en verte bien. ¿Pero por qué no haces lo necesario para seguir siéndolo? ¿Acaso no comprendes que para ser hermoso primero hay que ser gordo?

–Cuéntenle ese cuento a otro –dijo el cerdo–. Pero díganme de una vez. ¿Sí o no quieren darme una semilla de manzana roja y un sorbo de agua de manantial?

–¿Por qué no?, vamos a reflexionar y al rato...

–No es al rato, es de inmediato. Y eso no es todo. Deben llevarme a pasear todas las mañanas. Hacer que practique algún deporte y vigilar mi alimentación, mi sueño, mis amistades, mi manera de caminar... en fin, todo.

–Ya entendimos. Cuando hayas ganado otros diez kilos, empezaremos. Mientras tanto come tu alimento.

Después de haber llenado el bebedero del cerdo, los padres

fueron a la cocina y allí se encontraron con Delphine y Marinette listas para irse a la escuela.

—¿Ya se van? Vaya... pero no han desayunado.

Las pequeñas se ruborizaron y Delphine respondió con torpeza:

—No, no hambre... comer demasiado quizá ayer por la noche...

—El aire nos hará bien —agregó Marinette.

—¡Hum! —exclamaron los padres—. Muy curioso. Bueno, está bien...

Y cuando las pequeñas estaban ya muy lejos camino a la escuela, los padres vieron sobre la mesa de la cocina dos mitades de manzana roja a las que les habían quitado dos semillas.

Los animales de la caballeriza no pudieron apegarse por mucho tiempo al régimen recomendado por el pavo real. Una semilla de manzana en el estómago de un buey o de un caballo, equivale a nada. Renunciando a ser hermosos, todos regresaron a su alimentación habitual desde la mañana del segundo día. Hubo mayor constancia entre los animales del corral y por un tiempo hubiera podido creerse que estaban acostumbrados a ese nuevo modo de vida. Todas las aves eran tan coquetas que durante varios días parecía que habían olvidado el hueso en el estómago. Las gallinas, los pollos, el gallo, el pato, y hasta la oca misma, no hablaban más que del porte de su cabeza y del color de sus plumas, a tal punto que muchas de ellas, sobre todo las más jóvenes, se volvieron muy soñadoras, quejándose de no llevar la vida que convenía a personas de tan gran belleza. Al escucharlas divagar así la oca recuperó de pronto la cordura y declaró que esa comida de penitencia a la que se estaban restringiendo no tenía resultados muy claros salvo lavar el cerebro de algunas pécoras para que todo el corral perdiera la cabeza. En cuanto a la belleza que habían ganado, ella veía sobre todo ojos abatidos, plumas fatigadas, cuellos descarnados y buches aplanados. Hubo varias aves razonables que lo entendieron de inmediato, otras requirieron de más tiempo. El gallo siguió siendo un firme partidario del régimen semilla, y con él, un grupo de pollos que

admiraban mucho sus modales; ellos siguieron la dieta hasta que un día, al desmayarse en el patio de tanta hambre que tenía, el gallo escuchó la voz de los padres que hablaban así: “Debemos darnos prisa en desangrarlo a fin de que sirva todavía para comérselo”, le dio tanto miedo que se levantó de un brinco y salió corriendo para ir a comer granos y cebo, y comió tanto el pobre gallo, ese día y los siguientes, que varias veces sufrió de indigestión y los pollos también.

Pasaron quince días y el cerdo era el único que seguía ese régimen. En todo el día no comía más de lo necesario para alimentar un pollo recién nacido, lo que no le impedía dar largos paseos a pie y hacer gimnasia y deporte en todas las formas. En una semana había perdido quince kilos. Los otros animales lo animaban a que comiera algo más abundante, pero era como si no escuchara, no hacía más que preguntarles: ¿cómo me encuentran? A lo que todos los animales abatidos respondían:

–Muy flaco, mi pobre cerdo. Tu piel tiene tantos pliegues, arrugas y bolsas que da pena.

–Perfecto –decía el cerdo–, pero eso no es todo.

Guiñaba el ojo y preguntaba bajando la voz:

–¡A propósito! Háganme el favor de mirar por encima de mi cabeza... ¿Ya vieron?

–¿Qué cosa?

–Algo que crece... como un copete.

–Claro que no, no hay nada...

–Vaya, qué curioso –dijo el cerdo–. ¿Y mi cola, la ven?

–Sin duda te refieres a tu propia cola. ¡Entonces sí, se trata de una cola! Sigue teniendo forma de tirabuzón.

–Vaya, es curioso. Tal vez no he hecho suficiente ejercicio... o quizá he comido demasiado... Me voy a cuidar, pueden estar tranquilos.

Al verlo cada día más flaco, a Delphine y Marinette se les iban quitando las ganas de ser bellas. Al menos entendían que no debían

ayunar demasiado. El régimen del pavo real que querían seguir a escondidas de sus padres, ya no las tentaba en absoluto. Finalmente, los consejos de la oca tuvieron mucho que ver para que se desanimaran. Cuando escuchaba hablar a las pequeñas de su talla y de los gramos que esperaban perder, ella les repetía:

–Vean en qué triste estado se ha quedado nuestro pobre cerdo por no comer lo necesario. ¿Quieren tener la piel colgada como él y unos pobres hilachos en lugar de sus hermosas piernas? No, créanme, todo eso no es sensato. Y mírenme, yo que estoy muy bien formada y hermosamente emplumada, se los puedo decir: la belleza no es todo en la vida y más les vale que se adornen con trapos de cocina a que tengan plumas de colores por todo el cuerpo.

–Por supuesto –respondieron las pequeñas–, usted tiene razón.

Un día, el cerdo, después de un ejercicio de gimnasia, descansaba cerca del pozo y como le pidió al gato que ronroneara en el pretil si veía crecer su copete, éste tuvo piedad de él y fingiendo mirar de muy cerca, respondió:

–En efecto, me parece percibir algo. Por supuesto no es más que un principio, pero se diría que es una promesa de copete.

–¡Por fin! –exclamó el cerdo–. ¡Por fin está creciendo! ¡Ya se puede ver! Me siento muy feliz... ¿Y mi cola, gato, la ves también?

–¿Tu cola! ¡Dios mío!... Debo decir...

–¡Dime! ¡Dime!

Y el cerdo estaba tan trastornado que el gato reaccionó de inmediato:

–A decir verdad, no es más que una colita, pero es ya una pequeña escoba que empieza a crecer.

–Por supuesto, debe crecer todavía más –convino el cerdo.

–Sí, sí –aprobó el gato–. Pero sólo crecerá si comes mucho. Y para el copete es la misma cosa. El régimen del pavo real era excelente para preparar todo, pero ahora que el copete y la cola ya salieron, hay que alimentarlos.

–Es cierto –dijo el cerdo–. No lo había pensado.

Y de inmediato corrió a su porqueriza y comió todo lo que encontró y después fue a ver a los padres para que le dieran más.

Cuando quedó satisfecho, se puso a saltar por el patio gritando hasta desgañitarse:

–¡Tengo un copete!, ¡tengo una cola! ¡Tengo un copete!, ¡tengo una cola!

Los animales de la granja trataban de desengañarlo pero él los acusaba de envidiosos o de estar ciegos como topos. A la mañana siguiente tuvo una larga discusión con el gallo y éste, cansado de su necedad, abandonó la partida suspirando:

–Está loco... está completamente loco...

Los testigos, que eran numerosos, estallaron en una gran carcajada y el cerdo se sintió muy desconcertado. Durante más de una hora una camada de pollitos se aferró a sus pasos piando:

–¡Está loco...! ¡Loco...! ¡Está loco...!

Y las otras aves no dejaban de burlarse y de decir palabras groseras cuando pasaba ante ellas. Desde entonces el cerdo se abstuvo de hablar de su copete y de su cola con nadie. Cuando atravesaba el patio caminaba con la cabeza hacia atrás, tan orgulloso que uno se preguntaba si no se habría tragado un hueso que se le hubiera quedado atravesado en el buche, y si alguien llegaba a pasar detrás de él, incluso a una cierta distancia, daba un salto hacia delante, como si temiera que le pisaran la cola. La oca lo mostraba entonces a las dos pequeñas y les decía:

–Miren lo que pasa cuando uno se ocupa demasiado de su belleza. Se vuelve uno loco como el cerdo.

Al oírla hablar así, las pequeñas lamentaban la suerte de su prima Flora que debía haber perdido la cabeza hacía mucho cielo. Sin embargo, Marinette, que era menor que su hermana, no podía dejar de admirar al cerdo.

Una soleada mañana, el cerdo se fue a dar un largo paseo por el campo. Al regresar, el cielo estaba nublado y muchos rayos relampaguearon por arriba de él, de lo cual no se sorprendió,

creyendo sentir su copete balanceado por el viento sobre su cabeza. No obstante, le pareció que había crecido mucho y que ahora era más grande de lo que hubiera querido. Sin embargo la lluvia empezó a caer muy tupida y se refugió un momento bajo un árbol teniendo cuidado de bajar la cabeza para no dañar su copete.

Al calmarse el viento y amainar la lluvia, el cerdo reinició su marcha. Cuando la granja estuvo a la vista, sólo caían algunas gotas y el sol se asomaba ya entre las nubes. Delphine y Marinette salían de la cocina al mismo tiempo que sus padres y el animal dejaba el refugio donde había encontrado abrigo. En el momento en que el cerdo iba a entrar al patio, las pequeñas señalaron con el dedo en su dirección gritando:

–¡Un arco iris! ¡Ah, qué bonito!

El cerdo volvió la cabeza y a su vez lanzó un grito. Detrás de él vio desplegada su cola en un inmenso abanico.

–¡Miren! –dijo–, puedo hacer una rueda.

Delphine y Marinette intercambiaron una mirada triste, mientras las bestias del corral cuchicheaban cabizbajas entre ellas.

–Vamos, basta de circo –dijeron los padres–, regresa a tu porqueriza, ya es hora.

–¿Entrar? –dijo el cerdo–. No puedo. Mi cola es demasiado larga, no va a caber en el patio. Nunca podrá pasar entre esos dos árboles.

Los padres se impacientaron. Estaban dispuestos a tomar un atizador para pegarle, pero las pequeñas se acercaron al cerdo y le dijeron amistosamente:

–Sólo tienes que cerrar tus plumas. Tu cola pasará fácilmente.

–Vaya, es verdad –dijo el cerdo–. No había pensado en eso. Ustedes comprenderán, la falta de costumbre...

Hizo un esfuerzo que le hundió el espinazo. Detrás de él, el arco iris desapareció de golpe y se depositó sobre su piel en colores tan delicados que a su lado las plumas del pavo real hubieran parecido un dibujo al carbón. ♦

El lobo

◆ ESCONDIDO detrás del seto, el lobo vigilaba pacientemente los alrededores de la casa. Por fin tuvo la dicha de ver salir a los padres de la cocina. Cuando estaban en el umbral de la puerta, hicieron una última recomendación:

–Recuerden que no deben abrirle la puerta a nadie, aunque les rueguen, aunque las amenacen. Regresaremos en la noche.

Cuando vio a los padres muy lejos, en el último recodo del sendero, el lobo dio una vuelta a la casa cojeando, pero las puertas estaban bien cerradas. Por el lado de los cerdos y de las vacas no se podía esperar nada, porque esas especies no tienen suficiente espíritu como para poderlas persuadir de dejarse comer. Entonces el lobo se detuvo ante la cocina, colocó sus patas sobre la orilla de la ventana y miró al interior de la morada.

Delphine y Marinette jugaban a los huesitos ante el horno. Marinette, que era la más pequeña y también la más inquieta, le decía a su hermana Delphine:

–Es muy aburrido que sólo seamos dos. No se puede jugar a Doña Blanca.

–Es verdad, no se puede jugar ni a Doña Blanca ni a las palmadas.

–Ni a la sortija.

–Ni a la novia, ni a la bala fundida.

–Y no hay nada más divertido que Doña Blanca y las palmadas.

–¡Ay, si fuéramos tres...!

Como las pequeñas le daban la espalda, el lobo dio un golpe con la nariz sobre el cristal para indicar que estaba ahí. Dejando sus juegos se acercaron a la ventana tomadas de la mano.

–Buenos días –dijo el lobo–. No es que haga mucho calor aquí afuera. Cala, saben.

La más pequeña se echó a reír, porque el lobo le hacía gracia con sus orejas puntiagudas y su mechón de pelos erizados arriba de la cabeza. Pero Delphine no se dejó engañar y murmuró apretando la mano de su hermana:

–Es el lobo.

–¿El lobo? –dijo Marinette–. ¿Entonces debemos tener miedo?

–Claro que debemos tener miedo.

Temblorosas, las pequeñas se apretaron una contra la otra, pasándose el brazo por el cuello, mezclando sus cabellos y sus murmullos. El lobo tuvo que aceptar que no había visto nada tan bonito desde la época en que corría por el bosque y por los valles. Se sintió muy enternecido.

–¿Pero qué me pasa? –pensaba–, ahora me están flaqueando las patas.

A fuerza de reflexionar, comprendió que se había vuelto bueno de repente. Tan bueno y tan dulce que ya nunca podría comer niños.

El lobo inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo, como hacen los buenos y adoptó su voz más tierna:

–Tengo frío –dijo–, y me duele una pata. Pero lo que importa, sobre todo, es que soy bueno. Si ustedes quisieran abrirme la puerta, entraría a calentarme a un lado del horno y pasaríamos la tarde juntos.

Las nenas se miraron con un poco de sorpresa. Ellas nunca hubieran sospechado que el lobo pudiera tener una voz tan dulce. Ya más tranquila, la más pequeña hizo una señal de amistad, pero Delphine, que no perdía fácilmente la cabeza, reaccionó de inmediato:

–Váyase –dijo ella–, usted es el lobo.

–Como usted comprenderá –agregó Marinette con una sonrisa–, no es por correrlo, pero nuestros padres nos prohibieron abrir la puerta, aunque nos rueguen o nos amenacen.

Entonces el lobo lanzó un gran suspiro, sus orejas puntiagudas se agacharon a cada lado de su cabeza. Se veía que estaba triste.

–Ya saben, se cuentan muchas historias sobre el lobo, no hay que creer en todo lo que se oye. La verdad es que yo no soy malo.

Volvió a emitir un largo suspiro que hizo que los ojos de Marinette se llenaran de lágrimas.

Las pequeñas se sentían mal de saber que el lobo tenía frío y le dolía una pata. La más pequeña murmuró algo al oído de su hermana, guiñándole un ojo al lobo, para darle a entender que estaba de su parte. Delphine permaneció pensativa, porque ella no decidía nada a la ligera.

–Así tiene un aspecto muy dulce –dijo ella–, pero no confío en él. Acuérdate de “El lobo y el cordero”... El cordero no le había hecho nada.

Y como el lobo protestaba y alegaba sus buenas intenciones, ella le lanzó a la nariz:

–¿Y el cordero, entonces...? Sí, ¿el cordero que usted se comió?

–¿El cordero que me comí? ¿Cuál de ellos?

Decía eso tranquilamente, como algo natural y muy evidente, con un aire y un acento de inocencia que daba escalofríos.

–¿Cómo? ¡Se ha comido a varios! –exclamó Delphine–. ¡Vaya! ¡Qué bonito!

–Naturalmente que me comí a varios, pero no veo dónde está el mal... ¡Ustedes mismas se comen a muchos también!

No había manera de decir lo contrario, acababan de comerse una pierna de cordero en la comida del mediodía.

–Vamos –continuó el lobo–, ya ven que no soy malo. Ábrame la puerta, nos sentaremos alrededor del horno y les contaré historias. Llevo tanto tiempo vagando por los bosques y corriendo por las praderas, que imagínense si no voy a saber historias. Tan sólo con

contarles lo que le pasó el otro día a los tres conejos del lindero, las haré reír mucho.

Las niñas discutían en voz baja. La más pequeña opinaba que debían abrirle la puerta al lobo de inmediato. No podían dejarlo tiritar bajo el viento helado con una pata enferma. Pero Delphine seguía sintiendo desconfianza.

–En fin –decía Marinette–, no le vas a seguir reprochando todo el tiempo los corderos que se comió. ¡No se puede morir de hambre!

–Podía comer papas –replicó Delphine.

Marinette presionó tanto y rogó a favor del lobo con tantas lágrimas, que su hermana acabó por conmoverse. Delphine se dirigía ya hacia la puerta. Pero cambió de opinión, se empezó a reír y le dijo a Marinette consternada:

–¡No, sería muy tonto!

Delphine miró al lobo de frente.

–Vaya, lobo, había olvidado a la Caperucita Roja. Hablemos un poco de la Caperucita Roja, ¿quiere?

El lobo bajó la cabeza con humildad. Él no se esperaba eso. Se le escuchó resoplar atrás del vidrio.

–Es cierto –confesó–, me comí a la Caperucita Roja. Pero les aseguro que he tenido muchos remordimientos. Si pudiera volver atrás...

–Sí, sí, siempre dicen lo mismo.

El lobo se golpeó el pecho en el lugar del corazón. Tenía una hermosa voz grave.

–Les doy mi palabra: si volviera a nacer, preferiría morir de hambre.

–De cualquier forma –suspiró la más pequeña– usted se comió a la Caperucita Roja.

–No lo niego –consintió el lobo–, Me la comí, de acuerdo. Pero fue un pecado de juventud, fue hace mucho tiempo ¿verdad? Para todo pecado, misericordia. ¡Además, si ustedes supieran los problemas que tuve por causa de esa pequeña! Miren, hasta dijeron

que había empezado por comerme a la abuela, pues bien, eso no es cierto en lo más mínimo...

Aquí el lobo se empezó a burlar, a su pesar y probablemente sin darse muy bien cuenta que se estaba burlando.

—¡Les pido que piensen un poco!, ¡comerme a la abuela, cuando tenía a una niña pequeña bien fresca que me esperaba para el almuerzo! No soy tan tonto...

Al acordarse de esa comida con carne fresca, el lobo no pudo impedir relamerse varias veces, descubriendo sus largos dientes puntiagudos que no ayudaron a tranquilizar a las dos pequeñas.

—¡Lobo! —exclamó Delphine—, ¡es usted un mentiroso! ¡Si tuviera todos los remordimientos que dice no se lamería con tanto gusto el hocico!

El lobo se sentía muy apenado por haberse relamido al recordar a la chiquilla regordeta y que se deshacía entre los dientes. Pero se sentía tan bueno y tan leal, que no quiso dudar de sí mismo.

—Perdónenme —dijo—, es una mala costumbre que me viene de familia, pero eso no quiere decir nada...

—Lo siento por usted, si es tan maleducado —declaró Delphine.

—No digas eso —suspiró el lobo—, estoy tan arrepentido.

—¿Es también una costumbre de familia comerse a las niñas chiquitas? Usted comprende que, cuando promete no volver a comer niños, es más o menos como si Marinette prometiera no volver a comer postre.

Marinette se ruborizó y el lobo trató de protestar:

—Pero yo les juro...

—No hablemos más y siga su camino. Se calentará al correr.

Entonces el lobo se enfureció porque no querían creer que era bueno.

—¡Es terrible! —gritaba—, ¡nunca quieren oír la voz de la verdad! Provocan que nadie quiera ser honesto. Ustedes no tienen derecho a desanimar las buenas voluntades. Y pueden decir que si me vuelvo a comer a otro niño es por su culpa.

Al escucharlo, las pequeñas pensaban con mucha inquietud en el peso de su responsabilidad y en los remordimientos que sentirían. Pero las orejas del lobo bailaban tan puntiagudas, sus ojos brillaban con un relámpago tan duro, al igual que los colmillos al descubierto, que se habían quedado inmóviles de pavor.

El lobo comprendió que no ganaría nada con esas palabras de intimidación. Pidió perdón por su comportamiento y probó el ruego. Mientras hablaba, su mirada se llenaba de ternura, sus orejas se agachaban; y su nariz se apoyaba en la ventana haciéndole un hocico aplanado, dulce como un morro de vaca.

–Ya ves que no es malo –decía la más pequeña.

–Quizá –respondió Delphine– , quizá.

Como la voz del lobo se volvía suplicante, Marinette ya no aguantó más y se dirigió hacia la puerta. Delphine, asustada, la retuvo por un bucle. Hubo bofetadas dadas y bofetadas devueltas. El lobo se agitaba con desesperación detrás de la ventana, diciendo que prefería irse antes que ser la causa de una querrela entre las niñas más bonitas que hubiera visto jamás. Y en efecto, abandonó la ventana y se alejó, sacudido por fuertes sollozos.

–Qué desgracia –pensaba–, yo que soy tan bueno y tan tierno... y ellas no quieren mi amistad. Me hubiera vuelto más bueno todavía, ni siquiera comería más corderos.

Entretanto, Delphine miraba al lobo que se alejaba cojeando sobre sus tres patas, sobrecogido por el frío y la tristeza. Llena de remordimientos y de piedad, gritó por la ventana:

–¡Lobo! Ya no tenemos miedo... ¡Ven pronto a calentarte!

Pero la más pequeña ya había abierto la puerta y corría al encuentro del lobo.

–¡Dios mío! –suspiraba el lobo–, qué agradable es estar sentado junto al fuego, no hay nada mejor que la vida en familia, siempre lo he dicho.

Con los ojos húmedos de ternura, miraba a las pequeñas que se mantenían tímidamente al margen. Después de que se lamió su pata adolorida y expuso su vientre y su espalda al calor del fuego, empezó a contar historias. Las pequeñas se habían acercado para escuchar las aventuras del zorro, de la ardilla, del topo o de los tres conejos del lindero. Había unas tan graciosas que el lobo tuvo que repetir las dos o tres veces.

Marinette ya había tomado a su amigo por el cuello, divirtiéndose en tirar de sus orejas puntiagudas, lo acariciaba para alisarle y encresparle el pelo. Delphine tardó más en familiarizarse y la primera vez que metió, a manera de juego, la mano en la boca del lobo, no pudo evitar observar:

—¡Ah, qué dientes tan grandes tiene...!

El lobo se sintió tan incómodo que Marinette le ocultó la cabeza entre sus brazos.

Por delicadeza, el lobo no quiso mencionar la terrible hambre que sentía en el estómago.

“Qué bueno puedo ser —pensaba con delectación—, no es posible”.

Después de que contó muchas historias, las pequeñas le propusieron que jugara con ellas.

—¿Jugar? —dijo el lobo—, pero si yo no conozco ningún juego.

En un momento aprendió a jugar a las manitas calientes, a Doña Blanca y a las palmadas. Cantaba con una hermosa voz de bajo algunas coplas como *Compadre Guilleri* o *La torre, ten cuidado*. En la cocina había un desorden total, empujones, gritos, risotadas y sillas tiradas. No existía la menor incomodidad entre los tres amigos que se tuteaban como si se hubieran conocido de siempre.

—Lobo, ¡tú las traes!

—No, ¡eres tú! Tú te moviste, ella se movió...

—Una prenda para el lobo.

El lobo no se había reído tanto en su vida, reía a mandíbula batiente.

—Nunca hubiera pensado que era tan divertido jugar —decía—.

¡Qué lástima que no podamos jugar así todos los días!

–Pero, Lobo –respondieron las pequeñas–, vas a regresar. Nuestros padres se van todos los jueves por la tarde. Tú puedes espiar su partida y venir a tocar en la ventana como hace rato.

Para terminar, jugaron al caballo. Era un hermoso juego: el lobo hacía de caballo y la más pequeña se montaba a horcajadas sobre su lomo, mientras que Delphine lo sostenía por la cola y lo jalaba a través de las sillas. Con la lengua de fuera, el hocico hendido hasta las orejas, sin aliento por la carrera y por la risa que le hacía saltar las costillas, el lobo de vez en cuando pedía permiso para respirar.

–¡Chiquilla! –Decía con voz entrecortada–. Deja de hacerme reír... ya no puedo más... ¡Ah, no, deja de hacerme reír!

Entonces Marinette bajaba del caballo y Delphine soltaba la cola del lobo que, sentado en el piso, no paraba de reír hasta que se ahogaba.

La alegría llegó a su fin por la noche, cuando tuvieron que considerar la partida del lobo. Las pequeñas tenían ganas de llorar y la más pequeña suplicaba:

–Lobo, quédate con nosotros, vamos a seguir jugando. Nuestros padres no dirán nada, ya verás...

–Ah, no –decía el lobo–. Los padres son gente muy estricta. Ellos nunca entenderían que el lobo se hubiera vuelto bueno. A los padres, los conozco.

–Sí –aprobó Delphine–, no hay tiempo que perder. Me da miedo que pase algo.

Los tres amigos quedaron de verse al siguiente jueves. Hubo nuevamente grandes promesas y grandes muestras de cariño. Finalmente, después de que la pequeña le anudó un listón azul alrededor del cuello, el lobo llegó al campo y se internó en el bosque.

Su pata adolorida lo hacía sufrir todavía, pero pensando en el próximo jueves junto a las dos pequeñas, silbaba sin preocuparse por la indignación de los cuervos que dormitaban en las ramas más

altas:



Compadre Guilleri

Laralá-laralí....

Al regresar a la casa los padres husmearon el umbral de la puerta de la cocina.

–Huele a lobo –dijeron.

Y las pequeñas se vieron obligadas a mentir y a poner cara de sorpresa, lo que necesariamente pasa cuando uno recibe al lobo a escondidas de sus padres.

–¿Cómo puede oler a lobo? –protestó Delphine–. Si el lobo hubiera entrado a la cocina nos hubiera comido a las dos.

–Es cierto –aceptó el padre–, no lo había pensado, el lobo se las hubiera comido.

Pero la más pequeña, que no podía decir dos mentiras seguidas, se indignó de que se atrevieran a hablar del lobo con tanta saña.

–No es cierto –dijo golpeando el piso con el pie–, el lobo no come niños y tampoco es cierto que sea malo, la prueba...

Afortunadamente Delphine le dio una patada, porque si no hubiera dicho todo.

Ante eso, los padres se enfrascaron en un largo discurso donde trataban de explicar sobre todo la voracidad del lobo. La madre quiso aprovechar para contar una vez más la aventura de la Caperucita Roja, pero al escuchar las primeras palabras, Marinette la detuvo.

–Mamá, las cosas no pasaron como tú crees. El lobo nunca se comió a la abuelita. ¿Tú crees que se iba a llenar el estómago justo antes de comerse a una niñita bien fresca?

–Y además –agregó Delphine–, no se puede odiar eternamente al lobo...

–Es una vieja historia...

–Un pecado de juventud...

–Y para todo pecado, misericordia.

–El lobo ya no es el mismo de antes.

–No tenemos derecho a desalentar a las buenas voluntades.

Los padres no creían lo que escuchaban.

El padre cortó en seco ese alegato escandaloso llamando a sus hijas cabezas huecas. Luego se dedicó a demostrar con ejemplos muy bien escogidos que el lobo seguiría siendo lobo y que no había que esperar que mejorara y que si alguna vez fingía ser un animal bonachón, sería todavía más peligroso.

Mientras hablaba, las pequeñas pensaban en los lindos juegos del caballo y las palmada que habían jugado aquella tarde y en la enorme alegría del lobo que reía con el hocico abierto hasta quedarse sin aliento.

–Se nota que nunca han tenido nada que ver con el lobo.

Entonces, como la más pequeña le dio un codazo a su hermana, las nenas estallaron en carcajadas en las barbas de su padre. Para castigarlas por esta insolencia, las mandaron a dormir sin cenar, pero ellas seguían riéndose de la ingenuidad de su padres aún después de que las habían arrojado en la cama.

Los siguientes días, para distraer la impaciencia de volver a ver a su amigo y con una intención irónica que no dejaba de molestar a su madre, las niñas jugaban al lobo. La más pequeña cantaba con dos notas las palabras del juego:

–Jugaremos en el bosque, mientras que el lobo no está, porque si el lobo aparece, enteras nos comerá. ¿Lobo estás ahí?

Y Delphine, que estaba escondida bajo la mesa de la cocina, respondía:

–Me estoy poniendo la camisa.

Marinette hacía la pregunta tantas veces como necesitaba el lobo para ponerse cada una de las ropas de su vestuario, desde los calcetines hasta el gran sable. Entonces se arrojaba sobre ella y la devoraba.

Todo el placer del juego radicaba en lo imprevisto, porque el

lobo no siempre esperaba a terminar de vestirse para salir del bosque. A veces saltaba sobre su víctima cuando estaba en mangas de camisa, o no teniendo por vestido más que un sombrero en la cabeza.

Los padres no apreciaban el placer del juego. Hartos de escuchar esta cantinela, la prohibieron al tercer día, poniendo como pretexto que les lastimaba los oídos. Por supuesto las niñas no quisieron jugar otro juego y la casa permaneció silenciosa hasta el día de la cita.

El lobo se había pasado toda la mañana lavándose el hocico, lustrando su pelo y esponjando la piel de su cuello. Se veía tan bonito que los habitantes del bosque pasaron a su lado sin reconocerlo.

Cuando llegó al valle, dos cornejas que bostezaban al sol del mediodía, como hacen todas después de la comida, le preguntaron por qué estaba tan guapo.

–Voy a ver a mis amigas –dijo el lobo con orgullo–. Me citaron temprano en la tarde.

–Deben ser muy bonitas como para que te hayas arreglado tanto.

–¡Ya lo creo! No encontrarán en todo el valle otras niñas más bonitas.

Las cornejas suspiraban de admiración, pero una vieja urraca charlatana, que había escuchado la conversación, no pudo evitar burlarse.

–Lobo, no conozco a tus amigas, pero estoy segura de que supiste elegir las bien rechonchitas y bien tiernas... o estoy muy equivocada.

–¡Cállate, parlanchina! –exclamó el lobo encolerizado–. Es así como uno adquiere mala fama, por culpa de los comadreos de un pajarraco. ¡Afortunadamente, yo tengo la conciencia tranquila!

Al llegar a la casa, el lobo no tuvo necesidad de tocar en la ventana: las dos pequeñas lo esperaban en el umbral de la puerta. Se abrazaron largamente e incluso con más ternura que la última vez, porque una semana de ausencia los había impacientado.

–¡Ah, Lobo –decía la más pequeña–, la casa estuvo triste esta semana! Hablamos de ti todo el tiempo.

–Y sabes, Lobo, tenías razón: nuestros padres no quieren creer que tú puedas ser bueno.

–Eso no me sorprende. Si les contara que hace un rato una vieja urraca...

–Y sin embargo, Lobo, te defendimos, a pesar de que nuestros padres nos mandaron a la cama sin cenar.

–Y el domingo no nos dejaron jugar al lobo.

Los tres amigos tenían tantas cosas que contarse, que antes de pensar en juegos se sentaron junto al fuego. El lobo ya no sabía a quién hacerle caso. Las pequeñas querían saber todo lo que había hecho en la semana, si no había tenido frío, si su patita estaba curada, si se había encontrado al zorro, a la pava o al jabalí.

–Lobo –decía Marinette–, cuando llegue la primavera, nos llevarás al bosque, lejos, allí donde hay toda clase de animales. Contigo no tendremos miedo.

–En la primavera, mis niñas bonitas, no tendrán nada que temer en los bosques. De aquí a entonces habré hablado tanto con mis compañeros del bosque que hasta los más gruñones se habrán vuelto dulces como niñas. Miren, nada más ayer, me encontré con el zorro que se había comido todo un gallinero. Le dije que eso no podía continuar así, que había que cambiar de vida. ¡Ah, le lancé un sermón impresionante! Y él, que es el malo por costumbre, ¿saben lo que me respondió? “Lobo, sólo quiero seguir tu ejemplo. Hablaremos un poco más tarde y cuando haya tenido tiempo de apreciar todas tus buenas obras, no tardaré en corregirme”, así me respondió el zorro, que ya saben cómo es.

–Eres tan bueno –murmuró Delphine.

–¡Oh, sí, soy muy bueno, para qué negarlo! Y sin embargo, ya ven cómo son las cosas, sus padres no lo creerían jamás. Pensándolo bien, es triste.

Para disipar la melancolía de esta reflexión, Marinette propuso

jugar al caballo. El lobo se entregó al juego con más entusiasmo todavía que el jueves anterior. Al terminar de jugar, Delphine preguntó:

–Lobo, ¿si jugamos al lobo?

Como el juego era nuevo para él, le explicaron las reglas y naturalmente fue designado para ser el lobo. Mientras estaba escondido bajo la mesa, las pequeñas pasaban y volvían a pasar ante él cantando el estribillo:

–Jugaremos en el bosque, mientras que el lobo no está, porque si el lobo aparece, enteras nos comerá. ¿Lobo, estás ahí?

El lobo respondía abrazándose las costillas, con la voz estrangulada por la risa:

–Me estoy poniendo el calzón.

Siempre riendo, decía que se ponía el pantalón, luego sus tirantes, luego el cuello postizo, su chaleco. Cuando llegó a donde se ponía las botas, empezó a ponerse serio.

–Me estoy abrochando el cinturón –dijo el lobo y estalló en una risa breve. Se sentía a disgusto, la angustia le apretaba el cuello, sus uñas rasguñaron la ventana de la cocina.

Ante sus ojos brillantes, pasaban y volvían a pasar las piernas de las dos pequeñas. Un estremecimiento le recorrió el espinazo, su hocico se frunció.

–...¿Lobo, estás ahí?

–¡Subo al caballo y salgo del bosque!

Entonces, el lobo, lanzando un gran aullido, dio un salto fuera de su escondite, con el hocico babeante y las garras de fuera. Las pequeñas no tuvieron tiempo de asustarse, cuando ya las había devorado.

Afortunadamente el lobo no sabía abrir las puertas y permaneció prisionero en la cocina. Al regresar, los padres sólo tuvieron que abrirle el vientre para liberar a sus pequeñas. Pero en el fondo, no era un juego.

Delphine y Marinette le guardaban rencor por habérselas comido

sin mayores miramientos, pero habían jugado tanto con él que le rogaron a sus padres que lo dejaran ir. Le volvieron a coser el vientre fuertemente con dos metros de cordón frotado con un pedazo de cebo y una gruesa aguja para colchón. Las pequeñas lloraban porque le dolía, pero el lobo decía, reteniendo las lágrimas:

–Me lo merezco, vamos, son demasiado buenas para compadecerse de mí todavía. Les juro que en el futuro no volveré a ser tan goloso. Y cuando vea niños, lo primero que haré es salir corriendo.

Se cree que el lobo cumplió su palabra. En todo caso, no se volvió a escuchar que se comiera a alguna niña después de su aventura con Delphine y Marinette. ♦

El ciervo y el perro

◆ DELPHINE acariciaba al gato de la casa y Marinette le cantaba una cancioncita a un pollito amarillo que sostenía sobre las rodillas.

–Miren –dijo el pollito mirando el camino–, es un buey.

Al levantar la cabeza Marinette vio a un ciervo que galopaba a través de los prados en dirección de la granja. Era un animal enorme con una cornamenta muy intrincada. Dio un brinco por encima del foso que bordeaba el camino y, llegando al patio, se detuvo ante las dos pequeñas. Sus flancos palpitaban, sus patas temblaban y estaba tan agitado que al principio no podía ni hablar. Miró a Delphine y a Marinette con ojos dulces y húmedos. Finalmente, flexionó las rodillas y les dijo con voz suplicante:

–Escóndanme. Los perros me siguen el rastro. Me quieren comer. Defiéndanme.

Las pequeñas lo tomaron por el cuello, y lo abrazaron, pero el gato se puso a golpearles las piernas con su cola y a gruñir.

–¡Este sí que es un momento para abrazarse! ¡Esto lo va a ayudar mucho cuando los perros estén encima de él! Ya escucho los ladridos en el lindero del bosque. Vamos, ábranle la puerta de la casa y llévenlo a su cuarto.

Mientras hablaba, no dejaba de mover la cola y de pegarle en las piernas con todas sus fuerzas. Las pequeñas comprendieron que habían perdido mucho tiempo. Delphine corrió a abrir la puerta de la casa y Marinette, precedida por el ciervo, corrió hasta la recámara que compartía con su hermana.

–Mira –dijo ella–, descansa y no temas nada. ¿Quieres que ponga una manta en el suelo?

–¡Oh, no! –dijo el ciervo–. No vale la pena. Eres muy buena.

–¡Debes tener mucha sed! Te voy a traer agua en una cubeta. Está muy fresca, la acabamos de sacar del pozo. Pero me llama. el gato. Te dejo. Hasta pronto.

–Gracias –dijo el ciervo–. Nunca lo olvidaré.

Cuando Marinette llegó al patio, luego de cerrar bien la puerta de la casa, el gato les dijo a las dos pequeñas:

–No hay que demostrar nada. Siéntense como estaban hace un rato, ocúpense del pollito y acarícienme.

Marinette volvió a tomar al pollito en sus rodillas, pero no se podía quedar quieto y saltaba piando:

–¿Qué está pasando? No entiendo nada. Quisiera saber por qué metieron a un buey a la casa.

–No es un buey, es un ciervo.

–¿Un ciervo? ¡Ah! ¿Es un ciervo?... Vaya, vaya, un ciervo...



Marinette le cantó *Bajo el puente de Nantes* y, mientras lo arrullaba, el pollito se durmió en su delantal. El gato ronroneaba con las caricias de Delphine y esponjaba el lomo. Por el mismo camino que había tomado el ciervo, las pequeñas vieron llegar a un perro de caza, cuyas largas orejas colgaban. Corriendo sin parar, atravesó el camino y sólo detuvo el paso en medio del patio a fin de husmear en el suelo. Llegó así ante las dos pequeñas y les preguntó bruscamente.

—¿El ciervo pasó por aquí? ¿Por dónde se fue?

—¿El ciervo? —dijeron las pequeñas—. ¿Qué ciervo?

El perro miró a una y a otra, y al verlas enrojecer se puso a husmear por el suelo. Sin dudar en absoluto se fue directo a la puerta. Al pasar empujó a Marinette sin siquiera darse cuenta. El pollito, que seguía durmiendo, se balanceó en su delantal. Abrió un ojo, batió sus alitas y sin haber comprendido lo que acababa de pasar, se volvió a dormir. Sin embargo, el perro paseaba su nariz por el umbral de la puerta.

—Huelo aquí olor a ciervo —dijo volviéndose hacia las pequeñas.

Ellas fingieron no escuchar. Entonces él se puso a gritar:

—¡Digo que huelo aquí un olor a ciervo!

Fingiendo que se había despertado con un sobresalto, el gato se levantó sobre sus patas, miró al perro con aire sorprendido y le dijo:

—¿Qué está usted haciendo aquí? ¿Qué maneras son ésas? ¿Por qué viene a husmear a la puerta de la gente? ¡Hágame el favor de irse de aquí!

Las pequeñas se habían levantado y se acercaban al perro con precaución. Marinette había tomado al pollito con las dos manos, pero con el ajetreo acabó por despertarse. Estiraba el pescuezo de un lado a otro, tratando de ver por encima de las dos manos y sin comprender muy bien dónde estaba. El perro miró severamente a las pequeñas y les dijo señalando al gato:

—¿Escucharon cómo me habló? Debería darle una paliza, pero sólo por ustedes no haré nada. A cambio, me van a decir toda la

verdad. Confiesen. Hace un rato vieron llegar a un ciervo al patio, tuvieron piedad de él y lo hicieron entrar a la casa.

–Le aseguro –dijo Marinette–, que no hay ningún ciervo en la casa.

Apenas había terminado de hablar cuando el pollito, alzándose sobre sus patas e inclinándose por encima de su mano como si fuera un balcón, se desgañitó gritando:

–¡Claro que sí! ¡Claro que sí! ¡La pequeña no se acuerda, pero yo me acuerdo muy bien! ¡Ella hizo entrar a un ciervo a la casa, sí, sí un ciervo! Un animal enorme con varios cuernos. ¡Ah, verdad! ¡Afortunadamente yo sí tengo buena memoria!

Y se pavoneaba esponjando sus pequeñas plumas. El gato hubiera querido comérselo.

–Estaba seguro –le dijo el perro a las dos pequeñas–. Mi olfato no me engaña nunca. Cuando les decía que el ciervo se encontraba en la casa, era como si lo viera. Vamos, sean sensatas y háganlo salir. Piensen que ese animal no les pertenece. Si mi amo supiera lo que pasó, seguramente vendría a hablar con sus padres. No sean necias.

Las pequeñas no se movían. Empezaron a sollozar, luego los ojos se les llenaron de lágrimas y empezaron a llorar. Entonces el perro se sintió muy inquieto. Las miraba llorar y bajando la cabeza se miraba las patas con aire pensativo. Finalmente, tocó el tobillo de Delphine con su nariz y dijo suspirando:

–No soporto ver llorar a las niñas. No quiero ser malo. Después de todo, el ciervo no me ha hecho nada. Por otro lado, por supuesto, la caza es la caza y yo debería cumplir con mi oficio. Pero, por una vez... Miren, voy a hacer de cuenta que no me enteré.

Delphine y Marinette, sonrientes ya, se preparaban para darle las gracias, pero el perro con las orejas tensas, escuchó los ladridos que parecían venir del lindero del bosque y dijo, bajando la cabeza:

–No se alegren, me temo que sus lágrimas fueron inútiles y que van a verter otras dentro de un momento. Escucho ladrar a mis compañeros de la jauría. Ellos habrán encontrado con seguridad el

rastro del ciervo y no tardarán en aparecer. ¿Qué les van a decir? No crean que los van a enternecer. Prefiero prevenirlas, ellos sólo van a cumplir con su deber. Mientras no suelten al ciervo, no abandonarán la casa.

—¡Pues entonces hay que soltar al ciervo! —exclamaba el pollito inclinándose en su balcón.

—¡Cállate! —le dijo Marinette, cuyas lágrimas volvían a correr.

Mientras las pequeñas lloraban, el gato movía su cola para pensar mejor. Ellas lo miraban con ansiedad.

—Vamos, no lloren —ordenó—, vamos a recibir a la jauría. Delphine, ve al pozo a sacar un cubo de agua fresca y ponlo a la entrada de la casa. Tú, Marinette, vete al jardín con el perro. Yo los alcanzo. Pero antes que nada, deshazte del pollito. Ponlo en este canasto, toma.

Marinette colocó al pollito en el suelo y le puso el canasto encima, de manera que quedara encerrado y sin oportunidad de protestar. Delphine sacó un cubo de agua y lo llevó hasta la entrada del patio. Mientras sus compañeros estaban en el jardín, vio aparecer la jauría anunciada por los ladridos y pronto pudo contar los perros que la componían: eran ocho de un mismo tamaño y de un mismo color, con largas orejas colgantes. Delphine temía estar sola al momento de recibirlos. Finalmente el gato salió del jardín, precedido por Marinette que llevaba un enorme ramo de rosas, de jazmines, de lilas y de claveles. Justo a tiempo, porque los perros llegaban por el camino. El gato avanzó a su encuentro y les dijo amablemente:

—¿Vienen por el ciervo? Pasó por aquí hace un cuarto de hora.

—¿Quieres decir que ya se fue? —preguntó un perro con aire desconfiado.

—Sí, entró al patio y salió inmediatamente. Había un perro que le seguía el rastro, un perro parecido a ustedes que se llama Palurdo.

—¡Ah, sí, Palurdo!... en efecto.

—Les voy a indicar la dirección exacta que tomó el ciervo.

–No es necesario –gruñó un perro–, sabremos encontrar su rastro.

Marinette se acercó mucho a la jauría y preguntó:

–¿Quién de ustedes se llama Destructor? Palurdo me dio un recado para él. Me lo dijo muy claro: “Lo reconocerás fácilmente, es el más hermoso de todos...”.

Destructor hizo una reverencia y agitó su cola.

–La verdad –prosiguió Marinette–, dudaba en reconocerlo. ¡Sus compañeros son tan bellos! Verdaderamente nunca había visto unos perros tan lindos...

–Sí, son preciosos –subrayó Delphine–. Nunca nos cansaríamos de admirarlos.

La jauría dejó escuchar un murmullo de satisfacción y todas las colas empezaron a agitarse.

–Palurdo me pidió que le diera algo de beber. Parece que esta mañana estaba un poco febril y pensó que después de una larga carrera tendría necesidad de refrescarse. Tome, aquí tiene un cubo de agua que acaba de salir del pozo... Si sus compañeros quieren aprovechar también...

–No nos podemos negar –dijeron los perros.

La jauría se precipitó en desorden alrededor del cubo. No obstante las pequeñas no dejaban de alabarles su belleza y su elegancia.

–Son tan bellos –dijo Marinette–, que quiero regalarles mis flores. Nunca hubo perros que las merecieran más.

Mientras los perros bebían, las niñas se habían repartido los ramilletes y se apresuraban a hacer collares con ellos. En un instante cada uno fue provisto de un collar bien cargado, la rosa alternaba con el clavel, el lirio con el jazmín. Estaban felices de admirarse unos a otros.

–Destructor, toma otro jazmín... ¡el jazmín te queda tan bien! pero díganme una cosa, ¿todavía tienen sed?

–No gracias, eres muy amable, pero debemos atrapar al ciervo...

Sin embargo los perros no se apuraban a partir. Daban vueltas en redondo con un aire inquieto, sin poder decidirse en una dirección. Destructor había paseado su nariz por el suelo, pero no encontraba el rastro del ciervo. El perfume del jazmín, del clavel, de la rosa y del lirio que le llegaba a las narices, le ocultaba al mismo tiempo el olor del animal. De igual modo sus compañeros, incómodos con sus collares de flores y perfumes, husmeaban en vano. Destructor acabó por dirigirse al gato:

–¿Quieres indicarnos qué dirección tomó el ciervo?

–Con gusto –respondió el gato–. Se fue por aquel lado y entró al bosque por el campo.

Destructor les dijo adiós a las pequeñas y la jauría florida se alejó corriendo. Cuando desapareció por el bosque, Palurdo salió del jardín donde había permanecido escondido y pidió que hicieran venir al ciervo.

–Puesto que he hecho tanto para unirme al complot –dijo–, voy a darle un consejo.

Marinette hizo salir de la casa al ciervo que, tembloroso, escuchó los peligros a los que acababa de escapar.

–Ya estás a salvo por hoy –le dijo el perro, después de que el ciervo les dio las gracias–, ¿pero mañana? No quiero asustarte, pero piensa en los perros, en los cazadores, en los fusiles. ¿Crees que mi amo te perdonará el haberte escapado? Un día u otro lanzará a la jauría a perseguirte. Yo mismo tendré que atacarte y me sentiré muy desdichado. Si fueras prudente renunciarías a correr por el bosque.

–¡Dejar el bosque! –exclamó el ciervo– Me aburriría demasiado. ¿Y además, a dónde podría ir? No puedo permanecer en el valle a la vista de todos.

–¿Por qué no? Reflexiona. Por el momento estás más seguro aquí que en el bosque. Si me preguntas, debes permanecer aquí hasta que caiga la noche. Estoy viendo allá en la orilla del río unos matorrales que te servirán de escondite. Y ahora, adiós y ojalá que nunca nos encontremos en el bosque. Adiós pequeñas, adiós gato y

cuiden bien a nuestro amigo.

Poco después de la partida del perro, el ciervo se despedía a su vez y se iba hacia los matorrales del río. Varias veces se volvió para hacer una señal a las pequeñas que ahogaban sus sollozos en sus pañuelos. Cuando estuvo a salvo, Marinette pensó por fin en el pollito que había olvidado bajo el canasto, pero él, creyendo que había anochecido, se había dormido.

Al regresar de la feria, adonde habían ido desde temprano con la intención de comprar un buey, los padres estaban de mal humor. No habían podido comprarlo porque los precios estaban fuera de su alcance.

—Es una lástima, haber perdido toda la mañana para no comprar nada. ¿Y con qué vamos a trabajar?

—¡Tenemos un buey en la caballeriza! —observaron las pequeñas.

—¡Vaya yunta! ¡Como si con un buey fuera suficiente! Ustedes mejor cállense. Y además se diría que aquí han pasado cosas muy curiosas durante nuestra ausencia. ¿Qué hace ese cubo en la entrada del patio?

—Fui yo, hace un momento le di de beber al ternero —dijo Delphine— y olvidé poner el cubo en su lugar.

—¡Hum! ¿y esa flor de jazmín y ese clavel que están ahí tirados?

—¿Un clavel? —dijeron las pequeñas—. Vaya, es verdad... —Pero ante la mirada de los padres no pudieron evitar enrojecer. Entonces éstos corrieron al jardín.

—¡Todas las flores cortadas! ¡El jardín devastado! ¡Las rosas! ¡Los jazmines, los claveles, los lirios! Pequeñas desdichadas, ¿por qué cortaron nuestras flores?

—No sé —balbuceó Delphine—, no vimos nada.

—¡Ah!, no vieron nada. ¿En serio?

Viendo que los padres se preparaban para jalarle las orejas a las niñas, el gato saltó sobre la rama más baja de un manzano y les dijo:

—No se enojen tan pronto. No me sorprende que las niñas no hayan visto nada. A mediodía, mientras ellas comían, yo me estaba

calentando bajo los rayos del sol en la orilla de la ventana y me di cuenta de que un vagabundo observaba el jardín desde el camino. Me dormí sin poner mucha atención. Y un momento más tarde, cuando abrí los ojos, vi a un hombre alejarse llevando algo en los brazos.

–Holgazán. ¿No debías correr detrás de él?

–¿Y qué podía hacer yo, si no soy más que un pobre gato? Los vagabundos no son asunto mío, soy demasiado pequeño. Lo que se necesita aquí es un perro. ¡Ah, si hubiera un perro!

–¿Y encima –gruñeron los padres–, alimentar a otro animal que no haga nada? Ya es suficiente contigo.

–Como quieran –dijo el gato–. Hoy robaron las flores del jardín. Mañana se robarán los pollos y otro día será el ternero.

Los padres no respondieron, pero las últimas palabras del gato los dejaron pensando. La idea de tener un perro les parecía bastante sensata y lo consideraron en varias ocasiones durante la noche.

A la hora de la cena, mientras los padres pasaban a la mesa con las pequeñas y se quejaban otra vez de no haber encontrado un buey a un precio decente, el gato se fue a través de los prados hasta el río. El día empezaba a declinar y los grillos cantaban ya. Encontró al ciervo acostado entre dos matorrales pastando hojas y hierbas. Tuvieron una larga conversación y el ciervo, después de haber resistido por mucho tiempo a las advertencias que le hacía el gato, acabó por dejarse convencer.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana, el ciervo entró al patio de la granja y les dijo a los padres:

–Buenos días, soy un ciervo. Estoy buscando trabajo. ¿No tendrán algo para mí?

–Primero que nada tendríamos que saber qué puedes hacer –respondieron los padres.

–Sé correr, trotar e ir al paso. A pesar de mis piernas delgadas soy muy fuerte, puedo cargar mucho peso. Puedo jalar de un coche, solo o acompañado. Si tienen prisa para ir a algún lado pueden saltar sobre mi lomo y los llevo más rápido que un caballo.

–Todo eso no está mal –convinieron los padres–. ¿Pero cuáles son tus pretensiones?

–El alojamiento, la alimentación y, por supuesto, el descanso del domingo.

Los padres levantaron los brazos al cielo. Ellos no querían saber nada de esa jornada de descanso.

–Lo toman o lo dejan –dijo el ciervo–. Fíjense que soy muy frugal y que mi alimentación no les costará muy cara.

Estas últimas palabras decidieron a los padres y acordaron que lo tomarían a prueba por un mes. Entretanto Delphine y Marinette salían de la casa y fingieron sorpresa al ver a su amigo.

–Encontramos un compañero para el buey –dijeron los padres–. Traten de portarse bien con él.

–Tienen dos hijas muy bonitas –dijo el ciervo–. Estoy seguro que me voy a entender con ellas.

Sin perder tiempo, los padres, que planeaban usar la carreta, sacaron al buey de la caballeriza. Al ver al ciervo, con su cornamenta sorprendente, se empezó a reír, primero discretamente y luego a carcajadas, y se reía tanto que tuvo que sentarse en el piso. Era un buey muy jocoso.

–¡Ah, qué chistoso se ve con ese arbolito en la cabeza! ¡No, dejen que me ría! Y esas patas y esa insignificante cola. No puede ser, déjenme reír a gusto.

–Vamos, ya fue suficiente –dijeron los padres–. Levántate, ya es hora de pensar en el trabajo.

El buey se levantó, pero cuando supo que lo iban a enganchar con el ciervo, se echó a reír más fuerte. Luego se disculpó con su nuevo compañero.

–Usted debe pensar que soy un animal muy tonto pero, en verdad, sus cuernos son tan divertidos que me costará trabajo acostumbrarme. En todo caso me parece que usted tiene un aspecto muy amable.

–Puede reírse, su alegría no me molesta. ¿Qué diría si le dijera

que sus cuernos también me parecen divertidos? Pero estoy seguro de que me acostumbraré pronto.

En efecto, después de que trabajaron juntos medio día, el buey ya no pensaba en la forma de sus cuernos. Las primeras horas de trabajo fueron bastante penosas para el ciervo, aunque el buey trataba de ahorrarle el esfuerzo de tirar cuanto podía. Lo más difícil para él era llevar el mismo paso que su amigo. Se apresuraba demasiado, se esforzaba mucho por momentos y un instante después, sin aliento, se tropezaba con los terrones, haciendo más lento el ritmo de la yunta. También la carreta se iba de lado con frecuencia. El primer surco estaba tan sinuoso que los padres estuvieron a punto de renunciar a continuar la tarea. Más tarde, gracias a los consejos y a la paciencia del buey, todo salió mejor y el ciervo no tardó en convertirse en una excelente bestia de trabajo.

Sin embargo, nunca se iba a interesar en su trabajo a punto de tomarle gusto. Si no hubiera sido por la compañía del buey, por quien sentía mucho aprecio, no hubiera podido resignarse. Se impacientaba porque llegara el final de la jornada que lo liberaría de la disciplina de los padres. Al regresar a la granja, descansaba corriendo por el patio y los prados. Jugaba con gusto con las pequeñas y cuando ellas corrían cerca de él, se dejaba atrapar a propósito. Los padres observaban sus juegos sin complacencia.

—Para qué sirve eso —decían—. Cansarse después de una jornada de trabajo, en lugar de descansar para estar fresco y disponible por la mañana. Lo mismo las chiquillas, trabajan bastante todo el día, así que no necesitan correr tras de ti para cansarse más.

—¿De qué se quejan? —replicó el ciervo—. Les debe bastar con que haga bien mi trabajo. A las pequeñas las enseño a correr y a saltar. Desde que estoy aquí, corren más rápido. ¿Acaso no es importante? ¿En la vida hay algo que sea más útil que correr bien?

Pero todas esas buenas razones no satisfacían a los padres, que seguían gruñendo y encogiéndose de hombros. Al ciervo no le gustaban en absoluto y si no hubiera sido por el temor de entristecer

a las dos pequeñas, se hubiera dejado llevar por sus verdaderos sentimientos. Los amigos que había hecho entre los animales de la granja lo ayudaban a tener paciencia. Había un pato azul y verde con el que se entendía muy bien y a veces lo instalaba entre sus cuernos para hacer que viera el mundo de más alto. También quería mucho al cerdo, porque le recordaba a un jabalí amigo suyo.

Por la noche, en la caballeriza, tenía largas conversaciones con el buey. Se contaban sus vidas. La del buey era muy monótona, el mayor acontecimiento había sido la llegada del ciervo a la granja. Él prefería escuchar a su amigo en lugar de hablar. El ciervo hablaba de los bosques, de los claros, de los estanques, de las noches pasadas persiguiendo la luna, de los baños de rocío y de los habitantes del bosque.

—No tener amo, obligaciones, horario, sino correr de acuerdo con la propia fantasía, jugar con los conejos, hablar con el cucú o con el jabalí que pasara...

—Yo no digo que no —respondía el buey—, pero la vida en la caballeriza tampoco es despreciable. El bosque me parece muy bien para pasar unas vacaciones, en el verano. Dirás lo que quieras, pero en invierno o durante la estación de lluvias, los bosques no son nada agradables, mientras que aquí estoy al abrigo, con los cascotes secos y una paca de paja seca para acostarme y heno en el pesebre. Eso también es algo.

Pero mientras así hablaba, el buey fantaseaba con esa vida en la profundidad de los bosques que no conocería nunca. Durante el día, mientras trabajaba en medio de la pradera, solía mirar hacia el bosque lanzando un suspiro, como el ciervo. Por la noche, soñaba a veces que jugaba con unos conejos en un claro del bosque o que trepaba por un árbol detrás de una ardilla.

El domingo, el ciervo dejaba la caballeriza desde temprano y se iba a pasar el día al bosque. Por la noche, llegaba con los ojos brillantes y hablaba largamente de los encuentros que había tenido, de los amigos que había visitado y de los juegos, pero a la mañana

siguiente se sentía muy triste y no dejaba de quejarse de la aburrida vida que llevaba en la granja. Varias veces había pedido permiso para llevar al buey, pero los padres se habían enojado.

–¡Llevar al buey a vagar por el bosque! ¡Deja al buey en paz!

El pobre buey veía partir a su compañero con envidia y pasaba un triste domingo soñando con los bosques y los estanques. Les guardaba rencor a los padres por mantenerlo encerrado como si fuera un joven ternero, a él que ya tenía cinco años. Delphine y Marinette tampoco obtuvieron permiso para acompañar al ciervo, pero un domingo por la tarde, con el pretexto de ir a cortar lirios del valle, lo alcanzaron en un lugar del bosque donde habían quedado de verse. Las hizo subir a su lomo y las llevó a pasear a través del bosque. Delphine iba sólidamente aferrada a sus cuernos y Marinette se sujetaba de su hermana por la cintura. Él les decía el nombre de los árboles, les mostraba los nidos, las madrigueras de los conejos y de los zorros. A veces una urraca o un cucú se posaban en sus cuernos y le contaban las nuevas de la semana. Al borde de un estanque, se detenía un momento para platicar con una vieja carpa de más de cincuenta años, que asomaba la nariz fuera del agua; cuando le presentó a las pequeñas, ella respondió amablemente:

–¡Oh, no necesitas decirme quiénes son! Conocí a su madre cuando era una niña pequeña, te hablo de hace veinticinco o treinta años, al verlas me parece reencontrar a la niña que era entonces. Es igual, estoy contenta de saber que se llaman Delphine y Marinette. Me parecen muy bonitas y muy educadas. Deben venir a verme otra vez, pequeñas.

–¡Oh, sí, señora! –respondieron las pequeñas.

Al dejar el estanque, el ciervo llevó a Delphine y Marinette a un claro y les pidió que se bajarán. Luego, mirando un hoyo apenas más grande que un puño al pie de un declive, acercó la nariz y por tres veces escuchó un ligero grito. Al retroceder algunos pasos, las pequeñas vieron la cabeza de un conejo que avanzaba hacia el borde del agujero.

–No tengas miedo –dijo el ciervo–, esas niñas que ves son mis amigas.

Tranquilo, el conejo salió de su madriguera y otros dos conejos salieron detrás de él. Delphine y Marinette los intimidaban un poco todavía y necesitaron de un momento más antes de dejarse acariciar. Finalmente se pusieron a jugar con ellas y les hicieron preguntas. Querían saber dónde estaba la madriguera de las pequeñas, qué clase de hierbas preferían, si habían nacido con esos vestidos o les habían salido más tarde. Ellas se sentían incómodas por momentos al responder. Delphine se quitó su delantal para mostrarles que no estaba pegado a su piel y Marinette se quitó un zapato. Pensando que eso les dolía mucho, ellos cerraban los ojos para no ver. Cuando comprendieron al fin lo que eran las ropas, uno de ellos observó:

–Es divertido, por supuesto, pero no veo las ventajas. Seguramente pierden su ropa, o bien, olvidan ponérsela. ¿Por qué no tienen pelo como todo el mundo?, es mucho más cómodo.

Las pequeñas les estaban enseñando un juego, cuando los tres conejos salieron corriendo hasta la entrada de su madriguera gritando:

–¡Un perro! ¡Sálvense! ¡Ahí viene un perro!

En efecto, a la entrada del claro, un perro salía de un seto.

–¡Un perro! ¡Sálvense! ¡Ahí viene un perro!

–No tengan miedo –dijo–, soy Palurdo. Al pasar cerca de aquí escuché las risas de las pequeñas y vine a saludarlos.

El ciervo y las pequeñas fueron a su encuentro, pero nada pudo convencer a los conejos para que dejaran la entrada de su madriguera. El perro le preguntó al ciervo qué había hecho desde el día de la persecución y le dio mucho gusto saber que trabajaba en la granja.

–No podías haber actuado con más prudencia. Me gustaría asegurarme de que tienes suficientes razones para quedarte ahí por siempre.

–¿Por siempre? –protestó el ciervo–. No, no es posible. Si

supieras lo aburrido que es el trabajo y lo triste que es la pradera con ese sol, mientras que en nuestros bosques está tan fresco y dulce.

—Los bosques nunca habían sido tan inseguros —respondió el perro—. Cazamos casi todos los días.

—Tú quieres asustarme, pero sé muy bien que hay muy poco que temer.

—Te quiero asustar, sí, cómo no. Ayer apenas, matamos a un jabalí. Tú probablemente lo conocías, era ese viejo jabalí que tenía un cuerno roto.

—¡Era mi mejor amigo! —gimió el ciervo y empezó a llorar.

Las niñas veían al perro con aire de reproche y Marinette preguntó:

—¿No fue usted acaso el que lo mató?, díganos.

—No, pero estaba con los perros que lo hicieron. Era necesario. ¡Ah, qué oficio el mío! Desde que los conozco, no saben lo penoso que me resulta. Si yo pudiera también dejar el bosque para ir a trabajar en una granja...

—Justamente, nuestros padres necesitan un perro —dijo Delphine—. Vaya a la casa.

—No puedo —suspiró Palurdo—. Cuando uno tiene un oficio, debe desempeñarlo, es lo primero que cuenta, no quisiera tampoco abandonar a mis compañeros de jauría con los que he vivido siempre. Lo siento por mí. Pero sentiría menos dejarlos si su amigo me promete permanecer en la granja.

Con ayuda de las pequeñas, presionó al ciervo para que renunciara para siempre a la vida en el bosque. El ciervo dudaba en responder y miraba a los tres conejos saltar alrededor de su madriguera. Uno de ellos se detuvo y lo llamó a jugar con ellos. Entonces, el ciervo hizo una señal a las niñas para decirles que no podía prometer nada.

A la mañana siguiente el ciervo estaba enganchado con el buey en el patio de la granja y soñaba con los árboles y los animales del bosque. Como estaba distraído no escuchó la orden de ponerse en

camino y permaneció en su lugar. El buey había dado un paso hacia delante, pero al sentir que su compañero resistía, esperó sin moverse.

–¡Vamos! –dijeron los padres–. ¡Otra vez este mugroso animal!

Y como el ciervo, todavía distraído, permanecía inmóvil, le dieron un bastonazo. Entonces tuvo un sobresalto de cólera y exclamó:

–¡Desengánchenme de inmediato! Ya no estoy a su servicio.

–¡Camina!, platicarás otro día.

Como se negaba a tirar de la carreta, los padres le dieron otros dos bastonazos y, ante una nueva negativa, otros tres golpes. Finalmente, se decidió y los padres triunfaron. Al llegar al campo donde debían sembrar papas, descargaron el saco de brotes y desenganchando a los animales los pusieron a pastar a la orilla del camino. La lección de los bastonazos parecía haber surtido efecto, porque el ciervo se mostraba dócil. Pero apenas los padres habían empezado a plantar cuando le dijo al buey:

–Esta vez me voy para siempre. No trates de detenerme porque perderías tu tiempo.

–Bueno –dijo el buey–, entonces yo me voy también. Me has hablado tanto de la vida en el bosque que estoy desesperado por conocerla. Huyamos.

Mientras los padres les daban la espalda, llegaron a una hilera de manzanos en flor y de allí a un camino hundido que los llevaba directo al bosque. Muy feliz, el buey bailaba y canturreaba una canción que le habían enseñado las pequeñas. Su nueva vida le parecía tan bella como la había imaginado desde la granja. Pero en cuanto entraron al bosque empezó a desengañarse. Tenía problemas para seguir al ciervo a través de los matorrales. El ancho de sus hombros lo incomodaba mucho y sus largos cuernos lo detenían a cada instante. Pensaba con preocupación que en caso de peligro nunca podría emprender la carrera a través del bosque. Sin embargo el ciervo escogió un camino pantanoso por donde caminaba tan

ligerero que apenas se podían ver sus pies. El buey no había dado ni tres pasos cuando se hundió hasta las rodillas. Cuando con grandes dificultades pudo salir de allí le dijo a su compañero:

–Evidentemente el bosque no me conviene. Más nos vale no aferrarnos. Regreso a la pradera.

El ciervo no trató de detenerlo y lo acompañó hasta el lindero del bosque. A lo lejos vio a las pequeñas que parecían dos manchas claras en el patio de la granja y le dijo al buey mientras las señalaba:

–Nunca hubiera tenido el valor de dejarlas si los padres no me hubieran golpeado. Ellas, tú y todos los animales de allá me van a hacer mucha falta...

Después de una larga despedida, se separaron y el buey volvió a su campo de papas.

Al saber que el ciervo había huido, los padres lamentaron haberle dado de bastonazos. Tenían que comprar otro buey que les costaría un ojo de la cara, pero se lo tenían bien merecido.

Las pequeñas no querían creer que su amigo el ciervo hubiera huido para siempre.

–Regresará –decían ellas–, no podrá vivir para siempre sin nosotros.

Pero pasaban las semanas y el ciervo no regresaba. Ellas suspiraban y miraban en dirección al bosque:

–Nos ha olvidado. Ahora juega con los conejos y las ardillas y ya nos olvidó.

Una mañana, cuando pelaban unos chícharos en el umbral de la casa, Palurdo, el perro, entró al patio. Traía la cabeza gacha y llegando junto a ellas les dijo:

–Les traigo una mala noticia.

–¡El ciervo! –exclamaron las pequeñas.

–Sí, el ciervo. Mi amo lo mató ayer por la tarde. Yo había hecho todo lo posible por llevar a la jauría tras una pista falsa. Pero Destructor desconfiaba de mí. Cuando llegué hasta donde estaba el ciervo, todavía respiraba y me reconoció. Con sus dientes cortó esta

margarita y me la dio para ustedes. Para las pequeñas –me dijo–. Mírenla, aquí la traigo en mi collar. Tómenla.

Las pequeñas lloraban escondidas en su delantal y el pato azul y verde lloraba también. Al cabo de un momento el perro continuó:

–Y ahora, ya no quiero ni oír hablar de la caza. Se acabó. Les quería preguntar si sus padres todavía querrán un perro.

–Sí –respondió Marinette–. Estaban hablando de eso hace un momento. ¡Qué gusto me da! ¡Te vas a quedar con nosotros!

Y las pequeñas y el pato le sonreían al perro que agitaba su cola en señal de amistad. ♦

Índice

La pata del gato

Las vacas

El perro

Las cajas de acuarelas

Los bueyes

El problema

El pavo real

El lobo

El ciervo y el perro





A la orilla del viento

Para los que leen bien

Un gato que cuando se pasa la pata detrás de la oreja hace llover; una vaca muy chismosa que disfruta cuando los padres regañan a las hijas; un lobo mentiroso que juega a “Juguemos en el bosque, mientras el lobo no está...”, son algunos de los personajes de este primer volumen de *Los cuentos del gato encaramado*, que sólo con imaginación se las arreglan para sortear dificultades, resolver problemas y gozar de la vida.

Marcel Aymé escribió novelas, cuentos y obras de teatro. Recibió premios que lo distinguieron como un observador de su época a la que reflejó con mucho humor. Antes de dedicarse a la escritura fue periodista, peón, vendedor de periódicos y extra en el cine. Nació en Francia en 1902 y murió en 1967.

www.fondodeculturaeconomica.com



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA